Luce Fabbri

La libertad entre la historia y la utopía

Tres ensayos y otros textos del siglo XX

Prólogo y edición:

Antonia Fontanillas Borrás
Sonya Torres Planells



Luce Fabbri

La libertad entre la historia y la Utopía.
Tres ensayos y otros textos del siglo XX

Diseño gráfico de la cubierta:
Sonya Torres Planells

Tipografía de la cubierta:
Ariel Camacho Fontanillas

Ilustración de la cubierta:
Toni Vidal, *Tiempos Nuevos*, año III, núm. 4, Barcelona, 1 de abril de 1936

Texto de la contraportada:
Jose Luis Gutiérrez Molina

Sonya Torres Planells
C. Pardo, 15, 4º 3ª
08027 BARCELONA
Tel. 93 340 14 67

Antonia Fontanillas Borrás
4, Rue Jean Macé
28100 DREUX (FRANCE)
Tel. 33 237 46 32 55

Primera edición: diciembre de 1998

Composición:
Sonya Torres Planells

Fotomecánica:
Artyplan S.A. Barcelona

Impresión:
Medusa S.C.P. Barcelona

I.S.B.N.: 84-605-8337.6
Depósito legal: B-48.912-1998

A Luce Fabbri,
en su 90 aniversario

Luce Fabbri en 1935, con 27 años,
cuando muere su padre Luigi Fabbri y
asume la dirección y administración
de la revista *Studi Sociali* editada
en Montevideo (Uruguay).

Documento Luce Fabbri



Participan en esta iniciativa:

Editorial Virus. Barcelona
Kolectivo de Escritor@s Anónim@s (K.E.@.). Barcelona
C.G.T. Valladolid
C.G.T. Secretariado Permanente. Madrid
Fundación Salvador Seguí. Madrid
Grupo de Mujeres Libres. Madrid
Librería María Fuentetaja. Madrid
Mujeres Libertarias. Madrid
Pareja anónima. Madrid
Teresa Jiménez y Arsenio. Madrid
Jose Luis Gutiérrez Molina. Sevilla
Las Siete Entidades. Sevilla
Esmeralda Alfaro. Zaragoza
Lucía Arjol. Zaragoza
Ana Carrera. Zaragoza
Irene de la Cuerda. Zaragoza
Pilar Gabal. Zaragoza
Carmen Gracia. Zaragoza
Gabriel López. Zaragoza
C.I.R.A. Lausanne (Suiza)
Rolf Dupuy. París
Evelyne y Ariel Camacho. París
Frank Mintz. París
José Borrás. Toulouse

Agradecemos vivamente la aportación de cuantos se han sumado a nuestra iniciativa, haciéndola común. Ello demuestra, cuando hay voluntad, que la cooperación y la solidaridad abren camino y, como dijo el poeta: "se hace camino al andar".

Índice

Página

Prólogo 11
. Antonia Fontanillas Borrás, Sonya Torres Planells

El totalitarismo entre las dos guerras 17
. Notas de introducción. Victor Fernández Anca

La libertad entre la historia y la utopía 48
. Prólogo. Diego Abad de Santillán

Una utopía para el siglo XXI 77

Luigi Fabbri educador 85

Las dictaduras y la cultura 91

Laicismo y libertad de enseñanza 96

Camilo Berneri. *Ensayos*. Prólogo 100

Simón Radowitzky en el Uruguay 105

Santillán en el recuerdo 110

Jacobo Maguid (1907-1997) 113

Carta de Montevideo.
Al grupo "Mujeres Libertarias" de Madrid 117

El socialismo ha tirado el lastre 121

Descreimiento 123

Libre solidaridad contra “mercado libre”.
Modernización 124

Otra fe en crisis: el progreso 127

Ética anarquista 129

Respuesta a la encuesta del Ateneo
“E. Reclus” de Bilbao 132

La libertad según Luce Fabbri 137
. Margareth Rago

Prólogo

No es de ahora, sino desde hace muchos años, cuando leímos por primera vez el folleto de Luce Fabbri La libertad entre la historia y la utopía, sentimos el deseo de divulgarlo, de darlo a conocer, porque nos parecieron esenciales muchas de las cosas que en él dice, y que era necesario profundizar, desmitificar, cuando a través de las enseñanzas de la historia, reflexiona sobre el problema de la revolución, de la violencia y de su frecuente desemboque en la dictadura, donde toda libertad naufraga.

Tiempo después, en septiembre/octubre de 1993, tuvimos el placer de conocer personalmente a Luce Fabbri en Barcelona, en ocasión de su participación en las exitosas jornadas internacionales que bajo el lema Anarquisme: Exposició Internacional, tuvieron lugar en Barcelona.

Su sencillez y simpatía nos permitieron iniciar una relación y abordar el interés de reedición del folleto antes mencionado, que ella estimaba debía tal vez actualizarse.

Su intervención en el tema Una utopía para el siglo XXI, fue realmente brillante y no nos fuimos de Barcelona sin llevarnos el texto de su conferencia que pensábamos incluir en un proyecto que teníamos entonces y que no llegó a cuajar.

Pasó el tiempo, nos cruzamos algunas cartas. Le debíamos respuesta y, de repente, algo avivó nuestro recuerdo y sentimos el deseo irresistible de comunicarnos de inmediato con ella y acudimos al teléfono. Su contento al oírnos, y la proximidad de sus noventa años, nos hicieron concebir la idea de dedicarle un libro con sus propios textos, los que teníamos en mano, no ya tan sólo como homenaje, sino para provecho de las generaciones presentes y futuras, que se interesen en profundizar en el pensamiento de Luce Fabbri, que tanto aporta al esclarecimiento, a la comprensión de los fenómenos históricos -guerras, fascismos, revoluciones, dictaduras de todo color- que ponen vallas o iluminan brechas que sólo la voluntad del hombre puede y debe mantener abiertas, para forzar la marcha de la humanidad hacia su aspiración suprema de libertad, en un mundo donde reine la paz y el bienestar social para todos.

Pensamos en movilizar voluntades y nos lanzamos en esta aventura que ha cuajado en realidad, gracias a una dualidad que salva barreras de generación estableciendo una provechosa colaboración. Además, había otra ilusión,

la de salvar otras barreras, contagiando nuestro entusiasmo participativo a todas las afinidades libertarias haciéndolas converger en un mismo proyecto generoso.

Ese folleto cuyo título La libertad entre la historia y la utopía hemos escogido para representar el conjunto de esta antología por ser hermoso y simbólico, nació ya en su primera edición en Argentina en 1962, de un gesto solidario y generoso, confeccionándose y distribuyéndose gratuitamente gracias a la voluntad de un buen grupo de compañeros que se mencionan al final del mismo:

Esta antología de Luce Fabbri reúne, pues, dos folletos con sus respectivos prólogos, su conferencia de 1993, algunos trabajos sueltos y las semblanzas de Luigi Fabbri, su padre; Camilo Berneri, Radowitzki, Diego Abad de Santillán y Jacobo Maguid, este último de muerte más reciente.

La introducción de Víctor Fernández Anca en el folleto de Luce Fabbri: *El totalitarismo entre las dos guerras* (1948) que incluimos en primer término, así como el prólogo de Diego Abad de Santillán al texto siguiente *La libertad entre la historia y la utopía* (1962), que ahondan en el contenido de los mismos y nos presentan a su autora, nos eximen de esta difícil tarea, sobre la que, no obstante, algo añadiremos.

Nacida en Roma el 25 de julio de 1908, se doctoró en filosofía y letras en 1928 y algo mas tarde abandonó clandestinamente la Italia fascista para reunirse con sus padres. Tenía apenas 26 años cuando publicó su primer libro en español Camisas negras (Buenos Aires 1934), que mereció un elogioso comentario crítico de Gastón Leval:

> *"En Montevideo, donde reside Luce Fabbri, es además profesora de historia, una ocasión para profundizar esa disciplina. Y el método, el análisis, lo agudo de la investigación realizada tienen, en ese antecedente de vasta cultura histórica, un puntal firmísimo de singular eficacia.*
>
> *(...) Luce Fabbri ha manejado el bisturí y el microscopio. Ha penetrado en las entrañas del fascismo" y las exhibe al mundo. Su libro consta de seis capítulos. Ahonda sucesivamente el fascismo como fenómeno internacional, el fascismo italiano en sus antecedentes primero, en su acción política después, el corporativismo, las dictaduras y la cultura, el fascismo alemán y el fascismo italiano.*
>
> *La autora asigna al fascismo un carácter de defensa capitalista, un carácter de clase."* [1]

Hemos extraído adrede varios párrafos de ese largo comentario de Gastón Leval, porque él da idea de la madurez de juicio y gran cultura de Luce Fabbri ya en sus jóvenes años y, al propio tiempo, nos ilustra sobre un tema que, más esquemáticamente, es abordado también en *El totalitarismo entre las dos guerras*, aunque ahí se abarca la deriva de la revolución rusa, el fascismo

[1] Gaston Leval, *Un estudio libertario sobre el fascismo*, Revista *Estudios*, Valencia, junio, 1935.

del segundo período, el nazismo, los caracteres del totalitarismo, la España revolucionaria y la segunda guerra mundial.

Digna hija de su padre, Luce Fabbri fue la mejor continuadora de su obra, cuando éste murió en junio de 1935, haciéndose cargo de la hermosa revista Studi Sociali, que Luigi Fabbri creó en Montevideo (Uruguay), en 1929. Justamente, tenemos a la vista el artículo de Luce Fabbri "Il problema del governo" (*Studi Sociali*, 28-12-1937), que nos hubiera gustado incluir en esta antología si no tuviera el inconveniente de estar escrito en italiano, ya que nos interesaría saber, cómo enfocaba entonces, a sus 29 años, la participación en el gobierno español, de ministros de la C.N.T.

Luce Fabbri, piensa, reflexiona y analiza. Como señala Santillán, no escribe por escribir. El lector o lectora podrá sobradamente corroborarlo. A nosotros nos seduce su razonar y quisiéramos recalcar, reproduciéndolos, algunos de sus párrafos de *La libertad entre las historia y la Utopía* (1962). Refiriéndose a las revoluciones que se han producido hasta entonces, dice:

"Lo que mencionamos como revoluciones -admitamos o no que lo sean- tienen algo en común: el momento insurreccional; todas, menos la lucha antifranquista española, que fue resistencia popular contra la insurrección militar, resistencia acompañada por un cambio profundo en las estructuras económico-sociales, orientado por una autoconciencia educada desde hacia mucho tiempo por un movimiento sindical de espíritu anarquista".

Y Luce insiste en esta circunstancia con las siguientes palabras:

"No es una casualidad que en la revolución que más nos parece tal, el momento insurreccional hubiera estado a cargo de los que querían ahogar el desarrollo que -los hechos lo demostraron enseguida- estaba ya gestándose en las conciencias (...) la revolución nació de la resistencia contra una tentativa insurreccional de dictadura militar y realizó una profunda transformación de estructura, sin que ninguna tendencia, ni la ampliamente mayoritaria, se impusiera sobre las demás. No hubo, pues, dictadura transitoria, y fueron las tentativas de establecerla (como el golpe comunista de mayo de 1937) las que llevaron a la pérdida de las conquistas sociales y de la guerra."

De este mismo texto recomendamos especialmente los apartados "Antihistoricismo y dictadura", "El antihistoricismo en la revolución y en los revolucionarios" y, por último, el que más nos concierne "Los anarquistas frente a la historia", del que extraemos:

"La mística de la violencia existe aún entre los anarquistas, pero es difícil que pueda seguir conciliándose con su espíritu de libertad, (...) de cualquier modo, sólo despojando el concepto mismo de violencia revolucionaria de todo reflejo místico y de todo alcance coactivo, sólo atribuyéndole el único valor que le compete y es modesto, el de derribar obstáculos opresivos que no pueden ser destruidos de otra manera, sólo desplazando idealmente de la violencia a la creatividad revolucionaria, (...) concibiendo la revolución no como nuestra principal tarea, sino como un momento de una historia, que toda ella es tarea para noso-

tros, podremos ser nosotros mismos y desempeñar en la situación actual nuestra función específica".

Su conferencia mucho más reciente: *Una utopía para el siglo XXI* (1993), viene a ser como un balance del siglo XX, mas bien a partir de su segunda mitad que es cuando la palabra utopía se ha revalorizado:

"El término utopía, pues, se ha generalizado y, por otra parte, ha perdido su carácter absoluto. Es el ideal como motor de la realidad, ideal que nunca se traduce en realidad, pues la realidad continuamente lo relativiza y compromete."

Luce, acertadamente, distingue la utopía aplicada a lo libertario de las otras corrientes sociales autoritarias donde el ejercicio del poder, que tiende a convertirse en fin único, no sólo deteriora sino que anula la utopía. El poder, no es orden, por mas que pretenda representarlo. Y dice en este sentido :

"Yo soy de las que creen que anarquía, en el sentido que tiene como corriente política antiautoritaria, es orden, orden auténtico, orgánico, profundo."

Define el capitalismo, la economía de mercado, su acomodamiento a todos los cambios políticos, su evolución tentacular:

"Su forma actual son las multinacionales, verdaderos estados internacionales invisibles, que están tejiendo sus redes sobre el mundo (...) y que, como la opresión estatal, no tiene otro límite que la resistencia de los oprimidos."

En esa descripción de la sociedad actual, en ese balance del siglo XX, en medio de sus crisis, de sus guerras, de sus dictaduras y democracias fracasadas; de sus avances técnicos y científicos, valora todo lo alternativo que se ha salvado, las libertades que pese a todo se han consolidado y las vías aprovechables para engrandecerlas. Sigue habiendo utopía:

"Purificado de malentendidos, el socialismo libertario, está llamado a ser la utopía del siglo XXI."

Desde la ilusión del proyecto no más que esbozado hasta que por fin hemos visto estas páginas rescatadas del transcurso del tiempo, esta publicación es fruto de una desinteresada colaboración, siempre tan fructífera en todo intento que en principio parece utópico. Es en ese apoyo mutuo, en cooperación y solidaridad, donde creemos reside en gran parte la fuerza ácrata.

Resulta cuando menos sorprendente la brillante lucidez de las palabras de Luce Fabbri, que han superado barreras de tiempo y espacio. La búsqueda de la verdad encuentra respuesta a través de sus textos. Sus argumentos se presentan en forma de diálogo, resultan próximos al lector, sinceros, atemporales; sus primeros textos parecen haber saltado las barreras del tiempo y sus semblanzas actuales, enriquecidas con la voz de la experiencia, oxigenan las corrientes actuales del pensamiento libertario. Así, compartimos la plena vigencia de sus ideas, expresadas en *El totalitarismo entre las dos guerras*, cuando nos dice:

"El fascismo es la obra instintiva y apresurada del miedo: del miedo y del odio. Surge con el pánico ante la inminente caída de la burguesía capitalista, que se sustenta en el estado para seguir manteniendo una sociedad de privilegios."

El tan necesario apoyo mutuo, hoy enterrado por la sociedad de privilegios donde el consumismo y el egoísta goce material ahogan toda salida, encuentra su sentido en las reivindicaciones de un pueblo unido, el compromiso comunitario, en la lucha continuada contra todo sistema opresor establecido (gobierno, Estado, capitalismo,...). Y el peligro de la manipulación a través de los medios de comunicación controlados directamente por el sistema se revela hoy como un auténtico poder destructor de todo humanismo, por alienación y por superficialidad. Luce nos comunica estas ideas de la manera que mejor podía hacerlo, buscando en las raíces de la historia :

> *"El pueblo español no estaba preparado para la revolución. Ningún pueblo lo está nunca. Y sin embargo estaba mucho más preparado que ningún otro pueblo de Europa, porque no esperaba nada de nadie más que de sí mismo.*
>
> *(...) Todas las clases privilegiadas del mundo (los privilegiados del poder gubernamental, del dinero, de la burocracias sindicales y de partido) oyeron con espanto la palabra revolución que respondía tan exactamente a los interrogantes de la hora. Los pueblos no oyeron porque la Propaganda (radio y televisión) impidió que oyeran. Y esa fue la tragedia de España.*
>
> *(...) Las realizaciones sociales de la revolución española son libertarias, no sólo porque la C.N.T. y la F.A.I. desempeñaron un papel preponderante, sino porque fueron llevadas a cabo por el pueblo, al margen y en contra de cualquier gobierno."*

Desde el pensamiento libertario, compartimos que el problema principal de nuestro tiempo es el de la libertad de la persona, sin distinción de sexo o raza, porque la causa de la emancipación une a todos los oprimidos en una lucha común y, en su Carta Montevideo, Luce Fabbri añade:

> *"...nuestra tarea básica de libertarios es la lucha contra la opresión y la explotación, es decir contra el estado y los patronos, sean estos empresarios privados o burócratas de la empresas estatales."*

En definitiva, nos encontramos ante una vida y una obra ejemplar, consecuente y comprometida, que alecciona con sus enseñanzas y reconforta en la mutua comprensión.

Antonia Fontanillas Borrás
Sonya Torres Planells

Dreux - Barcelona, 4 de julio, 1998.

Nota adicional al prólogo: *Habiéndose prolongado algo más de lo previsto la confección de este libro, hemos aprovechado esta circunstancia para solicitar a su autora algunos artículos cortos a elegir. Finalmente, como todos nos han gustado y especialmente el reportaje que en ocasión de los noventa años de Luce Fabbri, le dedica en "Brecha", la historiadora brasileña Margaret Rago, decidimos aumentar las páginas del libro, enriqueciéndolo con estos nuevos textos que lo harán más diverso y ameno.*

Para quienes su interés estimule a seguir leyendo a Luce Fabbri en español, damos referencia de dos textos fácilmente consultables, de sus actuales colaboraciones en "Opción Libertaria" de Montevideo y, para que no se desanimen, de lo que nos promete aún, nada menos que un estudio sobre autodidagtismo obrero, en el que está trabajando. A los noventa años, amigos, ¿no es eso una proeza de voluntad juvenil y de inteligencia?.

"El anticomunismo, el antiimperialismo y la paz", ***Cénit,*** *núm. 21 a 26, Toulouse, septiembre 1952 a febrero 1953;*

"Luce Fabbri: Democracia, Liberalismo, Socialismo, Anarquismo", ***Cénit****, núm. 27-28, Toulouse, marzo-abril, 1953;*

"El anarquismo, más allá de la democracia", ***Revista Polémica****, núm. 12-14, Barcelona, mayo-junio y octubre, 1984.*

"¿Defender la democracia? y más sobre la democracia", ***Revista Polémica****, núm. 15-16, Barcelona, enero-marzo, 1985.*

El totalitarismo entre las dos guerras[2]

Notas de introducción

El trabajo que se va ha leer, significa un valioso aporte a la literatura revolucionaria y libertaria de nuestros días, ofrecido por la autora de *Camisas Negras*, ese estudio crítico histórico de hechos, ideas, origen y desarrollo del fascismo, publicado hace muchos años y sin embargo tan actual, por la ignorancia que se tiene, aún hoy, del fenómeno -fascismo- y también por el acierto en las previsiones de expansión totalitaria y de penetración aguda en los hombres y en la dirección que las fuerzas de poderío imprimieron, así, a los acontecimientos.

En pocas palabras, breves, rápidas, Luce Fabbri resume en el presente y valioso ensayo, un estudio reflexivo, un análisis sereno, sobre un problema trascendente: la guerra y las nuevas, para decirlo mejor, acaso, las viejas formas que ella desencadenó: el totalitarismo.

Trata de un tramo intenso que se extiende sobre los dos conflictos bélicos (1914-18, 1939-46) de la historia de nuestra civilización que, al achatar las vivencias populares de justicia y libertad, hizo que estallen, cuando estallan, para la guerra y no para la revolución, como si se tratara de una dialéctica cerrada y fatal de la historia, en la que los hombres no abandonan, faltos de espíritu, pensamiento, voluntad y acción libertarias y socialistas, ese círculo de hierro que los lleva de desgracia en desgracia, de esclavitud en esclavitud, de guerra en guerra.

Crisis agudas, entrelazamiento de intereses diversos, aspiraciones de socialismo truncadas y derivadas a la guerra, equívocos y aciertos, modalidades y tácticas, en lo alto y en lo bajo de los Estados y pueblos, son señalados por Luce Fabbri, en un orden casi cronológico. Y, en su recorrido, pone luz sobre pasajes que en su momento se presentaron oscuros, y subraya, ahí, con claridad, las posibilidades habidas y las que existen en abrir rumbos hacia lo nuevo, hacia un socialismo constructivo, libertario.

---

2 Luce Fabbri, *El totalitarismo entre las dos guerras*, *Cuadernos de Cultura Social*, Serie B, núm.. 1, Edición Socialista Libertaria, Buenos Aires, mayo de 1948.

Hace 15 años, en nuestro país, en septiembre de 1933, decía Luce Fabbri en la primera de las seis conferencias, dictadas a invitación del Colegio Libre de Estudios Superiores, en Rosario, que el fascismo, "como pasa a menudo en la historia, se preparó ocultamente a través de los años y se presentó de golpe ante los ojos asombrados del pueblo que nunca había tomado en serio las previsiones pesimistas de una minoría de observadores. Los pueblos viven al día, y lo que es peor, las naciones, en el siglo de la radio y de la televisión, viven encerradas en sí mismas". Y que el fenómeno "fascista se está produciendo hoy en todas partes; y en todas partes el pueblo ve en él un factor más que entra en el juego de la política nacional o regional y no llega a comprender sus alcances y sus orígenes internacionales. Por eso no le da importancia hasta el momento en que el germen se ha transformado en una planta difícil de desarraigar. Es necesario, pues, estudiar el fenómeno fascista desde el punto de vista general". Y agregaba que "lo que se sabe de él, lo que se ve de él, son una serie de manifestaciones violentas y contradictorias", y que "su carácter fascista que él trata en balde de negar y su carácter absolutista", aparecen con claridad.

"Mussolini -continuaba diciendo en la misma conferencia Luce Fabbri- se jactó de haber pasado por sobre el cadáver de la libertad y esta frase puede servir de lema para todos los fascismos que surgen" y que ella -Fabbri- veía y señalaba ya con acierto, que se trataba de ataques violentos "contra la civilización burguesa y liberal del siglo pasado, pero sólo porque esa civilización contiene en sí los gérmenes o, mejor dicho, las posibilidades de desarrollo de un mundo nuevo que la supere.

Desde entonces a aquí, el fenómeno fascista se ha extendido mundialmante, abarcando en su desarrollo, por las influencias de afuera y por la fuerza autoritaria y creciente de adentro, no sólo a los Estados capitalistas de la "democracia", sino también, a grandes masas populares, que vieron en la posibilidad nacional de alcanzar el pan que les faltaba, su seguridad y salvación, aun al precio, sin advertirlo, de perder su libertad y marchar camino de la guerra.

Pero el mundo, de muy antes, vive una profunda revolución que opera mundialmente en las transmutaciones de los pueblos y sus instituciones y en la vida, también, del hombre. Se traduce, por una parte, en el descenso parabólico del nivel cultural, de libertad, justicia y generosidad, y por otra, en el crecimiento día a día, más y más, de las dictaduras e imperialismos nacionales, cuyo unitarismo atomizado, levanta y baja a los pueblos, los lleva y los trae, los prepara y educa y los lanza nuevamente a la guerra o a la "revolución" cuando la necesita, para defenderse, salvarse y perpetuarse; acaso, su sostén esté, en el egoísmo y autoritarismo individual, en el miedo a la libertad, y también, en la vergüenza de muchos, en ser dignos buenos, cuando el mundo se encanalla.

Un espíritu de rígida formación en las ciencias biológicas y figura de relieve internacional, Julián Huxley, muy tenido en cuenta por la intelectualidad

de nuestros días y sin embargo, pensamos, todavía no oído y comprendido debidamente, dice que la guerra como fenómeno de los pueblos , es el síntoma de una revolución mundial, que él -Huxley- ve ineludible de una u otra forma. Y otro valor, de estupenda cabeza filosófica, Aldous Huxley, su hermano, se basa en Tolstoi para demostrar cómo el avance y desarrollo de la ciencia y de la técnica, son un factor poderoso de centralización estatal que hace imposible todo éxito de sublevación, levantamiento e insurrección, e indica, como una lección valiosa y un método y camino, el predicamento y practicidad de Gandhi y los resultados de la SATYAGRAHA. Desea encauzar, el primero, las violencias en litigio de guerra hacia la revolución convencido que el mundo vive en estado revolucionario que obliga a optar por una u otra cosa, en el dilema de revolución o guerra, que en el fondo, en lo substancial de los 14 capítulos presentes, aparecen una y otra vez como diciendo: quienes no quieren la guerra, deberán trabajar por la revolución... si la seguridad, en paz, en dignidad, habrán de oponerse a la guerra que oprime y envuelve en la muerte, la revolución que libera y abre nuevas perspectivas a la vida y a la libertad. Revolución, que el segundo quiere comiencen a construir y elaborar los hombres y los pueblos, rompiendo el círculo de violencias de las entidades autoritarias y capitalistas, en una acción directa que transforme el sentido de egoísmo y aspiración de dominio que lleva a la guerra, por el de la cooperatización y la libertad que conduce a la paz y llevan, en cambio, a la seguridad individual y social.

El mismo ideal humanista los anima. Un biólogo que verifica hechos sociales, los clasifica, estudia, y en su rigidez científica, acaso, se le escape la vida, y un filósofo que con ella -la vida- crea, mueve y da resplandor a los acontecimientos y hace que marchen, vivan, son, al unir en síntesis sus dos concepciones diversas, una misma conclusión: revolución o guerra, guerra o revolución; y otra, la misma: libertad o tiranía, tiranía o libertad.

La misma realidad viviente, la misma unidad sinfónica y el mismo sentido humano de la libertad, que arrancamos en la síntesis del pensamiento de esas dos grandes vidas, y el mismo humanismo, -que no está basado en este caso, -ni en la ciencia, ni en la filosofía- perfuma las páginas de este trabajo de Luce Fabbri, que hemos leído con cariño. Y tiene razón, creemos, cuando define el proceso histórico que estudia, -ella misma lo dice- "en forma forzadamente abreviada y esquemática", como una tremenda "lucha entre la revolución popular y la reacción totalitaria", que -naturalmente no puede "ser traducida a factores económicos" y sí, en cambio, a todos los que la integran y hacen, nuestro mal y nuestro bien.

Al término de su último capítulo, Luce Fabbri, sugiere: "Para América Latina, no alcanzada aún a su punto culminante, nuestro análisis aparentemente tendría que ser distinto: tanto la democracia como el totalitarismo son del tipo característico de una etapa europea anterior (y la madre España, con su gobierno clériconazista y sus rebeldes libertarios está entre dos continentes y

liga el pasado al futuro). Pero, -continúa- justamente por eso, el examen de la situación europea es útil aquí: ayudados por ese privilegio de poder gozar de las experiencias ajenas, los hombres libres de Latino-américa pueden combatir a sus dictadores, a sus democracias dominadas por el dólar, a sus Lombardo Toledanos, con criterio seguro e independiente, mirando más allá del árbol que oculta el bosque.

Somos internacionalistas, de un internacionalismo válido y viviente y vemos la situación aquí, otra, distinta a la europea. Vivimos en América.

Y en América, ante el dominio cada vez más penetrante de los imperialismos y del desarrollo nacionalista, una necesidad profunda apremia a los jóvenes a comenzar la tarea por el socialismo, perfilando y extendiendo las líneas de comunidad y federalismo, en las mil ciudades y pueblos del continente, en sus lugares de trabajo y estudio, campos y minas. Por ese socialismo ideal, concepción humanista y libertaria que si, en su sentir y militancia es centenaria en Europa, aquí, a lo largo y a lo ancho de los caminos americanos tiene, en su calado hondo y en su aspiración elevada, raíces milenarias, de las que nos vienen, acaso, ese sentido místico y humano de la vida, de relación solidaria y de profundo respeto por la igual libertad entre los hombres y los pueblos.

En nuestra tierra, conociendo su geografía y su historia y mirando en ella sus problemas, es, precisamente, donde está nuestro trabajo, donde debemos amasar y construir, progresistas y libres, la revolución que Luce Fabbri canta, señalan los Huxleys, presintiera Bolívar, predicara Martí, y Praxedes Guerrero y Flores Magón. La que en guerrillas y montoneras, intuía, en su espíritu de comunidad, libertad e independencia, toda una generación sepultada por los bárbaros de la cruz y de la espada.

Pero tenemos un nuevo problema, aunque bastante viejo. La inmigración regulada y clasificada nos trae hombres salidos del infierno de Europa en llamas. Nacidos, desarrollados y formados en condiciones muy diversas a las de América y faltos de sentido universal, podrían no entenderlo; vienen de un mundo encerrado en sus Estados nacionales. A ellos y a todos, a los de allá y a los de aquí, quisiéramos decirles -sin pensar con qué palabras, si conviene o no- tal como nos sale, como nos brota de nuestro corazón:

América no es Europa, no debe ser Europa, enloquecida y devastada por las guerras. Es un mundo nuevo, joven, en crecimiento, virginal; España misma, entre los dos continentes, es americana, casi América. El mundo que Europa ignoraba y al descubrirlo -ya estaba- acaso no lo conoció; el mismo mundo que ahora deben redescubrir sus propios hombres, en los que están tus hijos, los del indio, nosotros y tu y que queremos que aflore nuevamente en un mundo más nuevo aún. Por eso, los jóvenes que levantamos la cruzada, por el socialismo, muchachos y muchachas libertarios, no lo hacemos contra ti, ni contra nadie, sino por ti y nosotros, por todos, que en nuestro internacionalismo abarcamos. Y en cambio, queremos contigo -inmigrante- y con todos los hombres de todo color y origen, indios y negros, "baqueanos", pamperos, "roto"

de Chile, "quetzal" de los yerbatales aztecas, con todos los que en estas tierras viven y quieren como tu has querido y seguirás queriendo en la derrota, libertad y pan, abrigo y canción, despertar a América del letargo en que la sumió la conquista e incitarla al socialismo.

Y cuando pienses que no nos entendemos porque nos faltan principios y doctrinas, también te equivocas. Por conocerlas, no las tomamos, y a cambio de principios y doctrinas con fundamentos materialistas de cemento o espiritualistas de amapolas, tenemos una gran fe: la "utopía" de América libertaria; una tradición, cortada, pero enriquecida por nueva sangre y por nuevas fuerzas; y una historia, envuelta en una sola bandera de libertad e independencia, frente a la otra que nos ataca y divide, la tiranía de colonización, nacionalismos, poder y conquista, que vuelve sobre sus pasos y sus marchas.

Acaso seamos la síntesis, lo equilibrado, lo nuevo; lo que aflora a la tierra, a la vida, a la libertad; lo que haciendo abstracción sin ignorarlas, de las fuerzas de poderío que se levantan entre nosotros, -ejemplo de Europa- con sus barrotes de intereses y despotismos, ¡sea ! redescubriéndose América, una realidad viviente de socialismo funcional y libertario.

Por eso queremos que América quiera despertar del letargo en que la sumió la conquista. Tomar del contacto que, para su bien o su mal, tuvo y tiene con los pueblos de Europa, conjugarla con ellos, no en lo que nos separa y lleva al despotismo y a la guerra, sino en lo que nos une y acerca en ese son universal de vida y libertad, atacado hoy más que nunca. Ataque de la Iglesia internacional, del capitalismo internacional, del totalitarismo internacional; de lo que en ellos es internacionalismo; monstruosamente nivelado. Por lo que partiendo de lo total pretende controlarlo todo, dirigirlo, y luego aplastarlo y matarlo. La internacional negra, y amarga que llevó y lleva a Europa a la guerra, la que carece de belleza, de sentido estético; sin humanismo, libertad, vida: la muerte. Lo nuestro -internacionalismo- es otra cosa, bien se sabe. Es, lo diremos otra vez, una y mil veces, el son universal de vida y libertad, la juventud y la esperanza, el optimismo y voluntad de acción libres, la "utopía" de América libertaria. Y, para esto, ya lo dijo un magnífico italiano, Malatesta, no hace falta tener ciencia.

En Argentina y en el continente, el mal está acaso en que vivimos fuera de nuestro puesto natural. Queremos decir, sin darnos cuenta de las condiciones geográficas de cada región, sus características y su sentido peculiar y diverso. Sin comprender, en lo político, económico y social, que si el hombre chileno defiende y lucha por su pan y libertad, y el checoeslovaco también, los que se lo arrebatan directamente en esta hora, no son los mismos. El pueblo de Chile, con la solidaridad de toda América, habrá de defenderse y avanzar contra su enemigo, el imperialismo. Y el checo, también solidarios en él todos los hombres libres y progresistas de Europa, contra su feroz adversario: el totalitarismo rojo.

La revolución, queremos decir, debe hacerla cada uno en su casa. Y

arreglar nuestra casa, tener un amor, no va contra los de otras casas, contra otros amores. Dimos un ejemplo vivo. No tenemos espacio para explicarnos.

Pero, ¿cómo hacer en el Mundo, en América, ahora y aquí?, acaso, se pregunten angustiados miles y miles de jóvenes.

Mirar el mundo, América y nuestro País, con otras perspectivas históricas a las de nuestros políticos y estadistas dirigentes del momento y comenzar nuestro trabajo, en pequeño, sin desesperar, que ya, puestos sólidamente los cimientos, edificaremos lo grande.

No primero en el mundo, dónde nos ahogan las fuerzas de poderío cementadas por el autoritarismo y el egoísmo milenario de los siglos, sino, en el hombre, dónde arranca, se inicia, nace, la vida de relación, social; en la entidad, en el centro de estudios, cultural, sindical, cooperatista; en la sala de primeros auxilios, en la sociedad de fomento y en todos los lugares de producción y consumo, de relación económica, política, cultural y social.

Primero en casa, dijimos, después en el grupo de actuación, luego en los núcleos populares creando los órganos naturales de un comienzo vivo de socialismo. Y acaso, también -no se asusten unos y se alegren otros- en la comuna, donde esta sea el centro de coordinación, desestatizada, sin direcciones centralistas, contemplando los problemas locales, del rnunicipio, en relación con los de otros pueblos y ciudades, para cohesionarlos en la federación regional primero, nacional después. Por ahí habremos roto el círculo envolvente y salido de la esfera de los Estados nacionales-imperialistas y de los imperialismos totalitarios, apartándonos, también, del monstruoso dilema de hierro, que entre dos posiciones y dos términos, quieren colocarnos: con el comunismo atroz y totalitario, o con el imperialismo colonial de la cruz y de la atómica.

Ojalá que los jóvenes que lean las páginas que siguen, se vean penetrados por su espíritu y aprovechen en ellas, como lo quiere Luce, la experiencia viva de Europa. Y ojalá también que al abreviarla, provoque en ellos la acción de sus voluntades para la marcha que en América convocamos: contra la guerra, y por la libertad. Libertad que, como quería el Quijote americano, inacunable hijo de Cuba, Martí, ha de ser únicamente la de sus pueblos.

Víctor Fernández Anca
Buenos Aires, marzo de 1948.

El objeto de este trabajo es el de estudiar, en forma forzadamente abreviada y esquemática, un proceso histórico cuyo ciclo está comprendido entre la guerra del 14 y la terminación de la otra, aún más sangrienta y sombría, que acabamos de vivir. Este proceso de carácter indudablemente revolucionario que abarca al mundo, pero que adquiere características más agudas en Europa, pasó en 1936-1939 y en España por una zona de luz. Pasó del subconsciente a la conciencia de los pueblos.

Un esfuerzo inmenso se ha realizado después por parte de las fuerzas decrépitas y ya íntimamente vencidas que en balde han buscado en la máquina un vigor y una juventud artificiales, por volver a hundir en la oscuridad los gérmenes de vida futura que por un momento, en España, se habían revelado tan terriblemente vitales.

Son los gérmenes que, vivos y activos aún bajo la bota nazi, han quedado, después del esfuerzo terrible, como aletargados, pero que bastan para hacer pavoroso hoy, a los ojos de los conquistadores del Este y del Oeste, el misterio de Europa.

Podemos tomar el período entre las dos guerras mundiales y definirlo por el acontecimiento más importante, que pareció ser y no es la revolución rusa, sino la degeneración totalitaria de esa misma revolución y la progresiva y lenta y confusa en los detalles pero no en sus líneas generales, formación de los regímenes totalitarios en occidente.

El totalitarismo es la contrarrevolución, a posteriori en Rusia, preventiva en los demás países. Paralelamente al proceso totalitario, tenemos un proceso revolucionario, aplastado en todas partes después del grandioso empuje de la Rusia de 1917, pero no vencido, como se vio en Francia en 1936, en la revolución Española de 1936-1939 y como se vislumbró en los últimos años un poco por toda Europa.

EL CARACTER DE LA LUCHA

Esta lucha entre la revolución popular y la reacción totalitaria puede ser definida como lucha de clases o de castas, pero no puede ser reducida a factores económicos. Sus motivos profundos no están en el ataque o en la defensa del beneficio capitalista, de la plusvalía. Su profundo significado estriba en la gigantesca tentativa del hombre para sustraerse a la tiranía de lo económico y en el pavor inmenso que esta tentativa revolucionaria infundió en los privilegiados del poder político y del dinero, para quienes lo económico es también instrumento de dominio.

Me voy a explicar mejor. El Estado ha sido siempre la expresión de la clase privilegiada, su creador y su criatura al mismo tiempo. Esto no quiere decir que la causa de los fenómenos políticos (entendiendo por político todo lo que afecta las relaciones entre los hombres), sea necesariamente el interés económico. Todo lo contrario. Lo que mueve al hombre es el deseo de poten-

cia, que no es más que el grado superlativo del instinto vital. Ahora bien, la forma bestial, viciosa, del deseo de potencia es el ansia de dominio sobre otros hombres, la voluptuosidad de doblegar voluntades ajenas, de situarse en un peldaño más alto que los demás.

El privilegio económico no es más que uno de los instrumentos de dominio, como antiguamente la espada y hoy los aviones de bombardeo. Para mí esto es esencial para explicar la historia de hoy (y, en realidad, no sólo la de hoy).

Naturalmente existe el deseo de riquezas para destinarlas a gozar materialmente de la vida. Pero no es éste el fenómeno socialmente peligroso, aunque sea el que más impresiona. No es la diferencia en el abrigo, en la comida, en el confort, lo que se defiende ahora con las uñas y con los dientes: es un predominio del que esas diferencias son poco más que símbolos exteriores.

El millonario que sigue amontonando millones y para eso destroza miles de vidas humanas, no lo hace para aumentar sus goces materiales, ya que su capacidad de gozar es muy limitada, sino para extender su dominio sobre masas cada vez más amplias de productores por un lado, de consumidores, por el otro. Este móvil puede no ser consciente en los individuos, pero es muy real en el conjunto.

El Estado domina y oprime al hombre como ciudadano y como ser que piensa y habla y siente: el capitalista lo controla como productor y consumidor (como ser que trabaja y come). Son las dos caras del mismo fenómeno, tanto que no interesa mucho saber si el Estado creó las clases o las clases crearon al Estado. Es un poco el problema del huevo y de la gallina. Toda clase privilegiada se traduce en Estado en el campo político: todo Estado necesita apoyarse en una casta y -cuando no existe- o ha sido destruida- la crea (como ha pasado en Rusia).

En la Edad Media el poder político y el económico se confundían en el señor feudal que desempeñaba en su dominio el doble papel de rey y de propietario. Con el auge de la burguesía capitalista, poder político y poder económico se han separado sin desvincularse: han seguido estando en las manos de la misma clase, ambos han servido -con distintos medios- para mantener sujetas a las multitudes.

Cuando hablamos del individualismo característico del período del liberalismo económico, nos referimos a la falta de coordinación en la producción, al régimen de la competencia que daba a las empresas el carácter de iniciativas individuales: pero el sistema del salario juntaba a los hombres en rebaños en la base de la pirámide social y sólo en la asociación -condición de resistencias y de lucha- los miembros de ese rebaño conseguían hacerse valer y tener individualmente dignidad de hombres.

Por eso el Socialismo, que es cooperación entre productores y consumidores, que tiende a abolir las diferencias de clase, que quiere sustituir el salario y los precios por el trabajo cooperativo y la distribución gratuita, no sólo no

ahoga al individuo, sino que lo exalta y multiplica sus posibilidades, liberándose de lo económico.

Por eso las expresiones: socialismo de Estado, socialismo estatal o -si ustedes quieren, dictadura del proletariado- son contrasentidos lógicos (no lo digo yo: lo dice B. Croce), que se traducen -en el campo político- en trampas mortales (Rusia lo demuestra).

La marea ascendente de la idea socialista, en la segunda mitad del siglo pasado y en los primeros tres lustros de éste, tuvo justamente este significado emancipador. Era la lucha contra el patrón y el gendarme. Esto sobretodo en Italia y en España. Y, a pesar de la burocratización y de la inserción en el armazón estatal de los partidos socialistas reformistas, la palabra socialismo conservó este significado a los ojos de las masas y también a los de la clase dirigente.

ANTES DE LA GUERRA DEL XIV

Ahora, ya antes de la guerra de 1914-1918, paralelamente a los progresos de las aspiraciones socialistas en las masas, se iba gestando en el mundo capitalista una crisis profunda: no una de las crisis cíclicas de que tanto hablaban los estudiosos de economía, sino la crisis definitiva del sistema, tan definitiva como la del mundo feudal en épocas de las cruzadas, como la del proteccionismo del siglo XVIII. Esta crisis iba debilitando al capitalismo individualista basado en el régimen de la competencia.

Para evitar la baja de los precios en los mercados interiores de las naciones más o menos industrializadas, surgieron los truts, que eliminaban a las pequeñas empresas englobándolas o arruinándolas y acaparaban toda una rama de 1a producción, llegando a ser verdaderos mastodontes económicos, fuerzas todopoderosas que se servían de los resortes del Estado, no sólo para dominar a las masas obreras, sino también para sus luchas de competencia con otros gigantes parecidos en los mercados exteriores.

En efecto -terminada por saturación la etapa de la expansión interna- empezó la búsqueda febril de nuevos mercados en países más atrasados económicamente. La competencia intercapitalista se trasladó entonces al campo internacional. Es sabido el período del imperialismo, destinado a ser una etapa transitoria, porque los mercados exteriores acaban por saturarse como los interiores y porque las fuerzas que amenazan al privilegio desde abajo aconsejan la unión. Pero, cuando estalló la guerra del 14, nos encontrábamos en plena etapa imperialista. El doble proceso: crisis interna del sistema y avance del socialismo, había llegado en ese entonces a su madurez y la guerra fue su fruto natural.

Se quiso evitar con la guerra que llegara la crisis: no se hizo sino apresurarla y darle un carácter mucho más violento y menos humano. Sin la guerra hubiéramos tenido en su esencia al fascismo, pero no con los caracteres inhu-

manos que tuvo (y no le doy a la palabra inhumano el sentido de cruel sino el sentido mucho más profundo de "ajeno y contrario al hombre en lo que tiene de más alto: razón y sentimiento").

Pero es inútil estudiar la historia sobre la base de hipótesis. La guerra forma parte del proceso que estamos estudiando.

El conflicto de 1914-1918 fue requerido por las clases dominantes. Las masas, o quedaron pasivas y hostiles, limitándose a proporcionar a los ejércitos el material humano, o, después de haberse dejado arrastrar por la ola pasional característica de las horas sangrientas de la historia humana, se desemborracharon pronto y, en su conciencia y en su voluntad, fueron madurando las reivindicaciones de la inmediata postguerra. España se mantuvo alejada de la contienda y esto tiene su importancia en la explicación de los acontecimientos de 1936.

REVOLUCION POPULAR Y REACCION FASCISTA

La guerra del 14 desemboca en la revolución. Y hay que observar algo que Marx -que vió tantas cosas en el futuro y en tantas acertó y en otras tantas erró- no había previsto.

La crisis revolucionaria es más intensa en los países menos industrializados, en los países -por lo tanto- en los que la crisis del mundo capitalista se va a sentir más tarde y como de reflejo; Rusia, Hungría, Italia, más tarde España (dejo de lado Alemania porque fue esa una revolución domesticada y casi impuesta por los vencedores y las fuerzas vitales que salieron de su seno fueron ahogadas por una enorme burocracia gubernamental, sindical y de partido, burocracia tan científica como el propio capitalismo alemán).

Como consecuencia natural de esta revolución que -en Occidente- no tuvo la fuerza íntima necesaria para pasar de la potencia al acto, surge el fascismo: dictaduras antisocialistas en Hungría, en Polonia, en Yugoslavia y, por fin, con caracteres cada vez más típicos, el fascismo italiano, seguido de muchos brotes parecidos en la lucha de partidos de otros países.

El fascismo surge como respuesta al anhelo de emancipación de las masas: aún no es entonces ni quiere ser una tentativa de resolver la contradicción íntima del capitalista, herida latente cuyos caracteres mortales no eran claros aún para nadie, y menos en los países de capitalismo poco desarrollado, que eran a la vez -como decíamos- los países más revolucionarios.

El fascismo es la obra instintiva y apresurada del miedo: del miedo y del odio. Quien haya vivido el drama de los años 1919 y 1920 en Italia, debe recordar, como el fenómeno más típico de esas horas, el pánico de la burguesía capitalista y de la clase media que veían abrirse un abismo bajo sus pies.

Los dueños de las grandes fábricas se estaban preparando a ceder la propiedad de sus empresas a sus obreros y empezaban ya a mendigar puestos de técnicos. Los profesores sufrían por los altos sueldos de los barrenderos

ros municipales y las mujeres de los empleados miraban por otro lado y palidecían cuando pasaban las cigarreras con el taco alto, las medias de seda, el vestido elegante de corte impecable. La clase privilegiada se sentía atacada no tanto en su dinero como en su jerarquía. Es el complejo del caudillo reaccionario uruguayo Herrera, cuando se horroriza de que el hijo del lustrabotas pueda llegar a ser doctor.

La burguesía como clase se sintió amenazada de muerte violenta por obra del socialismo. Todavía -repito- no sentía los síntomas de su muerte natural. El pueblo, por otra parte, tenía la misma visión de las cosas. Cantaba "Revolución queremos hacer: viva el Socialismo y la Libertad".

Hay que recordárselo a los profesionales del periodismo barato. El fascismo italiano no nació contra la democracia francesa o el imperio inglés: nació contra el pueblo italiano: el miedo al Socialismo fue el que le dió vida. Sus bandas armadas destruían sindicatos, cooperativas, ateneos, bibliotecas obreras; quemaban diarios, expulsaban con violencia a las Juntas Municipales socialistas, quebraban las huelgas matando a los huelguistas y aterrorizando y a veces exterminando a sus familias. Eso vieron en el fascismo los obreros italianos. Los camisas negras eran bandas armadas al servicio de los terratenientes contra las ligas de campesinos, al servicio de los industriales contra los sindicatos obreros, al servicio de los comerciantes contra las cooperativas.

El fascismo fue nacionalista, porque la fuerza de la clase obrera era y es internacional: exaltó las guerras porque la guerra sirve y siempre sirvió como un poderoso derivativo de los anhelos revolucionarios; habló de Imperio en Africa para hacer olvidar la peligrosa realidad italiana y europea. Esa atmósfera de guerra y de conquista se le hizo después cada vez más necesaria para imponer su régimen de militarización interna. Las razones de todos los actos de política exterior de Mussolini hay que buscarla en el equilibrio de las fuerzas dentro de Italia: aún las de la guerra de Abisinia, aún las de las sanciones (en las que desempeñó sólo aparentemente el papel pasivo del sancionado), aún las de Munich.

El fascismo no es, no fue nunca, un nacionalismo exasperado por más que algunos de los elementos jóvenes que se le sumaron fueran verdaderamente ultranacionalistas.

Mussolini no resume al fascismo, pero es su símbolo. Y Mussolini se había mofado de la idea de Patria hasta la víspera de la fundación del Popolo d'Italia, y del origen de esa especial corriente belicista de la que nació el fascismo.

Por otra parte hoy los hechos se han encargado de demostrar lo que hasta hace unos años parecía una herejía: que el fascismo no es nacionalista. No lo ha sido el fascismo italiano, ni el húngaro, ni el rumano, ni el francés, ni el belga... no lo ha sido el falangismo. Veremos después como el fascismo alemán se transforma de a poco, llevado por el paso de las muchas palabras pronunciadas y de las violentas pasiones despertadas que hacen alud, en una

excepción. Y esto lo arrastra a la guerra auténtica y lo pierde. Pero, no nos anticipemos. Dejemos sentado que el fascismo es -en esencia y en su origen- una reacción antisocialista que interrumpe brusca y violentamente un estado de tensión revolucionaria con la finalidad de volver a colocar a la clase dirigente en su pedestal tradicional y de restablecer la jerarquía: he aquí la gran palabra: ha sido durante 20 años el título de la revista teórica del régimen.

EL FASCISMO DEL PRIMER PERIODO

Ahora bien: en ese entonces, defensa de la jerarquía significaba defensa del capitalismo privado, amenazado por el afán igualitario de las masas .y aterrorizado por el fantasma gigantesco del comunismo ruso. El capitalismo se había servido de los regímenes liberales y democráticos en el período de su auge, cuando la libre competencia era no una barrera sino un estímulo a su desarrollo, y cuando aun las masas obreras no habían encontrado, para defenderse, el camino de la asociación.

Entre las libertades estaba la de contratar mano de obra, es decir, la libertad de explotación; libertad de los patrones, esclavitud de los asalariados, cuya cadena era el hombre. Y no porque el código ignorara esta cadena, dejaba de ser real. Pero, una vez que los trabajadores aprovecharon esa misma libertad legal para organizarse y defender sus salarios con tendencia a tomar en sus manos la producción, una vez que los consumidores empezaron -por más tímidamente que fuera- a controlar y a veces a hacerse cargo directamente (es el caso de las cooperativas) de la distribución de los productos, el capitalismo -cuya decadencia interna se empieza ya entonces a delinear, sin que los trusts, los carteles, los comercios lleguen a hacer otra cosa que atenuarla- abandona las armas gastadas del período anterior, la ley y la democracia parlamentaria, para esgrimir nuevamente el hacha de las cavernas.

Mussolini llega al poder entre el humo de sindicatos y cooperativas incendiadas y entre el incienso de admiradores italianos y extranjeros que lo proclaman: restaurador del orden y de la jerarquía. Se presenta para salvaguardar "la iniciativa privada en la producción" (esa misma libre empresa de la que, durante la guerra, se hicieron campeones Churchill y Roosevelt, como parte integrante de la democracia postbélica).

Esta tentativa de salvar con el machete, al que se agrega a partir de 1922 la reacción legal antiobrera, al capitalismo en sus formas tradicionales, caracteriza toda la primera parte de la historia del fascismo, hasta la crisis económica mundial de 1929.

La Carta del Lavoro de 1927 era, con la apariencia de una pretendida colaboración de clase bajo la égida del Gobierno, la expresión jurídica de esta realidad.

En España la dictadura de Primo de Rivera desempeñaba el mismo papel conservador. Y los capitalistas y los altos burócratas de los estados casi

democráticos, miraban hacia el Mediterráneo con los ojos llenos da envidia. Estaban de moda el orden romano, la civilización latina y los valores del espíritu, en peligro de ser anulados por la masa amorfa, y salvados por la jerarquía y el principio de autoridad que Roma moderna heredó de la antigua.

Sin embargo España no había pasado por el crisol ardiente de la guerra del 14, en la que su plutocracia se había enriquecido escandalosamente colocando a un buen interés la neutralidad de la Nación. Por más que Primo de Rivera imitara al dictador italiano; por más que Alfonso XIII lo presentara como "su Mussolini", la dictadura de Primo de Rivera no puede llamarse fascismo.

Fue la reacción de un capitalismo en auge y desordenado que encontraba en la Monarquía una cómoda aliada y se oponía tanto a la república como a las fuerzas obreras, que se encontraban antes las más conscientes y adelantadas de Europa, sobre todo en el Norte de la Península, y tenían una larga tradición de lucha y de acción directa, pero no habían sido calentadas al rojo por la guerra como las clases proletarias de los demás países europeos. Esto tiene dos consecuencias: la primera es que, fuera del clima de violencia militar que había envenenado a Europa durante 4 años, el socialismo del proletariado español conservó su viejo carácter libertario, salvándose de la poderosa sugestión que ejerció en toda Europa la dictadura bolchevique en su primera época. La segunda consecuencia es que la crisis de transformación de la clase dirigente española sigue un ritmo retardado y no se manifiesta con Primo de Rivera, cuyo absolutismo representa una tentativa fascista extemporánea, producida tanto por el miedo frente al peligro revolucionario que se había evidenciado de 1917 a 1920, como por la ambición y la codicia, alimentabas por las pingües ganancias del período bélico.

La crisis interna de la clase dirigente se manifiesta después, en el bienio negro de la República, y culmina en 1936. Se ha dicho varias veces que la dictadura de Primo de Rivera ha producido en España el efecto de una vacuna preventiva. Y es cierto.

El hecho es que en 1936 el pueblo español se hallaba excepcionalmente preparado para derrotar a su propio fascismo y para resistir durante tres años las acometidas del fascismo internacional, cayendo sólo bajo el peso abrumador de la fuerza mecanizada de los enemigos y de la traición de los que se decían sus amigos.

RUSIA

Y, para que esta rápida enumeración sea completa, hay que mencionar el factor que es acaso el más importante: Rusia.

No voy a hablar de hechos, porque los hechos todo el mundo los conoce, aun cuando hay muchas personas que tienen interés en tergiversarlos. Me conformo con tratar de delinear una trayectoria e indicar cierto paralelismo entre los dos procesos totalitarios de Europa, el occidental y el oriental.

La reacción trataba de fortalecer en el Oeste lo que la revolución había destruido ya en el Este: la propiedad privada.

Eran los tiempos del dilema, Roma o Moscú, contra el cual sólo los anarquistas protestaban. Tanto las masas como los estudiosos -tendían a ver sólo el problema económico, que no es problema de esencia, que es problema derivado y no se puede solucionar solo, sino únicamente en función del problema principal que es el de la libertad de la persona. Ya dije que consideraba al Socialismo como medio para llegar a la libertad, como condición necesaria de la libertad.

Un Socialismo que no conduce a la liberación del individuo, se niega a sí mismo aún en el campo estrictamente económico, porque la autoridad reproduce la explotación. Es lo que ha pasado en Rusia.

De la revolución del XVII surgió el Socialismo: el sistema de los Soviets, consejos locales de obreros y campesinos, pareció darle un carácter decentralizado, libre, federal, un carácter profundamente revolucionario en una palabra. La vieja clase privilegiada había sido eliminada. Pero la dictadura de partido, con el nombre equívoco de "dictadura del proletariado", ocupó el lugar del antiguo estado en escombros y surgió así el nuevo Estado, tan centralizado como el arterior o más, el Estado comunista, el Estado proletario, al fin y al cabo el Estado propietario.

En efecto, la propiedad privada había sido abolida y la gestión de la producción y de la. distribución, que parecía destinada a quedar en las manos de los Soviets de productores y consumidores, fue monopolizada por el partido dominante y centralizada en el Estado. Las apremiantes necesidades económicas y las otras, más urgentes aún, la defensa militar de la revolución, a la vez que hicieron más absoluta la dictadura bolchevique, la obligaron a veces a hacer concesiones en el terreno económico: pero estas concesiones se hicieron siempre en favor del viejo mundo capitalista vencido, restableciendo algunos de sus fragmentos, nunca en favor de un Socialismo más libre.

Así alrededor del Estado reconstituido, la burocracia de partido, engrosada después con el tiempo por los técnicos, cuajó en una nueva clase dominante, cuyos cuadros siguieron siendo alimentados a través de una rígida selección jerárquica. El salario subsistió, el sistema de los precios también. Pero ya no hay muchos capitalistas: hay un Estado, único empresario, que es la expresión de su burocracia como antes el Estado burgués era la expresión de su clase capitalista. Y este Estado, como el antiguo señor feudal, pero en escala infinitamente mayor, ejerce su dominio sobre el consumidor y sobre la persona políticamente considerada.

Es ésta la esencia misma del totalitarismo y la negación completa del Socialismo. Del naufragio de la sociedad burguesa, el P. C. ha salvado el principio de autoridad, la jerarquía. Lo demás ha vuelto como consecuencia (lo que podía volver -se entiende- y no ha muerto de muerte natural).

Justificaba en parte el dilema, Roma o Moscú, hace 15 años, el hecho de

que Roma se opusiera a Moscú en nombre del capitalismo privado, lo que contribuía a mantener alrededor del Estado ruso la aureola socialista. Las dos propagandas internacionales, la fascista y la comunista, junto con muchos mártires generosos sacrificados por el Partido Comunista en Italia, en los Balcanes y más tarde en Alemania, a sus necesidades de dominación espiritual sobre las masas hambrientas de justicia, alargaron la vida de esta contraposición entre los dos totalitarismos.

EL FASCISMO DEL SEGUNDO PERIODO

Pero en los años inmediatamente anteriores a 1936, en vísperas de los acontecimientos de España, las cosas, siguiendo sin embargo su curso natural, habían cambiado. El movimiento obrero ya no asustaba como en 1919: pero el pánico entre las clases altas de los países que fascistas y comunistas por turno han dado en llamar con razón demo-plutocráticos, era mayor aún. Esta vez el peligro de muerte el capitalismo lo descubría en sí mismo.

Después de la crisis financiera de 1929, la tranquilidad no volvió ya a reinar entre los dueños de la riqueza mundial. Se vio muy pronto que el sistema capitalista de producción o intercambio se movía dentro de un círculo vicioso, sin ninguna tangente que permitiera la salida: era la crisis de sobreproducción o de subconsumo (en el vocabulario del mundo capitalista los dos términos se equivalen), que no podía ya ser conjurada por la búsqueda de nuevos mercados. Sus caracteres eran la desocupación en constante aumento, la baja de los precios, y por lo tanto de los salarios por un lado y del beneficio capitalista por el otro, la acumulación de las mercaderías por falta de compradores, el hambre por la disminución o la desaparición completa del poder adquisitivo en los desocupados, el fracaso progresivo del sistema de la compra y de la venta como medio de hacer pasar los productos de la fábrica a los hogares. Empezaba el ocaso de la "libre empresa" y del imperialismo entendido como conquista de mercados. Economía dirigida, economía planificada, tecnocracia... palabras, estudios, sistemas, que florecían naturalmente sobre el humus de ese derrumbe y de ese miedo. Se trataba de salvar el privilegio, el predominio de clase, el principio mismo de clase, aún a costas de cambiar las formas de ese privilegio, de ese predominio, de esa clase.

El fascismo, que por diez años había amparado la propiedad privada, se vuelve el agente natural de esta transformación. Justamente entonces, en 1933, yo traté de hacer un balance de la experiencia fascista que estaba cerrando en ese momento su primera etapa. De esa tentativa salió un libro. Prefiero citar lo que entonces escribía, porque ese trozo gana en autenticidad, (la autenticidad de lo inmediato), lo que pierde en perspectiva histórica:

"Para los grandes industriales y los grandes agrarios esta organización representa la seguridad frente a las incógnitas planteadas después de la guerra por la evolución de la clase obrera y, sobre todo,

por el caos económico. El Estado fuerte, creado por ellos, hace desaparecer por un lado el fantasma terrible de la expropiación revolucionaria y por el otro sostiene con el dinero de todos, las empresas en peligro. Y un día u otro, cuando llegue el desenlace que todos presienten, cuando la *crisis del sistema* sea más fuerte que todos los puntales, los industriales pasarán con pocos trastornos de su posición actual al papel de funcionarios económicos, de altos empleados del Estado. Es una mentalidad que se está difundiendo en la clase capitalista.

Decía el honorable Olivetti en la asamblea de los industriales mecánicos y metalúrgicos de Turín, el 20 de noviembre de 1933: "Los industriales piensan: sigamos. Cuando nuestras empresas ya no puedan resistir, pediremos la ayuda del Gobierno.

Yo sé bien que muchos industriales, en estos momentos de dificultades y de obstáculos, cambiarían con gusto su situación de jefes de empresas con la situación de simples funcionarios, directores de casas industriales, sin el riesgo de las quiebras y con la seguridad de un apoyo exterior en los casos difíciles".

Por ahora estos deseos son individuales y casi inconscientes. Pero es indudable que existe en este momento la tendencia a pasar de una fase de dominio capitalista a otro de preponderancia burocrática a través de una cerrada organización estatal. En Rusia, donde el capitalismo apenas existía, la casta de los funcionarios ha surgido de capas sociales aún vírgenes. En los otros países el fascismo, que empieza siempre por aplastar a la clase obrera o impedir sus tentativas de recoger la herencia capitalista, se concreta después en un gobierno absoluto, que podrá muy bien ser el vehículo por medio del cual a la supremacía capitalista suceda la supremacía burocrática, sin que por esto la clase dominante tenga que abandonar su posición preeminente. El Estado será su puntal o, mejor dicho, su misma expresión en el campo político, mañana, como hoy. Por eso lo más peligroso en el fenómeno fascista no es su carácter capitalista, sino su aspecto estatal, que se identifica con su aspecto clasista. (El capitalismo no es sino una forma transitoria de la clase explotadora; el Estado es su expresión permanente).

EL NAZISMO

En el mismo año en que el industrial Olivetti pronunciaba esas palabras reveladoras, Hitler llegaba al poder. A partir de ese entonces, en la orquesta europea, acontecimientos y pasiones se han venido sucediendo y combinando y sobreponiendo en un crescendo angustioso. Y no sabemos cuándo esta angustia llegará a aplacarse.

El nazismo surge como la forma alemana del fascismo: se transforma más tarde, a través de la conquista, en su forma europea. Si la política aliada no lo hubiera impedido, podía haber sido, al fin y al cabo, el agente unificador de Europa, aunque la unificación no se hubiera realizado como él quería bajo su signo, sino contra él y contra todo lo que él representaba.

Hay desde luego diferencias entre el fascismo y el nazismo. Algunas son de espacio, otras de tiempo. Ni el pueblo alemán es el pueblo italiano, ni 1933 es 1919. No podernos aquí establecer el paralelo, que sería interesantísimo. Bastará decir que, surgido en plena crisis del mundo capitalista, es decir cuando se inicia la segunda etapa del fascismo, su evolución hacia el capitalismo de Estado, el Nazismo condensa en la obra intensiva de pocos meses la lenta transformación del régimen italiano durante su primer decenio de vida.

El Hitlerismo llega legalmente al poder, porque sabe dar una esperanza a masas de desocupados y a una clase media pauperizada, sabe substituir su desesperación por un sentimiento de orgullo nacional y sin odio genérico contra el capitalismo por un odio específico contra los judíos (dueños de una parte del capital alemán) y contra los extranjeros. El fracaso de la revolución de 1918 había desmoralizado a las masas alemanas. La democracia burocrática y aborregada que habían tenido en lugar del socialismo que anhelaban y cuyos campeones habían sido perseguidos y muertos con la complicidad de la democracia capitalista de toda Europa, había deprimido su espíritu. Fue fácil hacerles creer lo que en gran parte era cierto: que la culpa del hambre y la desocupación en Alemania la tenían la democracia de Weimar y las potencias capitalistas occidentales. Pero esos ocho millones de desocupados no eran para la clase dirigente alemana el verdadero peligro, sino el síntoma más evidente del peligro, que consistía, en su propia quiebra.

Ese ejército de desocupados y los descontentos de la clase media fueron en cambio el instrumento de salvación, la masa de maniobra del partido nacionalsocialista, que surgió para servir los intereses de la industria pesada, compendiada en el nombre de Thyssen. Pero estos intereses no se podían defender sino cambiando el sistema, como en Italia, como en todas partes. Los Junkers y los magnates, si querían conservar su supremacía, debían organizarse, junto con los técnicos y la burocracia de partido destinado a encuadrar a las masas, alrededor de un Estado fuerte y transformarse de a poco en las ruedas privilegiadas de un inmenso engranaje.

Esa fue la obra del Nazismo en Alemania como la del fascismo en Italia. El hecho de que algunos Thyssen se hayan arrepentido a destiempo, asustados por la lógica implacable de las cosas, no modifica el fenómeno, común al totalitarismo alemán, al italiano (fascismo del segundo período) y -sin duda- a las inevitables tentativas totalitarias de mañana.

Debajo de este armazón rígido y jerarquizado, se encuentra el inmenso ejército del trabajo, ejército de esclavos militarizados que se forma en Alemania el mismo año de la ascensión de Hitler al poder. El proceso en Italia es más lento, pero igualmente implacable. Si estudiamos la organización del trabajo en Italia y en Alemania inmediatamente antes de la guerra actual, encontramos muchos rasgos comunes. Todos los resortes de la vida pública adquieren una rigidez de muerte. Con una serie de disposiciones legales que recuerdan la legislación del Bajo Imperio Romano a partir de Diocleciano, los campesinos son vinculados al terruño, los obreros a sus oficios, los profesionales a su profesión, todo el mundo a la localidad en que vive, no pudiendo cambiar de trabajo o de lugar de trabajo sin autorización especial. Este proceso de esclerosos era y -¡cuidado!- después de la derrota del fascismo, sigue siendo la condición de la sobrevivencia de las clases. Hace tiempo que el libre juego de los salarios y de los precios no alcanza para mantener en las manos de una minoría dirigente las riendas de la sociedad. O desaparece la minoría dirigente para dar lugar a distintas formas de socialismo libertario, o esa minoría dirigente se transforma en la burocracia privilegiada de un capitalismo de Estado basado en la esclavitud y tenemos el totalitarismo.

Este último necesitaba un clima de guerra para militarizar a las masas: necesitaba también ese mismo clima de guerra para englobar en el Estado toda la economía del país. La guerra provoca una escasez artificial de productos y hace necesaria la autarquía. La autarquía, que culminó en Italia en el período de las sanciones, fue en efecto el principal instrumento de transformación estructural de los países fascistas.

De los totalitarismos occidentales, el racismo alemán era sin duda el más vital, por el impulso pasional que lo animaba. Fue también el que llegó a las últimas consecuencias de las premisas totalitarias: del partido único en el Estado pasó a la idea del Estado único en el mundo. Hay otro totalitarismo, que ha llegado a las mismas últimas consecuencias: es el ruso. De ahí el choque. En Alemania se realizó fácilmente el pasaje de la idea de una casta privilegiada en la nación a la idea del pueblo privilegiado en una tierra sin fronteras. ¿Es nacionalismo? Sin duda, pero el nacionalismo no lo explica todo en este campo. Hitler por otra parte no es alemán, sino austríaco y no era alto y rubio como el prototipo del ario puro. La idea de raza, abstracción pseudo-científica transformada en idea-fuerza, puso a sus órdenes una apasionada masa de maniobra. Lo más importante aquí no es la nación destinada a servir de instrumento, sino el sistema: la militarización de la vida del mundo, como medio de escapar a las últimas consecuencias de las premisas liberales y democráticas en el momento del derrumbe del capitalismo privado: es decir como medio de salvar el principio de autoridad, de jerarquía, cuando sus soportes económicos se vienen al suelo.

LA ACTITUD DE LAS "DEMOCRACIAS" CAPITALISTAS

La gravedad del dilema se empezó a sentir en forma cada vez más intensa en la Europa occidental demo-plutocrática, y esto nos explica por un lado los progresos de la idea de un socialismo antiestatal en algunos ambientes de intelectuales de izquierda (sobre todo en Francia), y por el otro las vacilaciones de las clases dirigentes que en parte querían a todas costas conservar el viejo capitalismo (especialmente en Inglaterra que, respaldada económicamente por el Imperio, sufría menos por la crisis), y en parte gravitaban en la órbita de los totalitarismos existentes. El ejemplo de Francia es típico. "Mejor Hitler que León Blum", decían los magnates de la industria pesada francesa.

Por otro lado el frente Popular al que los comunistas aportaban por cierto no desinteresadamente, el contingente de sus masas cegadas por el miraje de un inexistente Socialismo ruso, se encontró con un ilusorio poder en las manos en momentos en que e1 sistema capitalista tradicional adquiría progresiva conciencia de su imposibilidad de subsistir.

Junio de 1936 fue en Francia un momento de grandes posibilidades revolucionarias en la base, pero de impotencia en el Gobierno. El error de las masas fue el de creer que unas elecciones eran una revolución y de esperar la revolución desde arriba. El trabajo del Gobierno es.mantener el orden: y el orden es todo lo contrario de una revolución. Por esto, en cambio de la socialización tuvimos un mínimo (indispensable para seguir produciendo y consumiendo) de nacionalizaciones, apoyadas por una parte del capital financiero (por los capitalistas que no eran partidarios de Hitler), y que tuvieron la consecuencia natural de fortalecer al Estado, sin atacar al privilegio. A las masas se les dieron las 40 horas, (débil paliativo para la desocupación), pero se las sometió al control estatal por medio de una legislación minuciosa destinada a impedir las huelgas: comisiones paritarias, tribunales de arbitraje, etc. Se iba a una colaboración de clase bajo el paternalismo estatal, siguiendo inconscientemente las huellas del corporativismo fascista. En la plana mayor de las organizaciones sindicales, verdadera casta en formación, se preparaban con toda neutralidad los cuadros de su futuro sindicalismo de Estado, similar al italiano y al alemán. Ni Belin, ni Faure, ni -en Bélgica- De Man, son traidores. Eran totalitarios que se ignoraban a sí mismos. Estas tendencias y la famosa "pausa" produjeron la escisión del socialismo francés.

ESPAÑA REVOLUCIONARIA

Estas eran las principales cosas que hervían en la olla europea, cuando a los generales españoles se les ocurrió sublevarse contra el Gobierno del frente popular presidido por Azaña, para introducir en España el totalitarismo fascista. Y he aquí como en Europa se produce el hecho nuevo, que -aunque no

parezca- ha sido la primera gran derrota del nazifascismo: un pueblo, que no espera una revolución hecha desde el gobierno, por más de frente popular que sea éste, un pueblo que toma en sus manos sus destinos y devuelve el golpe con un golpe adecuado, respondiendo a la tentativa totalitaria con la tentativa de realizar, no en el gobierno y en el parlamento, sino en las fábricas y en las colectividades campesinas, el socialismo.

Muchos se han ocupado de las realizaciones prácticas, de los errores y de los aciertos de la revolución española: se ha relatado como, en plena lucha, se reactivaron los servicios públicos y se organizó el abastecimiento, cómo los sindicatos ocuparon, las fábricas y las colectividades campesinas las tierras, cómo se organizaron cooperativas y se trató de coordinar -especialmente sobre base sindical- todos estos organismos autónomos. Se ha dicho cómo el pueblo llevó su rebelión, contra el viejo mundo burgués al terreno de fondo, quemando en hogueras purificadoras billetes de banco y colchones de prostíbulos. Quemando iglesias también, símbolos de totalitarismo espiritual y guaridas de requetés y camisas negras y pardas.

Se ha relatado también como esta revolución que llevaba en sí tanta vitalidad como para sobrevivir a las desventajas de la improvisación, a las corrientes de instintiva y autoritaria violencia que nacen espontáneamente en toda revolución y a veces la empujan hacia el desastre, a la ineficiencia de los dirigentes, esta revolución que había vencido al totalitarismo interior y estaba construyendo el socialismo con ansias enormes de libertad, fue ahogada desde afuera. Todas las clases privilegiadas del mundo (los privilegiados del poder gubernamental, los privilegiados del dinero, los privilegiados de las burocracias sindicales y de partido), oyeron con espanto esa palabra que respondía tan exactamente a las interrogantes de la hora. Los pueblos no oyeron u oyeron a medias, porque la Propaganda con mayúscula (que empezó justamente en esos años a monopolizar radios y prensa en escala nunca vista), impidió que oyeran. Y esa fue la tragedia de España. De todo esto, interesa aquí un aspecto: el mensaje de España al mundo y las repercusiones inmediatas y posteriores de este mensaje.

El pueblo español no estaba preparado para la revolución. Ningún pueblo lo está nunca. Los compañeros españoles que han vivido aquello se desesperan al recordarlo. Había habido congresos obreros, planes de reorganización económica, todas cosas que fueron útiles pero que parecieron -a los que actuaban en la fragua- completamente desproporcionadas a la entidad del imprevisto cataclismo. No estaba preparado: y sin embargo estaba mucho más preparado que cualquier otro pueblo de Europa, porque no esperaba nada de nadie más que de sí mismo.

Esto explica la falta de madurez política que le reprochaban los republicanos y los marxistas. Esto explica hechos como el que cuenta en su libro Rabasseire (Espagne, creuset politique, p. 12), de aldeas que votaron en masa por las derechas en las elecciones de Febrero de 1936, siguiendo pasivamen-

te las indicaciones, o imposiciones del "cacique" local, y cuyos habitantes, el 19 de Julio, combatieron en su totalidad contra los militares sublevados.

Este estado de ánimo explica la carta que voy a transcribir, pequeño documento perdido en la prensa barcelonesa de los primeros meses de la revolución y más precisamente del mes de septiembre, cuando Cataluña estaba en estado incandescentes con una cantidad de elementos económicos contradictorios, residuos de lo antiguo y creaciones nuevas que lentamente se iban combinando y conciliando. Lo cito justamente porque es un documento pequeño, corriente, sin pretender que sea el símbolo de toda la realidad de aquellos días, pero como síntoma de una atmósfera determinada.

"Nosotros los campesinos, los que regularmente estamos faltos de cultura, pero no de inteligencia, ante el trascendental proceso que se está operando en España, nos vemos precisados a hacer las siguientes advertencias al resto de los trabajadores de España. El triunfo de la revolución no sólo depende de las armas: La historia nos demuestra infinidad de casos que, a pesar de la bravura de los hombres y de disponer de medios defensivos, se tuvieron que rendir por falta de medios económicos: aquí, en las pequeñas localidades que apenas sabemos expresar nuestros sentimientos sociales por escrito o hablado, podemos demostrar a muchas localidades y ciudades que sabemos llevar a cabo lo que otros hombres más cultos nos enseñaron."

"El *comunismo libertario* en Maella, pasó de ser un sueño de justicia social; hoy es una realidad viviente. El dinero, camaradas, ha desaparecido. El único valor es el esfuerzo. En ésta no cobran los médicos, ni los maestros de escuela. Desinteresadamente han hecho dejación de ese absurdo privilegio; no cobra absolutamente nadie. Los intereses capitalistas están encerrados en una caja de caudales a manera de delincuente que cumple la sentencia eterna de su gran crimen; pero, compañeros de otras partes, su encierro lo es local o parcial, en contra de la voluntad de todos los maellanos: cuando tenemos que desplazarnos de Maella a otros puntos, tenemos que poner en libertad a este "viejo asesino".

Cuando tenemos que adquirir mercancías u objetos en las grandes urbes, nos hacen falta cuartos. Hace algún tiempo se desplazó un delegado muestro a Barcelona y presentó unos vales en los que no se pedían perfumes, bebidas, tabaco o cosas de las que de momento podemos pasar sin ellas, únicamente lo que pedíamos a Barcelona, era maquinaria y útiles de trabajo tan preciosos como los fusiles. Se nos dijo que se había tomado el acuerdo de no hacer efectiva ninguna demanda sin dinero a aquellas localidades o puntos que no fueran del frente de guerra. Nosotros que aprendimos de otros hombres más cultos, que el valor del Anarquismo era la solidaridad, nos quedamos sorprendidos una vez. El día antes se nos presentaron unos compañeros de Badalona con un vale firmado, o avalado por la Comandancia de Caspe, en el que se nos pedía treinta mil kilos de aceite. A nosotros, solidarios y anarquistas, nos bastó saber que lo precisaban y que nosotros lo teníamos. Tened en cuenta, com-

pañeros, que esta demanda tiene un valor aproximado de cincuenta a cincuenta y cinco mil pesetas.

Lo avalaba la columna Ortiz-Ascaso, dos hermanos en Maella. No sólo tuvimos aceite. Pueden disponer de nuestra sangre: ellos dan más; dan su vida. Maella entregará a los hermanos del frente su último grano de trigo, su última gota de sangre. Lo entrega por la causa de todos, por la causa de la libertad, por la causa de la justicia... ¡Por el Comunismo Libertario, por la Anarquía! Pero volviendo atrás sobre el acuerdo de Barcelona, tenemos que advertir que los fusiles se quedarán mudos si los útiles de trabajo faltan. Maella tiene poco dinero, se acabará. El crédito capitalista, los anarquistas los hemos suplantado por el crédito del esfuerzo. Los capitalistas vivían negociando con el crédito de sus intereses. Nosotros tenemos la base de este crédito, el trabajo. Si pedimos a una localidad por valor de cincuenta mil pesetas de maquinaria y no podemos de momento entregar más que por valor de veinte mil pesetas, entre trigo, aceite, etc., etc., reconocemos este Municipio libre, el débito de treinta mil pesetas que iremos haciéndolo efectivo en las próximas cosechas.

Maella, cree así cumplir su misión histórica, allá con la responsabilidad de que no se quieran ajustar a, nuestra reorganización social.

Nos aprendimos la lección, la adentramos en nuestro cerebro y en nuestro corazón y la hemos cumplido.

El que quiera que venga y lo vea con sus propios ojos. Así somos los campesinos. El Sindicato de Campesinos de Maella (Zaragoza)."

(Maella, Tierra yLibertad, Barcelona, 24 de Septiembre de 1936)

Lenguaje ingenuo, con cierto rebuscamiento característico de los autodidactas, índice de la existencia de los factores que caracterizan siempre a una revolución en sus comienzos: sencillez en el planteo de los problemas, entusiasmo sin cálculos, iniciativa en la base. Las realizaciones socialistas de la revolución española son libertarias, no sólo porque la C.N.T. y la F.A.I. desempeñaron en ellas un papel preponderante, sino, en forma más amplia, porque fueron llevadas a cabo por el pueblo, al margen y en contra de cualquier gobierno.

ESPAÑA Y EL MUNDO

El mundo no esperaba eso, aunque los españoles sí. (Los españoles quedaron descontentos porque esperaban más). Tampoco el mundo esperaba eso, que fue fácil ocultárselo hasta cierto punto. Habría material para escribir un grueso tomo sobre la propaganda interesada que cubrió con una cortina de humo la guerra y la revolución española.

En España realizaron su aprendizaje no sólo muchos pilotos de aviones de bombardeo que han actuado en esta última guerra, no sólo muchos jefes de guerrilleros al servicio de Rusia como Tito, y estrategas y técnicos de todas las principales naciones. Al mismo tiempo realizaron allí su aprendizaje los corres-

ponsales de las grandes agencias noticiosas. Y nosotros también, en ese entonces, nos entrenamos en el trabajo de leer entre líneas y de interpretar.

Sobre este punto no voy a repetir lo que dice Rocker en su libro Extranjeros en España, o Baraibar (La guerra de España en el plano internacional), con lujo de detalles. Los hechos por otra parte son conocidos: mientras se presentaba el conflicto español a la opinión pública mundial como una lucha de independencia nacional contra el imperialismo italo-alemán (la historia se repite: los leales españoles de entonces son los patriotas europeos de 1943-1945), y se evitaba cuidadosamente mencionar las realizaciones revolucionarias que eran la razón primera de aquella heroica resistencia, todo se ponía en juego por parte de las potencias extranjeras para ahogar ese impulso dentro de España. La no-intervención fue un acto de entrega y sumisión frente al fascismo, no por miedo a la guerra, como se dijo (y los pueblos lo creyeron) sino a la revolución. Esto sobre todo por parte de Inglaterra y Rusia, ya que Francia cedió porque estaba demasiado atada a Inglaterra y sólo hubiera podido salvar a España y salvarse situándose en un terreno revolucionario, es decir tomando la iniciativa de aquel movimiento de renovación europea que hubiera evitado la guerra: y esto no se podía verdaderamente pretender de un gobierno de frente popular.

Yo creo personalmente que el desastre de Francia en ese momento fue el de haber tenido un gobierno elegido por fuerzas izquierdistas. Estas últimas, que eran poderosas, se vieron anuladas por el deseo de no crear estorbos a sus jefes, mientras el gobierno era impotente, como todo gobierno de izquierda. El hecho es que Francia no pudo dejar de seguir la política inglesa. Por otra parte ni el pueblo francés ni el pueblo inglés extendieron en ese momento el mensaje de España. Creyeron demasiado fácilmente que la ayuda llevaría fatalmente a la guerra.

Mejor oyó acaso ese mensaje el pueblo italiano, que aunque generalmente se crea lo contrario quedaba fuera del alcance de la gran propaganda y, en su parte más consciente, no concebía la lucha antifascista más que como lucha por el socialismo: por lo tanto no necesitaba conocer la revolución española: la intuía.

Mussolini no se atrevió a emplear en la guerra española más que mercenarios: no hubiera podido emplear al ejército regular formado por conscriptos. Aquella bomba llena de aserrín que cayó, naturalmente sin estallar, en el frente de Madrid y que contenía un billete con un saludo de los obreros de Terni "a sus hermanos españoles", es un símbolo. Mussolini nunca se hubiera atrevido a hacer la guerra sobre la base ideológica de la guerra de España: Hitler tampoco. Si Daladier y Chamberlain cedieron en Munich no fue por miedo a la guerra. Ellos tampoco querían que el conflicto se planteara sobre esa base revolucionaria. Unos y otros le tuvieron miedo a la actitud popular. La guerra sin embargo se acercaba inexorablemente, porque la preparación bélica alemana llevaba fatalmente a eso y el capitalismo occidental, aunque atraído como por

un imán hacia la órbita totalitaria, no estaba maduro -por lo menos en Inglaterra- para aceptar al Estado único, o hacérselo aceptar a los pueblos. La única verdadera manera de evitar la guerra era la victoria de España, es decir, la revolución en Europa. Los pueblos no lo vieron y los gobiernos -naturalmente- no lo quisieron.

Y la guerra estalló como fatalmente debía estallar, a la vera de la agonía de España, en una atmósfera de revolución derrotada, de revolución frustrada. En Italia, por ejemplo, el fascismo, que había sido sacudido hondamente por las vicisitudes del conflicto español, fue apuntalado después por dos hechos: el abandono de España por parte de las democracias y, más tarde, el pacto ruso-germano. La actitud de Rusia en España (quiero decir del gobierno ruso, porque del pueblo nada podemos decir en este momento), ha sido atroz, tan atroz como la de Hitler y Mussolini, o más, porque fue más hipócrita más peligrosa. Los detalles están en muchos libros, entre los cuales el ya citado de Rocker. Ha sido política atroz, pero si cerramos los oídos a la propaganda, clara.

El fruto último y natural de la dictadura, por medio de la cual el Partido Comunista quiso imponer en Rusia el socialismo, ha sido el presente totalitarismo rígidamente jerárquico de Stalin, que representa en Rusia la contrarrevolución, no sólo porque ha destruido las realizaciones socialistas de los primeros tiempos, absorbiéndolas en un nuevo tipo de capitalismo de Estado, sino también porque ha ejecutado a todos los revolucionarios de Octubre, a todos sus opositores de izquierda, exactamente como hubiera podido hacerlo un gobierno zarista restaurado. Pero él y su partido siguen presentándose como los creadores de un mundo socialista, no sólo en el extranjero, sino también dentro de Rusia, aunque se evite insistir en esta palabra y se refieran el patriotismo en el interior y vagas afirmaciones democráticas y unitarias en el exterior, como motivos de propaganda.

Ahora bien: no hay Estado en el mundo que le tenga más miedo a una revolución verdaderamente socialista en cualquier parte do la tierra, que el Estado ruso. Mejor el triunfo de cualquier forma de totalitarismo, aunque sea de tipo nazista. El gobierno ruso buscó esclavos en España. No encontró sino muy pocos. Entonces Stalin debía preferir y prefirió la victoria de Hitler y Mussolini a una victoria de la República.

La muerte de la revolución española fue un alivio para las clases dominantes en todo el mundo. ¿Qué le importaba al capitalismo inglés la amenaza nazi sobre Gibraltar, al francés la presencia de un posible enemigo en dos fronteras, a Rusia el fortalecimiento de Alemania, si a ese precio desaparecía del horizonte occidental el nubarrón revolucionario? Por otra parte, no se había terminado aún la guerra española y ya se estaba gestando el pacto ruso-germano, que al estallar después como una bomba, marcó el comienzo de la invasión de Polonia y de la segunda guerra mundial, precio terrible que los pueblos han pagado por no haber derrotado antes al nazifascismo por medio de una ayuda amplia, total, revolucionaria, a la España antifascista.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Los pueblos se han despertado tarde, y se han encontrado con la guerra. Y todo el entusiasmo y la devoción que tenía derecho a exigirle España, se han volcado en la guerra y le han dado por un largo período significado popular.

Se ha dicho ya hasta el cansancio que hubo dos guerras en la guerra: una de ellas fue la continuación de la de España, fue la continuación de la desigual lucha contra el fascismo internacional que duraba desde 1922: no fue una guerra, sino un esfuerzo revolucionario que había empezado mucho antes de la guerra y que había sido derrotado muchas veces, pero no agotado.

La otra fue la lucha de las viejas clases capitalistas en decadencia contra el demasiado invadiente y prematuramente universalista totalitarismo alemán. El conflicto entre Alemania y Rusia fue otra cosa. Fue el conflicto entre dos totalitarismos, que por definición se excluyen porque son totales: y ganó el ruso. Pero en ningún caso se puede reducir esta última guerra a una competición entre naciones o a una lucha de carácter imperialista, por más que estos primeros años de post-guerra parezcan marcar un retorno a los viejos planteos y a las viejas soluciones.

El imperialismo puede ser un aspecto secundario y -en todo caso- completamente caduco del problema. La guerra no ha sido más que una etapa (y por cierto no la primera) de la lucha en la que se decide el porvenir de las clases dirigentes y que se combate dentro de cada nación.

El capitalismo privado, el sistema de la libre empresa, estaban derrotados antes de la guerra. Y ahora, en cuanto se reconstruya lo destruido por el conflicto la crisis de desempleo y la falta de mercados se va a reproducir agravada. El capitalismo en sus viejas formas no puede vivir ya más que de una vida artificial. Los capitalistas de todo el mundo han esperado de Hitler su salvación. Hitler ha resultado incómodo, demasiado alemán. Contra eso, contra el carácter nacional que ha adquirido con Hitler el expansionismo fascista, ha tratado de erguirse el viejo armazón de los trusts y de los Imperios, con la vaga esperanza (evidente ya durante el conflicto) de conservar de las antiguas y cómodas formas algo más de lo que de ellas quedaba en Alemania y en Italia y queda ahora en Rusia. Esperanza tan débil, que, ya en los últimos años de la guerra, lo básico del fascismo (militarización del trabajo, estatalización de la producción y de la distribución de artículos esenciales, prohibición de huelgas, etc.), empezó a ser adoptado en los países que, como vencedores, dictan hoy la ley al mundo. Algunas de esas medidas de emergencia fueron abandonadas al finalizar la contienda, ya que la transitoria escasez vuelve a crear condiciones favorables a la empresa privada por un lado y por el otro las fuerzas del trabajo, desapareciendo el espectro amenazador de Hitler, tratan en muchos lugares de recuperar su autonomía; pero la tendencia queda.

Estas dos guerras, la del pueblo y la del capital contra la Alemania nazi,

han llegado a identificarse un momento: ha sido en 1940, cuando Hitler avanzaba sobre el mundo con un empuje victorioso que parecía irresistible. Después, de a poco se han ido separando nuevamente, porque los unos marchaban hacia adelante y los otros hacia atrás. Estos últimos no han combatido al totalitarismo, sino sólo a su forma alemana. Y -tomados entre la revolución socialista y el capitalismo de Estado totalitario, que conserva el privilegio de casta por medio de una militarización completa de todos los aspectos de la vida-, se sienten naturalmente llevados a refugiarse en éste último.

Por esta falta de seguridad interior hace que -a pesar de su enorme fuerza militar y de sus inmensas riquezas- las demoplutocracias sean el factor más débil en el mundo de la transición surgido de una contienda que no tenía para ellas ningún serio carácter ideológico.

LA POST-GUERRA

Sobre las ruinas, del Imperio Hitleriano que ha durado menos que el de Atila, pero que ha trabajado al viejo continente en profundidad, se perfila pues, para este tormentoso período de postguerra, el choque de tres fuerzas: la demoplutocrática (que conserva parte de su poder en América, ya que ésta sigue el ritmo de los acontecimientos europeos con 20 años de distancia -pero que se encuentra en franca decadencia en Europa-), el totalitarismo ruso, llamado a recoger la herencia de Hitler, con la inmensa ventaja de una propaganda mucho más hábil entre las fuerzas totalitarias, y, por fin, los enormes contingentes populares, que son los que han pesado -de uno y otro lado de la trinchera- en la decisión de esta contienda. Un lugar aparte ocupa la Iglesia, aliada, por ahora, con las demoplutocracias, dentro de las cuales actúa como factor totalitario.

Se reproducía en toda Europa la realidad Española de 1936-1939, si el cansancio de la guerra y las contradictorias propagandas oficiales de postguerra en una atmósfera de desesperación no hubieran obnubilado, en los más, la clarísima experiencia vivida en los años terribles.

Ni esta experiencia ha sido inútil, ni este compás de espera puede durar mucho. Cuando la angustia oprimía todos los corazones y humeaban los hornos de gasificación de Auschwitz y Dachau, muchas veces se elevaron del infierno europeo, diciendo la palabra que surgía evidente de aquella experiencia: era la palabra de España. Eran las voces mejores de la "resistencia", que surgían de esa vida y de esa muerte y compensaban con creces la banalidad de tantas "V" de la victoria, pintadas en todos los rincones del mundo democrático.

Nosotros los anarquistas que por tanto tiempo hemos marchado solos, oíamos entonces una multitud de pasos sobre nuestra misma ruta: algunos vacilantes, otros seguros, dirigidos todos hacia la misma luz. Eran síntomas dispersos, que no tenían nada que ver con la corriente libertaria tradicional y

que se manifestaban y convergían inconscientemente. Porque correspondían a la lógica del momento. Preocupación fundamental y característica: la separación, o más bien la oposición entre el concepto de socialismo y el de Estado.

A pesar de que este momento de autoconsciencia ha quedado limitado en el tiempo y en el espacio, el socialismo concebido como liberación del individuo ya no es patrimonio de una pequeña minoría revolucionaria. La corriente italiana de "Justicia y Libertad" que tiene su punto de partida en el libro Socialismo liberal, de Rosselli (cuyo título es ya una definición), ha representado, antes de perderse en el hibridismo del post-bélico "Partido de Acción", una parte importante en la ideología de la resistencia, especialmente en el Norte. Había liberales con exigencias de justicia social: había socialistas con ansias de libertad verdadera: los primeros se han encontrado con los segundos, sobre un terreno que les parecía nuevo y es el mismo del cual nació el socialismo. Después de setenta años se sintió de nuevo, por encima del abismo cavado por dos guerras y dos revoluciones, el eco de las discusiones que agitaron y quebraron la I Internacional. Estas mismas exigencias, en tonos distintos, se manifestaron en algunos sectores del Partido Socialista Italiano, aunque ahora corran el riesgo de perderse en el equívoco anticomunismo del nuevo partido salido de la escisión, como antes "Justicia y Libertad" se perdió en el equívoco liberalismo del Partido de Acción. Pero, en el momento de la caída del fascismo, antes de que Italia como toda Europa se transformase en un penoso tembladeral dominado por la voluntad de las grandes potencias, empeñadas en imponer la rutina como puente hacia un futuro cuyo nacimiento ellas tratan de controlar, estas tendencias eran vivas y vitales. Y no han muerto.

En la prensa clandestina francesa del tiempo de la ocupación alemana (de la que encontramos numerosos extractos en France Nouvelle, de Buenos Aires), hemos leído no una, sino muchas veces, frases como éstas:

"Hay que ir hacia la fundación de un nuevo humanismo revolucionario, igualmente lejos del desorden capitalista y del egoísmo pequeño burgués que de la dictadura totalitaria. Francia está en la confluencia de estas dos grandes ideas: Colectivismo y libertad."

"Hay que edificar sobre las ruinas de la dominación fascista y de las soberanías estatales, la unión democrática de los pueblos de Europa -unión de los pueblos y no liga de los Estados-, primera etapa hacia la unión de todos los pueblos del mundo."

En Alemania los estudiantes de Munich, fusilados en 1944 por la Gestapo, declaraban luchar por la libre auto-determinación, por la libertad del espíritu, palabras que, dentro de Alemania, tenían un significado mucho más profundo, mucho más social, que en los países más o menos democráticos.

La exigencia de una socialización descentralizada y basada en la autonomía de las comunidades locales, se hacia sentir entre los polacos (véase Polonia Popular, 5 México, 15 de octubre de 1944, pp. 4 y 5). La conducta de los ejércitos de Stalin, inmóviles frente a la heroica Varsovia en llamas, tiene

acaso la misma explicación que los bombardeos "psicológicos" ingleses sobre Milán y Turín sublevadas contra los fascistas: el miedo al pueblo, el miedo a un socialismo popular y no gubernamental.

Estas y muchas otras manifestaciones similares, independientes unas de otras y diseminadas, pero todas orientadas en un mismo sentido socialista y, más o menos acentuadamente, antiestatal, no tenían en las postrimerías de la guerra otro valor que el de síntomas de una exigencia difusa de justicia social y de libertad, fruto no de una determinada propaganda, sino de la experiencia sangrienta a la que nadie había podido sustraerse y contra la que no había habido torre de marfil bastante alta y cerrada.

Terminada la guerra, los nervios se relajaron: el deseo de vivir (de dormir sin bombas, de comer en la medida del hambre, de conseguir leña y lana, contra el frío), privó sobre los ideales. De los Estados Unidos protestantes llegó un poco de pan que la iglesia católica distribuyó en nombre de Dios y del Santo Padre. Los ejércitos rusos desplegaban a los cuatro vientos las banderas rojas tanto tiempo soñadas. En muchos lugares se pudo cantar y gritar lo que se quiso: en algunos, los obreros ocuparon las fábricas, pero las tuvieron que dejar porque no les servían para nada: falta el carbón, faltaba la materia prima. Las masas recordaban la revolución rusa por un lado, la carta del Atlántico por otro, sin tener en cuenta la obra del tiempo que ya las había carcomido. La Iglesia supo aprovechar el momento y el apoyo americano: supo engrosar las filas de los partidos que en los diversos países responden con los tránsfugas (aterrorizados antes, *tracotantes* [arrogantes] después), de los totalitarismos vencidos, sin perder el apoyo de los gregarios humildes que habían soportado al fascismo con odio y paciencia. Fue la hora de los grandes partidos y de las palabras vacías.

Detrás de ese vacío había quien construía. Era la araña totalitaria que, rota la tela, volvía apresuradamente a tejer.

El Totalitarismo -repetimos- no es un fenómeno exclusivamente italo-alemán o ruso. En todas partes el Estado tiende a hacerse total: en todas partes los monopolizadores del privilegio tienden a hacer del Estado su instrumento transformándose ellos mismos en engranajes del Estado. El proceso era bien visible en vísperas de la guerra: ésta, con las destrucciones de riquezas y de vidas que ha traído consigo y que palian los aspectos más agudos de la crisis capitalista (baja de los precios y desocupación, consecuencias ambas del progreso técnico), ha producido en él un compás de espera, que se traduce en un retorno de los viejos fenómenos, anteriores a la conflagración de 1914-18: búsqueda de mercados, choques de imperialismos nacionalistas, intrigas coloniales. Todos ellos tienen la marca de lo provisorio: las grandes fuerzas económicas y políticas se están aprontando para un retorno de la crisis. Contra ella evocan el espectro y algo más que el espectro de la próxima guerra: contra ella vuelven a preparar, con otros nombres y otros epicentros, el totalitarismo.

No hay que dejarse engañar por la actual estructura democrática del

mundo occidental, reconsagrada demasiado recientemente por sangre popular, para que sea posible destruirla impunemente y por otra parte aún no muy peligrosa en un momento en que los "negocios" marchan y los pueblos piensan más en el pan difícilmente asequibles, que en la libertad que creen asegurada. En esas democracias que son tales porque están ungidas por mayorías electorales, pero a las que les va faltando aquella dosis de liberalismo (es decir de limitación a la autoridad del Estado), que daba cierta estabilidad a las democracias anteriores, el totalitarismo va afilando de a poco sus armas económicas.

El lema famoso de los industriales franceses: "Mejor Hitler que León Blum", ha cambiado de nombres propios, pero no de significado. El miedo al socialismo se revela en todos los detalles: en el salvataje de las personas, de los bienes y a veces de la posición política de los fascistas, como en la propaganda -disfrazada a menudo de información imparcial- de la gran prensa, en la rusofilia de los unos como en el anticomunismo de los otros.

Uno de los caminos provisionalmente democráticos del totalitarismo es dado por las estabilizaciones, presentadas a las masas como realizaciones revolucionarias y socialistas. En el momento especial que estamos atravesando, de auge capitalista circunstancial, es fácil presentar al capitalismo privado como el enemigo más peligroso.

Todos estos factores hacen que los grandes partidos, sin necesidad de programas muy definidos, consigan canalizar esas inquietudes fecundas pero vagas que habían caracterizado en los últimos años de la guerra a la "resistencia". Un poderoso derivativo del que se sirven es el del orgullo nacionalista, tan fácil de provocar, después de una guerra, aprovechando la embriaguez de los vencedores y la armadura rencorosa de los vencidos. El internacionalismo socialista ha quedado excluido de los partidos "de masas", por más socialistas que se llamen. En una Europa en que Hitler había abatido las fronteras, no hay un movimiento socialista europeo y hay mil ridículas reivindicaciones territoriales.

Esos deseos de las minorías conscientes, que las explosiones y los incendios iluminaban de luz tan clara, existen aún, pero de forma indefinida en las muchedumbres y tienen nombres equivocados : De Gaulle antes, en Francia, Moscú, ahora, un poco en todas partes...

Los votos no tiene un significado propio y, en esta etapa de reestructuración, las listas de afiliados a los partidos tampoco. Una parte del auge de la democracia cristiana (que ya se manifiesta transitorio, por ejemplo en Italia), es debido al miedo y al horror, no por el socialismo, sino por el totalitarismo moscovita, malentendido opuesto al anterior y tan peligroso como él. Hay quien se refugia, contra el totalitarismo stalinista, en un supuesto liberalismo cristiano, sin ver que éste -de haber existido (y yo creo que existió y, objetivamente, puede existir, fuera de las organizaciones religiosas y de las creencias codificadas)-, se ha anulado en la Iglesia de Roma, exactamente como el socialismo

en el estado ruso.

El Partido Socialista no puede ejercer la función clasificadora a que parecía llamado, porque, en esta polarización de valores, ha perdido su razón de ser: el socialismo autoritario cae, por fuerza de gravedad, en el bolchevi-quismo estatal que desemboca en el stalinismo y la corriente que, para evitar la revolución y por repugnancia hacia la dictadura, había adoptado los métodos de lucha de la democracia burguesa, participa de la decadencia de esta última, ayudándola en la tarea de transformar lentamente al capitalismo privado, irre-misiblemente condenado, en un capitalismo estatal, cuyos caracteres termina-les no se diferenciarán mucho -probablemente- de los de la tecno-burocracia soviética. Lo que no impedirá la lucha entre los dos bloques (el oriental y el occidental, el llamado "socialismo" y la llamada "libertad"), sino que más bien la hará más encarnizada, porque el totalitarismo tiende por definición a alcan-zar sus límites máximos y a ser único.

Esas dos corrientes del socialismo, la dictatorial y la reformista, se verán arrastradas, en caso de guerra, en campos opuestos. Una y otra han olvidado su internacionalismo. Queda en los partidos socialistas europeos, una tercera corriente, la más vital: "Iniciativa socialista", en Italia ; la tendencia de Pivert en Francia; laboristas rebeldes en Inglaterra: pero está sumergida en la masa y aún no consigue orientarla. Por otra parte su posición poco clara frente al pro-blema del Estado (Iniciativa socialista pide : todo el poder para los socialistas), traba sus posibilidades de acción.

Si se ahondara debidamente en el problema (y los hechos obligarán a hacerlo), esta tercera corriente perdería su cohesión, volviendo alguno de sus elementos a las dos mayoritarias y acercándose los supérstites -en mayor o menor medida- a los anarquistas. Por ahora, esa indecisión íntima, acaso inconsciente, la paraliza y le impide arrastrar a las muchedumbres, que siguen divididas en los partidos mastodónticos, en los que, sin embargo, no se encuentran a gusto.

El pueblo en Europa, después de la tiranía nazista, después de las pri-vaciones agotadoras de la guerra, quiere el pan y quiere la libertad. Como nin-guna de las grandes fuerzas políticas organizadas le puede dar ambas cosas, las busca "en contra" de algo. Así, en Europa, se es mucho más "anti-ingleses" y "anti-americanos" (es decir anticapitalistas y, en los casos más definidos, socialistas), que verdaderamente comunistas : mucho más "anti-comunistas" (es decir, anti-stalinistas), que verdaderamente clericales o monárquicos. Es en el fondo una negación que no ha encontrado aún su afirmación correspondien-te (hablo, naturalmente, de las masas populares y no de los grandes comer-ciantes e industriales, del clero, del ejército, de los funcionarios sindicales y de partido, etc., que, aunque no siempre individualmente, por lo menos como grupo, saben per-fectamente lo que quieren).

Así como en la sustancia el Vaticano, el Kremlin, la City y Wall Street, con todas las fuerzas a ellos ligadas por intereses económicos y políticos, están mucho más cerca

unos de otros de lo que parece, también los oprimidos y los explotados están menos divididos en su espíritu que en la materialidad de los partidos : están más separados por sus antipatías (todas justificadas y que brotan de una fuente común) que por sus aspiraciones.

El malentendido empieza, sin embargo, a disiparse lentamente. Y esta vez los síntomas de clarificación no se observan en las élites de los militantes o de los estudiosos, sino en la base: en Francia, a partir de la huelga de los empleados postales, hay un movimiento de independencia sindical significativo: las trade-unions inglesas no pueden ya dominar a sus afiliados, las fluctuaciones electorales en Italia y el aumento considerable de la abstención en ambos países indican la búsqueda de un camino que no desemboca en las urnas: la crisis de los partidos socialistas se debe en parte a los mismos factores: el problema colonial obliga a definirse -y, en general, a definirse en sentido antisocialista, antidemocrático, antiliberal-, a las fuerzas gubernamentales llamadas de izquierda lo que está inquietando fecundamente a más de un gregario: el encierro en los ámbitos nacionales de los partidos socialistas oficiales hace que se difunda la idea de una Internacional no controlada ya por ellos y no sólo independiente de los Estados, sino, implícitamente contra los Estados (para el Estado de hoy, toda realidad independiente es enemiga).

Todo esto es todavía un germen. Depende de las voluntades libres del mundo entero su desarrollo. Existe otra alternativa: la tercera guerra mundial, la guerra atómica, en la que, de un lado y de otro (si la humanidad se salvara de la muerte total), se trataría de ahogar esa posibilidad de un libre futuro en beneficio de la forma oriental u occidental del neofascismo. Sólo si de ese germen empieza a surgir una realidad suficientemente vital, se podrá evitar la catástrofe que nos amenaza, como ayer el triunfo de las fuerzas libertarias españolas hubieran podido evitar la guerra que dicen que ha terminado.

Para América latina, no alcanzada aún hasta ahora por la guerra y donde la crisis capitalista no ha llegado aún a su punto culminante, nuestro análisis aparentemente tendría que ser distinto : tanto la democracia como el totalitarismo son del tipo característico de una etapa europea anterior (y la madre España, con su gobierno clérico-nazista y sus rebeldes libertarios está entre los dos continentes y liga el pasado al futuro). Pero, justamente por esto, el examen de la situación europea es útil aquí: ayudados por ese privilegio de poder gozar de las experiencias ajenas, los hombres libres de Latino-américa pueden combatir a sus Perones, a sus democracias dominadas por el dólar, a sus Lombardos Toledanos, con criterio seguro e independiente, mirando más allá de los fenómenos contingentes, más allá del árbol que oculta al bosque.

Al dilema que lleva a la guerra: Washington o Moscú, hay que oponer el dilema que lleva a la revolución: omnipotencia estatal o socialismo libre.

La libertad entre la historia y la utopía[3]

Prólogo

Cuarenta años atrás, para esclarecer ideas y actitudes, publicamos en Buenos Aires un librode Luigi Fabbri, "Dictadura y revolución", que mostraba, a la luz de un análisis razonado y a través de la historia, cómo la dictadura y la revolución son antagónicas e inconciliables. Con ése y otros trabajos similares creíamos que el tema estaba suficientemente debatido, pero nos hemos equivocado, y hoy la hija de Luigi Fabbri; Luce, retoma la cuestión para volver a decir lo mismo que su progenitor, a la luz de otra experiencias y otros puntos de mira. La confusión persiste y obscurece la mente de muchos contemporáneos que olvidan o ignoran la historia y pierden el rumbo en su propio daño y en daño de la humanidad.

¿Quién es Luce Fabbri? Cuando Luigi pudo salir de la Italia de Mussolini y llegar a París, donde publicó un hermoso periódico orientador, y por fin decidió emigrar a las playas del Río de la Plata, nos escribió Errico Malatesta diciendo en síntesis: "Sé que Gigi irá hacia vosotros; os ha de ser muy útil. Es un *uomo d'oro*. ¡Un hombre de oro! Si quisiéramos sintetizar una definición de su hija, no hallaríamos otra mejor que ésta: Es una *donna d'oro*".

Nació en 1908 en Roma y se graduó en la Facultad de Letras de la Universidad de Bolonia en 1928 con una tesis sobre Elisée Reclus; cruzó luego clandestinamente la frontera ítalosuiza y pudo reunirse con sus padres en Montevideo, donde se consagró a la enseñanza sin abandonar por ello la propaganda y la lucha por un mundo mejor, sin injusticias sociales irritantes y sin tiranías. Dictó en 1932 un curso sobre el helenismo de Virgilio en el Instituto de Estudios Superiores de Montevideo y al año siguiente explicó en Rosario un curso sobre el fascismo. A partir de 1934 es profesora de historia en la enseñanza secundaria uruguaya. Un golpe terrible en su vida fue la muerte del padre en 1935 a raíz de una operación quirúrgica, acontecimiento que hizo recaer sobre ella la continuación del esfuerzo paterno con la revista *Studi sociali*, que redactó hasta 1945. De salud siempre frágil, Luce se mantuvo desde entonces consagrada a la enseñanza y al cuidado de la antorcha luminosa heredada: el periódico, el folleto, el libro y aportando su presencia personal a toda noble y justa causa.

---

[3] Luce Fabbri, *La libertad entre la historia y la utopía*, Ed. Unión socialista Libertaria, Rosario, 1962.

Desde 1941 a 1952 dictó clases de italiano en el preparatorio de Derecho y Ciencias Económicas y en 1949 comenzó a dictar la cátedra de literatura italiana en la Facultad de Humanidades y Ciencias recién fundada: en 1951 fue designada profesora de historia de la civilización italiana en el Instituto de Profesores Artigas, en el que enseña igualmente literatura italiana.

También en el terreno literario deja una huella. Su producción escrita es toda ella sincera, meditada, cuidada en la forma y en el fondo; no escribe por escribir, sino para decir su pensamiento. Mencionemos algunos títulos: "I canti dell'attesa" (Montevideo, 1932); "Camisas negras" (Buenos Aires, 1934); y los folletos: "El totalitarismo entre las dos guerras" (1948); "La libertá nelle crisi rivoluzionarie" (1947); "L'antimperialismo, l'anticomunismo e la pace" (en italiano y en español 1949 y 1951); "La strada" (en italiano y español 1952); "Sotto la minaccia totalitaria" (1955); "Interés literario de las obras menores. El "*Ayax*" de Foscolo" (1952); "Las corrientes de crítica e historiografía literaria en la italia actual" (1955); "Problemi d'oggi" (1957); "La poesía del Paraíso" (1960); "L'anarchismo -principi di sempre- problemi di oggi" (1959).

En los últimos tiempos se ocupó mucho de los problemas de la enseñanza media y algunos de sus informes al respecto se han publicado oficialmente.

No es en las páginas de este folleto donde trata por primera vez de iluminar la lógica cerrada del problema que plantea la confusión entre la idea de la revolución y el método de la violencia llamada revolucionaria; para muchos se trata de un solo fenómeno, porque desgraciadamente la historia muestra que las revoluciones no pueden abrirse camino y expresarse más que después de vencer por la fuerza obstáculos y resistencias que opone la miopía de los sectores privilegiados de la sociedad. Pero esa fuerza dedicada a suprimir trabas y barreras injustas no es la revolución; la revolución es el desarrollo de una nueva conciencia en los pueblos, de una nueva moral, de una nueva visión de la vida individual y colectiva. No hay violencia llamada revolucionaria capaz de crear por sí misma esa conciencia, esa moral; en cambio, si éstas arraigan hondamente en el alma de los pueblos, a la larga acaban por ablandar todas las resistencias y por imponerse.

Lo mismo que en el terreno científico las ideas novedosas tropiezan con rutinas mentales y han de experimentar muchas veces un largo calvario hasta lograr su admisión, en el terreno social las nuevas ideas se abren camino a través de una selva de obstáculos y lo que un día parecía una utopía inalcanzable, después se presenta a las nuevas generaciones como una verdad de sentido común que no admite discusión ni duda.

Todavía podemos recordar el horror que causaba en sectores importantes del régimen capitalista y del Estado la reivindicación por los trabajadores de la jornada de ocho horas o la menor objeción al tabú sagrado de la propiedad privada, que se tenía por un dogma económico inconmovible. ¡Cuántas veces hemos sufrido persecuciones y prisiones por defender la reducción de la jornada o por aludir a otras formas posibles de propiedad de la tierra y de los ins-

trumentos de producción! Los tiempos han cambiado y hoy, hasta desde la suprema jerarquía del Vaticano se proclama que no es ningún pecado hablar y defender la socialización de la riqueza.

Para llegar hasta ese punto hubo de regar el camino con lágrimas y sangre, pero en el curso de cuatro o cinco decenios se avanzó mucho en la ruta hacia una concepción social más justa, y quizás o seguramente habría sido más universal y más rápido ese avance si no hubiese aparecido en el camino la idea de la revolución mundial por medio de la llamada dictadura del proletariado, a través de los partidos comunistas. Ese fenómeno monstruoso que quiso hacer creer que se puede llegar a una sociedad socialista por medio de la tiranía, suscitó el fascismo en Italia, el nazismo en Alemania, la guerra civil en España, la segunda guerra mundial, y la loca carrera armamentista para la hecatombe de las armas atómicas que puede poner fin a la existencia del hombre en la tierra, y esto precisamente en una época en que la utopía de la conquista del espacio sideral va dejando de ser utopía.

No es ninguna novedad para nadie que el sistema económico del capitalismo se halla en crisis mundialmente, pero uno de los impedimentos mayores para que esa crisis madure y abra el cauce a una transformación social es justamente la perspectiva de una dictadura totalitaria que aniquila incluso aquellas libertades elementales cuya conquista costó tantos sacrificios y tanta sangre a los pueblos. Salir del régimen capitalista, con todas sus contradicciones y todos sus defectos, para entrar en un régimen político totalitario como el que se nos ofrece, en perspectiva y en los hechos en una buena parte del mundo no es nada halagador y se justifica la resistencia y hasta la lucha contra esa amenaza. Un símbolo elocuente nos lo ofrece la cortina de hierro y la muralla de hormigón que trata de impedir con todos los recursos de la violencia armada la fuga de los seres humanos desde el paraíso comunista al infierno capitalista en Europa. Al guardia que mata a un fugitivo del paraíso comunista se le conceden en la Alemania de Ulbricht quince días de vacaciones pagadas, una recompensa en dinero, un reloj de oro, etc.

Hablemos desde el ángulo de lo español. Pertenecemos a un movimiento social que tiene un pasado coherente, sin discontinuidad a pesar de los cambios de nombres de las organizaciones públicas o secretas que lo interpretan con un siglo y medio de existencia y con vínculos orgánicos de más de un siglo. Nos referimos al movimiento obrero español, fiel hoy como ayer a la bandera de la primera Internacional de los Trabajadores. En la larga trayectoria de la organización gremial española hubo muchos altibajos, muchas consignas circunstanciales, muchos tanteos y errores, pero jamás se ha perdido el rumbo esencial hacia la libertad y hacia la justicia.

El estudio de esa larga experiencia nos ha llevado a la conclusión que una revlolución que quiere imponer su programa, incluso el mejor y más noble de los programas de reconstrucción económica, política y social, por medio de la dictadura, deja de ser una revolución para convertirse lisa y llanamente en

una contrarrevolución.

Y siguiendo esa trayectoria, no queremos ni podemos apartarnos de toda lucha y de toda oposición a las corrientes contrarrevolucionarias. No hemos vacilado ayer ni vacilamos hoy y no vacilaremos mañana, en admitir la suerte dura de los vencidos antes que la de los vencedores sobre el cimiento de los cementerios bajo la duna o los paredones de ejecución.

Luce Fabbri llega aquí a las mismas conclusiones mediante el examen de experiencias contemporáneas que volvieron a enturbiar el horizonte social con la confusión catastrófica de la idea de la violencia y del terror y la idea de la revolución . Todo lo que pueda hacerse para esclarecer ese confusionismo es un tributo a la causa revolucionaria, que aspira siempre a la liberación y no a la tiranía.

Diego Abad de Santillán
Mayo, 1962



LA REVOLUCIÓN: SU SIGNIFICADO Y SU MITO

Los que ya alcanzamos a vivir medio siglo hemos presenciado de cerca o de lejos (y esta variable distancia no tiene nada de geográfico), unas cuantas revoluciones: la rusa, la alemana, la de Baviera, la primera revolución húngara, toda una cadena de revoluciones nacionales anticolonialistas, las autodefinidas revoluciones fascista y nacionalsocialista, la revolución española (llamada así tanto por los franquistas como por los republicanos), y la resistencia paneuropea antinazi cuyo potencial revolucionario fue sofocado por la burocratización de la victoria militar y de los partidos que de ella nacieron o renacieron. Luego, Poznan, el movimiento de Berlín, la segunda revolución húngara, las agitaciones antifranquistas en España y, un tanto aparte, las revoluciones de América latina, a las que el elemento militar, el problema indígena y las repercusiones en el campo social dan un peculiar colorido. Estas últimas, por ser más indiferenciadas y primarias, abarcan a la vez la mal llamada extrema derecha y la mal llamada extrema izquierda, que a veces llegan a confundirse.

La última revolución, que ha reactualizado todas estas experiencias recientes, echando leña al fuego de los entusiasmos embotados y volviendo a despertar, cada vez más inquietas, las dudas, es la de Cuba, hacia la cual toda América latina, mejor dicho, toda aquella parte de la humanidad que no está conforme, ni resignada, mira con preocupada esperanza.

Ahora bien, me pregunto y pregunto a los demás: ¿Vale la pena intentar un deslinde en esta lista, situar -a modo de un particularísimo juicio final- de un lado las revoluciones revolucionarias y del otro las "revoluciones" entre comillas, las "revoluciones" reaccionarias? Desde nuestro punto de vista se podría hacer, aunque no sería muy fácil, porque, como se sabe y se ha dicho mucho, la revolución nunca es pura, puesto que la pureza es enemiga de la acción y por lo tanto hay que tolerarle a ésta última muchas cosas que no se ajustan a los principios que intenta llevar a la práctica.

Se puede hacer, pero hay que empezar por definir los términos. De otro modo lo que dijéramos de la revolución servirá sólo para nosotros y las palabras son un medio de comunicación destinado a hacernos entender con los demás. "Nuestra revolución" la conocemos o creemos conocerla: para nosotros, la revolución libertaria es la ruptura o la tranformación en el sentido de la máxima elasticidad de los moldes de la sociedad actual, moldes que -con términos que no han crecido en proporción a su significado- llamamos *capitalismo* y *Estado*, y que son por otra parte anacrónicos en su rigidez estructural frente a la polémica del hombre de hoy y -desde un principio- inadecuados y arbitrariamente constrictivos frente a las posibilidades y las exigencias colectivas e individuales del hombre de siempre. Romper o modificar profundamente los

moldes e impedir que se formen otros tanto o más coactivos que los destruídos, dejar que las energías liberadas se den desde adentro, las estructuras que les son naturalmente apropiadas, substituir la subordinación coactiva por una coordinación orgánica y eventualmente planificada sobre la base de pactos revisibles y delegaciones revocables, en la que la responsabilidad de cada uno sea en lo posible la garantía de la vida de todos: tal el problema de la revolución libertaria. Pero, programa no es aún definición, pues para ésta, cuando de revolución se trata, se necesita la enunciación de los métodos, aunque alguien podría objetar que *revolución*, a secas, es un método y los objetivos contendrán el programa.

Y aquí se nos plantea un problema muy grave, aun para los que no estén dispuestos a tomarse en serio los vocabularios: cada una de las tendencias político-sociales que se agitan en nuestro derredor con excepción de las conservadoras reducidas hoy a su mínima expresión, tiene su propio uso del término revolución y en torno a él trata de aglutinar núcleos distintos, para luego formar alud con la sola energía de esta palabra seductora. Revolución es hoy, y en el fondo ha sido siempre, una palabra mágica.

Cassirer, en su libro "El mito del Estado", realiza un agudo análisis del uso mágico del lenguaje, completamente distinto de su uso semántico, y le atribuye a esta duplicidad un carácter permanente, empezando por el lenguaje que emplea el brujo en las tribus de los pueblos primitivos.

Las palabras representan, mediante conjuntos de sonidos (traducidos en signos en el lenguaje escrito), objetos, hechos, ideas, según un orden que, respondiendo a la estructura de la mente humana y de su cultura sedimentada en los siglos hace de ellas el campo de comunicación y de comunión entre los hombres. En este terreno, cada palabra tiene su significado, que incluye la herencia viva de su historia pasada y los gérmenes de futuros matices. Los significados de las palabras son estudiados por la semántica, las variaciones de las palabras, según número, género, etc. por la morfología y sus vínculos recíprocos en el discurso de la sintaxis: todo esto es normal, "científico", racional. Pero es indudable que -por ejemplo- el DU CE, DU CE, silabeado y coreado en Italia por muchedumbres regimentadas por obra del fascismo, había perdido todo carácter racional para adquirir la sugestión primaria del rito, de la fórmula mágica.

Es obvio que las religiones constituídas y organizadas han sido el principal caldo de cultivo en que se ha conservado y ha proliferado esta función mítica de las palabras, que es , en sí misma, una función política. Hay aquí dos trabajos posibles y necesarios que tarde o temprano habría que emprender: a) el estudio del influjo de las luchas políticas en la historia de los distintos idiomas, dando especial importancia a los cambios semánticos provocados conscientemente, casi diría estratégicamente, para emplear la ambigüedad o el nuevo significado como armas en esas mismas luchas, lo que da origen al influjo inverso, de la lengua sobre la historia; b) el estudio del carácter político de la magia,

que estamos acostumbrados a considerar especialmente desde un punto d vista religioso o artístico.

El tema encarado aquí es otro, aunque está en profunda relación con lo dos mencionados. Es otro porque se refiere a las relaciones entre este amb guo concepto de revolución y el valor que a nosotros más nos interesa, que e la libertad, entre este ambiguo concepto de revolución y el valor que a todos lo seres les interesa, que es la vida.

INSURRECCIÓN, DICTADURA TRANSITORIA Y TRADICIÓN

Todos los hechos históricos de los últimos cincuenta años que mencio namos como revoluciones -admitamos o no que lo sean- tienen algo en común su momento insurreccional; todos, menos la lucha antifranquista española, qu fue resistencia popular contra la insurrección militar, resistencia acompañad de un cambio profundo en las estructuras económico-sociales, orientado, sí por una autoconciencia educada desde hacía mucho tiempo por un movimien to sindical de espíritu anarquista pero impuesto y aceptado casi sin violencias por obra de las circunstancias, que exigían la continuidad de la vida y por ende del trabajo en un mundo en que el antiguo andamiaje había desaparecido po la participación misma de las fuerzas llamadas conservadoras en la insurrec ción falangista. Casi sin violencias, digo, el cambio de estructura. La respuesta a la violencia del golpe militar fue en cambio violentísima, pero se relaciona no tanto con la revolución como con la guerra, que es todo lo contrario.

Y en el calor de la lucha en esa Barcelona que ardía de entusiasmo cre ador, Gonzalo de Reparaz dictaba fascinadoras conferencias (recogidas luego con el título de "La tragedia ibérica" y editadas en Buenos Aires por la Editorial Imán), en las cuales trataba de identificar los hilos -no todos, en verdad, histó ricamente legítimos- que ligaban las comunidades de Aragón y las socializa ciones de Cataluña con las tradiciones más profundas y popularmente arraiga das y por lo tanto espontáneas, de la historia de España.

No todos los hilos eran auténticos, decía (los no auténticos obedecían a cierta inconsciente deformación nacionalista y racista, que se reprodujo un tanto hasta entre los anarquistas y fue negativa); pero la intuición básica sí era auténtica: hay una continuidad de desarrollo en la historia, que nunca está ase gurada por los que disponen de una fuerza coercitiva de gobierno (los cuales necesitan de la autoridad para detener, torcer o forzar eventualmente ese desa rrollo), sino por las fuerzas creadoras que construyen sin imponerse.

No es una casualidad que en la revolución que más nos parece tal el momento insurreccional hubiera estado a cargo de los que querían ahogar el desarrollo que -los hechos lo demostraron en seguida- estaba ya gestándose en las conciencias.

En ese desarrollo previo estaba, pues, la substancia misma de la revo lución antifascista. Fue la revolución española la que planteó entre nosotros la

necesidad de distinguir la revolución profunda de su momento insurreccional, así como había sido la revolución rusa la que nos había obligado a responder a los teorizadores de la "dictadura transitoria de clase" con un exámen crítico del proceso mismo de toda revolución.

Empecemos, pues, dando un paso atrás por la revolución rusa. En los primeros años de esta última. Luigi Fabbri, en su "Dictadura y Revolución", hacía resaltar el carácter reaccionario de toda dictadura y la imposibilidad de que ésta fuera ejercida por una clase. Los ulteriores desarrollos de los acontecimientos rusos confirmaron estas afirmaciones. Y los sucesos españoles de 1936-39, que Luigi Fabbri no llegó a tiempo a ver, nos demostraron lo mismo en sentido recíproco: la revolución nació de la resistencia contra una tentativa insurreccional de dictadura militar y realizó una profunda transformación de estructura, sin que ninguna tendencia, ni la ampliamente mayoritaria, se impusiera sobre las demás. No hubo, pues, dictadura transitoria, y fueron las tentativas de establecerla (como el golpe comunista de mayo de 1937) las que llevaron a la pérdida de las conquistas sociales realizadas y de la guerra.

Esta doble experiencia nos permitió ajustar nuestro concepto de revolución, distinguiendo en ella el eventual momento insurreccional y separando netamente de ella el golpe de estado, que tiende a la conquista del poder.

La revolución no se agota, pues, en la insurrección que suele ser su momento inicial. Este momento puede faltar, como faltó, por parte de las fuerzas que tendían al socialismo, en la revolución española, como faltó, en tiempos remotos, en la revolución cristiana o en varias herejías medievales de carácter hondamente revolucionario.

Inversamente, puede haber insurrección sin revolución, como en la mayor parte de los movimientos anticoloniales, que aspiran a llevar al poder a una minoría indígena de privilegiados que siga moviéndose en los viejos moldes, cuyo carácter intolerablemente opresivo, con artificio polémico, se atribuya a la nación extranjera dominante, que ella misma generalmente los está padeciendo.

De todos modos un movimiento que estalla teniendo como primer objetivo la conquista del poder (el de Uriburu en la Argentina, el de Terra en el Uruguay, el de Franco en España) en general no pasa -si tiene éxito- del logro de esta modesta finalidad y nunca llega a ser una revolución. Se puede decir más: el signo que nos hace reconocer a una revolución auténtica es el hecho de que su primer impulso no está dirigido a la conquista del poder o, si lo está, lleva a la revolución misma al suicidio, puesto que el poder, esencialmente el dictatorial, devora todo programa que no consista simplemente en su propia conservación y en su propio fortalecimiento.

Recuerdo unas líneas escritas en 1945 en el diario "El País" de Montevideo (28 de febrero) por un fervoroso teórico de la democracia: "Sin duda toda revolución exige, al día siguiente, una dictadura, pero sólo una revolución intrépidamente humanista y democrática puede reducir al mínimo en

duración y calidad esta dictadura humanamente inevitable". Líneas dictadas por el malentendido, difuso aún entre los libertarios, de la eficiencia del poder estatal en terreno realizativo que sería directamente proporcional al grado de concentración y centralización de dicho poder. La diferencia entre los demócratas y liberales que aceptan esta dictadura provisional como un mal necesario, y los revolucionarios que piden "todo o nada" y quieren llegar con la violencia a una renovación total , es sólo de tono resignado en los primeros, eufórico en los segundos.

Estos son los que nos interesan ahora: los eufóricos de la revolución autoritaria, que llamando utopistas a los demás, conciben la historia bajo el signo del milagro. En este momento estamos bajo la sugestión del "milagro urbano" y nos encontramos pues frente a este problema situados en pleno campo experimental. El entusiasmo latinoamericano rodea los acontecimientos de Cuba de un halo luminoso que actúa como cortina de humo a la espera de que se establezca la cortina de hierro. En esa atmósfera encendida, en Cuba se reproduce el proceso típico de toda dictadura, por provisional que quiera ser, con un ritmo acelerado por una doble embriaguez: por un lado la embriaguez de la autoridad coactiva en quien la ejerce, por el otro la también eufórica pereza coral en quienes la padecen y apoyan, substituyendo la acción con aplausos una y otra euforia ayudan a hacer surgir el mito del poder taumatúrgico de la dictadura, idea antihistórica y claramente supersticiosa, como la otra del mismo origen, según la cual libertad y socialismo serían incompatibles por el carácter gregario que se le atribuye abusivamente al segundo[4].

De este doble malentendido, relacionado con un concepto acrítico de la revolución, surgen entre los resignados, entre los teóricos del mal menor, las trabajosas tentativas de conciliación y los temerosos deseos de que la inevitable dictadura sea lo más provisional posible. Estas tentativas y estos buenos deseos son el resultado de una concepción catastrófica y apocalíptica de la revolución misma, que ha sido común a todas las corrientes socialistas del siglo pasado, pero a la que el marxismo simplificado en el lenguaje de los partidos

---

4 Es corriente que esta falsa oposición sea aceptada a ojos cerrados, con el pretexto de que en Rusia y otros países pseudo comunistas hay dictadura. Y se habla entonces de las "desastrosas consecuencias del colectivismo, que en la práctica probó su intrínseca oposición a la libertad humana". Y se dice que hay que encontrar otros medios para reconciliar la "justicia" con la "libertad". Estos medios consistirían en la "economía de mercado" (del prólogo del doctor Carlos Benegas, a una conferencia del economista alemán Ropke, publicada con otra del mismo autor, en el folleto "Economía y Libertad", Ed. El Foro de la Libre Empresa, Buenos Aires, 1960, p. 39). Hay en este afán de "reconciliación" de la justicia con la libertad una falsa idea de lo que es el socialismo. Se da por sentado de que el socialismo, si quiere establecer la justicia, debe hacerlo a expensas de la libertad, situando a la sociedad en contra y por encima del individuo. Y bien: el socialismo, cuando no se niega a sí mismo en la autoridad, es todo lo contrario, porque tiende a liberar a cada uno de la esclavitud homogeneizadora de las necesidades económicas, y, como escribe Roger Vaillant, "dando a todos iguales oportunidades, constituye la sociedad donde el problema de la calidad del hombre se plantea en la forma más clara, en las condiciones más depuradas".

ha dado un barniz científico e historicístico, influyendo con esto no sólo sobre los movimientos afines, sino también, especialmente en Latinoamérica, sobre los adversarios.

DIOS Y EL PROLETARIADO

En realidad estas concepciones en que la violencia revolucionaria rebasa su función liberadora y se atribuye en la reconstrucción la misión de una varita mágica, tienen sus raíces en una frecuente degeneración del instinto vital de potencia, degeneración que afecta tanto a los resignados como a los eufóricos y consiste en una codicia ilimitada de superioridad material, en la embriaguez de la acción moldeadora, en una impaciencia de realización, que puede ser el producto tanto de un dinamismo exasperado, como de la pereza de la voluntad, que evita el esfuerzo menudo y sostenido, sin recompensa a término.

De esta misma degeneración del instinto humano de poder surge en las religiones la idea de la omnipotencia divina, que de ninguna manera puede ser considerada como inherente a la perfección que a Dios o a los dioses se suele atribuir, sino que es una clara transposición de carácter antropomórfico a la divinidad del deseo que tiene el hombre de ser más fuerte que la naturaleza y de violentar sus leyes con milagros. A este propósito R. Mondolfo, en su último libro impreso en México: "Marx y el marxismo", cita a Feuerbach, resumiendo así su pensamiento: "El egoísta, dolorido por el abismo que separa sus deseos de la realización, se refugia en la imaginación arbitraria de una omnipotencia que, con sólo querer, supera cualquier obstáculo: he aquí su dios"[5].

Es evidente la afinidad de esta concepción religiosa que le pide a Dios que tenga la omnipotencia que la humanidad desea y no tiene, con la creencia en una revolución, necesariamente violenta y dictatorial, que interrumpa el curso de la historia para introducir en ella desde arriba todo un sistema perfecto y racionalmente articulado, de cuyo ulterior desarrollo nadie habla, lo que le da indudablemente cierto carácter milagroso y paradisíaco de utopía. El proletariado que se identifica con la humanidad negándose a sí mismo como clase y que, dueño del Estado, lo destruye para dar vida a una sociedad sin éste, se parece mucho a un Mesías, aunque Gramsci, atormentado más por sus contradicciones intelectuales que por la cárcel, reconociera que él, o mejor, en el partido que, según su opinión, lo representaba, al Principe de Machiavelli con lo que en cierto sentido nos daba la razón, puesto que la finalidad del Príncipe es el poder y nada más que el poder y no la construcción de Utopía.

---

5 Rodolfo Mondolfo, Marx y el marxismo, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 35.

CARÁCTER TARDÍO, SECUNDARIO Y CONTINGENTE DE LA DICTADURA EN LA REVOLUCIÓN

Tanto a los teóricos de la dictadura del proletariado como a los sostenedores más imprecisos, de la inevitabilidad de la dictadura provisional para cualquier revolución, les podemos preguntar: ¿Qué revolución digna de este nombre comienza con una dictadura?

El primer impulso, violento o no, es, generalmente, un impulso de liberación: destruye trabas, desata fuerzas, dice palabras nuevas. La dictadura llega meses o aún años más tarde e inicia generalmente la fase contrarrevolucionaria. Para darse cuenta de esto, basta medir el tiempo que separa la revolución inglesa de 1648 de la dictadura de Cronwell, la toma de la Bastilla en Francia del terror robespierista, la constitución libre de los primeros soviets en la Rusia de 1917 de la dictadura bolchevique que destruyó al machnovismo ucraniano y a las fuerzas renovadoras de Kronstadt; basta evaluar la distancia que separa el programa de Sierra Maestra de la militarización de la cultura y de la estatización centralizada de la reforma agraria, acompañada por un régimen de partido único y prensa amordazada, en Cuba. La verdadera revolución nace de la libertad y en la dictadura decae y muere.

Otras veces me ocupé de demostrar esta ineficacia revolucionaria del poder absoluto. Repetiré algunos ejemplos que me parecen significativos. Julio César instauró la dictadura llevado, no sólo por su ambición, sino también por el deseo de realizar un vasto programa de reformas sociales, especialmente la reforma agraria. ¿Qué quedó de su tremendo esfuerzo, que llevó a la derrota a las huestes que defendían los privilegios de una aristocracia de latifundistas? Quedó la dictadura misma, disfrazada de Imperio, y quedaron los latifundistas. Quedó también un mito, el de Bruto; y es un malentendido que pareció de todos modos útil y es en cambio un tóxico histórico, como todos los malentendidos.

El fruto más visible y duradero de la Revolución Francesa en sus comienzos fue la Declaración de los Derechos del Hombre; y hay una continuidad entre esta Declaración y el desarrollo de la revolución misma, hasta que la guerra, tres años después, pareció imponer el terror y la dictadura. Digo "pareció", porque se trató una vez más del mito de la "dictadura provisional", que surge por razones de emergencia y se prepetúa por la lógica misma del poder. En efecto, esa Constitución de 1793, que la Convención aprobó inspirándose en un proyecto anterior de Condorcel, era verdaderamente la culminación del proceso revolucionario iniciado en 1789, y nunca se aplicó. Fue suspendida "por mucho tiempo", es decir, "hasta la paz". He aquí la "dictadura provisional", he aquí a Robespierre, que es, en terreno político, el padre de Napoleón. La Restauración y la Santa Alianza fueron una respuesta a Napoleón; no hubieran sido posibles con una Francia tan dinámicamente revolucionaria como la de 1789 y 90.

Y hoy, si la involución autoritaria de la Revolución Rusa no se hubiera

producido, si hubiera en Rusia un socialismo, no digamos libertario, sino apenas democrático, en cambio de ese totalitario capitalismo de estado que ha transformado una esperanza luminosa en una terrible amenaza, ¿qué gobierno del mundo se atrevería a enviar sobre ella sus ejércitos? Ya lo vimos: antes de atreverse -solapadamente unos, en forma abierta los otros- con España, los gobiernos de Europa esperaron que la coalición burguesa-comunista matara en ella la revolución libre en nombre de un gobierno fuerte, necesario -se decía- para ganar la guerra. El pacto nazi-soviético y la segunda guerra mundial tienen en el aplastamiento de la revolución española su punto de partida.

DE LA REVOLUCIÓN AL IMPERIALISMO

Permítaseme reanudar a este propósito un discurso empezado en 1947. La autocita tiene el único objeto de demostrar cómo el proceso, ya entonces muy avanzado, de la dictadura llamada provisional, ha seguido desarrollándose según su lógica interior. Decía entonces: "En la revolución rusa la contrarrevolución ha empezado con Lenin y no con Stalin. La insurrección inicial no estaba dirigida a tomar el poder y menos aún a instaurar una dictadura, así como no pensaba en el poder 128 años antes el pueblo de los suburbios de París que destruyó la Bastilla. En Rusia los campesinos ya habían ocupado las tierras y habían surgido en toda ella los soviets autónomos cuando Lenin desde Finlandia, estudiaba desde su partido el camino más corto hacia el gobierno. Consecuencias de la dictadura bolchevique fueron el aplastamiento de la comuna de Kronstadt, la derrota de Machno, la destrucción de los soviets (substituídos por órganos del partido y del estado, con el nombre, pero sin la autonomía de los organismos primitivos), la colectivización forzosa en detrimento de las cooperativas, la Nep... Empezaba el lento y complicado proceso de la contrarrevolución con nomenclatura revolucionaria. El capitalismo privado se había derrumbado bajo los golpes de la sublevación popular. La dictadura llamada del proletariado, no ha creado realidades nuevas, a no ser el hecho brutal del poder. Ha quitado las fábricas a los obreros, la tierra a los campesinos, las comunas a los soviets locales, para incorporar todo esto al Estado. El absolutismo resucitado no tenía ya al zar, pero teía una nueva y terrible arma: el control total o, mejor dicho, la gestión de toda la vida económica del país. Y la fuerzas revolucionarias fueron aniquiladas una tras otra, hasta que le ha tocado el turno a la tendencia misma de Lenin. Nada más normal.

Con estas sucesivas eliminaciones, que Stalin realizó en provecho de su poder personal, el ritmo de la contrarrevolución se acentuó y se produjeron todas las restauraciones compatibles con los hechos nuevos que, surgidos de la revolución, habían sido adoptados por el régimen bolchevique como refuerzos y modernizaciones de su absolutismo: capitalismo de estado, industrialización, importancia de los técnicos y de la burocracia de partido, incremento y rejuvenecimiento de la casta de funcionarios estatales, partido único, identifi-

cación del Estado con dicho partido..."[6].

Todas estas realidades que el régimen ruso tuvo en común con los totalitarismos más occidentales y más orientales que fueron derrotados en la segunda guerra mundial y cuya herencia él recogió, aun enarbolando una bandera contraria. Esto era lo que se podía decir hasta 1947.

Luego, Stalin duró unos años más y murió. Sobrevino en Rusia el llamado deshielo, se dijeron muchas cosas contra el culto de la personalidad y surgieron grandes esperanzas. Pareció terminada la era dogmática de una cultura definida desde lo alto en fórmulas obligatorias: pareció terminada la pesadilla del tiro en la nuca para los herejes del partido único. Por la hendidura que se entreabrió se coló el doctor Zivago. Pero la derrota del eje Belín-Roma-Tokio abrió grandes posibilidades para revoluciones populares y, al mismo tiempo y en los mismos países, para una potenciación desproporcionada de los distintos partidos comunistas dirigidos por el ruso, que es partido y, a la vez, es gobierno.

Ahora bien: la lógica del poder en proceso de expansión anuló ese comienzo de distensión interna que siguió a la muerte de Stalin. El Politburó ruso (conste que no digo el Kremlin) no puede tolerar que triunfe en cualquier parte del mundo un socialismo sin dictadura, una revolución que no desemboque en la formación de un estado-satélite de Rusia, es decir gobernado más o menos abiertamente por un partido comunista dirigido desde Moscú. Y he aquí que procedimientos similares al tiro en la nuca, que Stalin había utilizado anteriormente en España, se aplicaron en gran escala en una Hungría que pedía la libre socialización y los consejos de fábrica como antes, en escala menor, se había aplicado en otros países satélites. En Hungría murió, pues, la breve ilusión.

IMPERIALISMO NACIONAL Y DE PARTIDO

Entendamos bien: se suele hablar de imperialismo ruso. Y no se puede negar que, tanto la propaganda patriótica que Stalin propició en Rusia durante la guerra (propaganda que llegó hasta la revalorización de Iván el Terrible y de Alejandro Newsky) como las negociaciones de Yalta y, más tarde, la expoliación de los países satélites en provecho de "la patria del proletariado", dieron validez a la expresión.

No se puede negar que haya un imperialismo ruso; pero hay también codicia de dominio del partido comunista en escala mundial. Y las dos codicias no siempre coinciden, como parecieron coincidir absolutamente en los tiempos de Lenin y en la mayor parte del período estaliniano, hasta la rebelión de Tito. A partir de este acontecimiento empezó a haber una tensión interna entre el

---

6 Luce Fabbri, *La libertá nelle crisi rivoluzionarie*, Montevideo, Ed. *Studi Sociali*, 1947, p.15.

imperialismo nacional y el de partido, tensión que no parece destinada a terminar en ruptura, puesto que ambos tienden al estado único y al partido único en escala mundial, finalidad hacia la cual gravita todo totalitarismo si quiere subsistir. Hasta la última guerra, Rusia era indiscutiblemente, para los comunistas, la "patria del proletariado", y su partido gobernante el "partido guía". Por lo tanto el impulso imperialista del nacionalismo ruso a través de la red de los partidos comunistas del mundo y el impulso hacia el dominio mundial, que mueve el partido comunista internacionalmente considerado, no podían sino coincidir.

Ahora se empiezan a ver como dos fuerzas distintas, más en el terreno práctico de la lucha diaria que en el teórico de la finalidad última: el Estado mundial con un único partido. A medida que el partido comunista se extiende, sus luchas internas cobran una importancia que lo trasciende. Es por otra parte una característica general (y natural) del partido único la de trasladar a su interior las distintas tendencias en conflicto en el mundo.

En realidad la tensión actual en el mundo comunista no es dada por el conflicto ideológico entre internacionalismo y nacionalismo (puesto que todos los partidos comunistas son nacionalistas e internacionalistas a la vez), sino por la rivalidad entre los más fuertes de estos partidos, que coinciden geográficamente con las naciones más poderosas del "bloque oriental". Después de Yugoslavia tenemos ahora China, que parece haber vuelto hoy después del paréntesis de las cien flores, a un estalinismo cerrado que le sirve para disputarle a Rusia el liderato del mundo comunista. La relativa cohesión de este último es evidentemente mantenida desde fuera, por la guerra fría.

En el mundo llamado capitalista, por otra parte, mientras que por un lado se refuerzan las tendencias del gobierno fuerte, a la puesta fuera de la ley de determinados partidos, a la intervención estatal en la economía y a una burocratización centrípeta de la producción y de la distribución, todos fenómenos que preparan el terreno a una victoria del totalitarismo desde adentro, más a través del golpe de estado y de la consabida "dictadura provisional" que a través de una guerra declarada, por otro lado se liquida rápidamente el imperialismo colonialista y cambia de carácter el imperialismo económico.

Aquí entre en escena otro mito, que arrastra a grandes masas detrás de viejas banderas, el mito nacionalista tan anacrónico en nuestro tiempo como el mito del Imperio universal en la Edad Media. Asia, África y -en menor medida- Latinoamerica, están llenas de ese mito que siempre lleva consigo sangre y muerte y oculta lo que está verdaderamente en juego.

En realidad, todas las fuerzas que detentan el poder, las "democráticas" (léase "capitalistas") y las "socialistas" (léase "totalitarias a través del capitalismo de estado") tienen interés en ocultar lo que está en juego. Ambas gritan "patria o muerte": ambas identifican la revolución socialista (o tendiente a limitar -como quiera que sea- los abusos de la propiedad privada) con la dictadura de partido; las primeras para desvalorizar al socialismo y atraerse a los amantes de la libertad; las segundas para valorizar la dictadura y lograr para

ella el apoyo de los que quieren el "socialismo" o aun sólo -genéricamente- la justicia.[7]

CUBA

En este panorama mundial, lleno de nubarrones de guerra y de golpes de estado, se mantiene por ahora en pie la frágil esperanza de la revolución cubana, con sus comienzos heroicos, con sus intenciones positivas, con sus reformas agraria y urbana, con los peligros enormes que la amenazan, desde dentro en primer término y luego desde afuera, por la derecha y por la izquierda, o si se prefiere, por el oeste y por el este.

Por culpa de los pueblos de América latina, que han dado a la revolución cubana sólo una ciega ayuda de mítines y gritos simplificados, estas amenazas, que podríamos llamar experimentales si todo el destino de un pueblo no estuviera en juego, se están convirtiendo en un peligro mortal para Cuba, en una batalla perdida para América. Una vez más la dictadura mata a la revolución.

Este proceso, como suele acontecer, es, también en Cuba, mucho más rápido en terreno político que en terreno social. Las conquistas sociales realizadas en el primer momento de la revolución perduran y aún se sienten las consecuencias del poderoso impulso hacia adelante que las caracterizó. El fervoroso apoyo popular, por otra parte, impide por ahora que ese impulso se debilite; pero paulatinamente va siendo centralizado por el gobierno y orientado en un único sentido.

Esta obra de centralización, en que por otra parte el Estado no es más que un antifaz cada vez más transparente del partido que tiende a ser único y controla ya el INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria), el G.2 (Policía Política), los sindicatos, la banca, e! ejército, las milicias y, después de la dramática deposición de Urrutia, la presidencia de la república se fue llevando a cabo desde un primer momento, como se puede comprobar ahora con la fácil sabiduría que resulta de los desarrollos posteriores.

Particularmente interesantes son a éste propósito La Ley de Reforma Agraria, que es evidentemente el resultado de una convergencia de fuerzas y el "forum" (mesa redonda) acerca de la misma que tuvo lugar en La Habana y en la que participó el uruguayo A. González Vidart, autor de un interesante informe sobre ambos temas con el título "Reforma agraria en Cuba" (Revista *Tribuna Universitaria*, Montevideo, núm.. 10). Comparando estas dos fuentes informativas de la primera etapa con las noticias actuales, se ve claramente qué fuerzas actúan y en qué sentido.

---

7 A continuación aparecen, en el texto editado en 1962, unos párrafos referentes a Venezuela que, por su carácter obsoleto y por deseo expreso de la autora, han sido omitidos en la presente edición.

Dice González Vidart: "Se estructurará toda la economía nacional enraizándola en la economía agraria, que a su vez es asentada en el derecho de propiedad privada de la tierra" (informe cit. p. 96). Esto, para González Vidart prueba que la reforma es la antítesis del comunismo. E interpretando esta palabra en sentido doctrinario podríamos estar de acuerdo. El concepto es remachado por el presidente de la República cubana. Dorticós, en el forum citado por el mismo autor: "El derecho de propiedad hay que ejercitarlo en función social. Por eso el ejercicio del mismo está limitado y condicionado, pero sin que por ello se altere su esencia fundamental, o sea la conservación de la institución de la propiedad privada" (p.96). Y el delegado comunista al mismo forum explica el apoyo de su partido a esta defensa de la propiedad privada, que parecía en contradicción con todo programa socialista o comunista, con estas palabras: "La consideramos buena y justa, es decir el tipo de reforma agraria que corresponde a la etapa actual de la revolución de nuestro país y por eso le damos nuestro pleno apoyo" (p. 97).

Quien recuerde las consignas del partido comunista español durante la guerra civil, contra las colectivizaciones, en favor de una revolución solamente política en sentido "democrático-burgués", ("primero ganar la guerra", "renunciemos a todo menos a la victoria", "frente popular", "dictadura democrática"), quien recuerda los variables slogans del Partido Comunista Italiano en el destierro entre las dos guerras: "Mano tendida a los hermanos en camisa negra", "frente popular", "todos unidos contra el fascismo", exigiendo, dentro de esta última unión, que cada tendencia desempeñara su papel, que de ninguna manera, -bajo pena de excomunión- podía ser socialista y revolucionario (lo supo el movimiento "Justicia y Libertad"), quien recuerde la línea política del mismo partido ya en Italia, en el primer año de la liberación, en que fue el responsable de la breve supervivencia de la monarquía y de la demasiado larga supervivencia del Tratado de Letrán con el Vaticano, quien se acuerde de todo esto y, además, de mucha historia menuda, reconoce este lenguaje.

No se puede entender lo que pasa en Cuba (ni lo que pasó anteriormente en muchos otros lados), si no se llegan a distinguir netamente tres planos: la teoría económica comunista (compatible con varios sistemas políticos), el régimen ruso, o yugoslavo, o chino y, en tercer lugar, los intereses políticos del Partido Comunista internacional y de sus secciones nacionales más o menos subordinadas hoy al P. C. ruso, mañana acaso al chino, pasado mañana a otro, pero todas con su pequeña y local "voluntad de poder". Este último plano es el más importante. Esto explica por qué una revolución socialista o aun sólo contra el latifundio, en cualquier país que tenga un partido comunista débil es frenada por ésta, local e internacionalmente, mientras no cambie el juego de las fuerzas. Y, sino cambia en su favor, a pesar de la enorme potencia que le da el apoyo de un movimiento internacional bien organizado y de muchos gobiernos, todo ese esfuerzo se dirige en contra de la revolución misma. Es lo que le pasó a España y luego a Hungría y es -acaso- lo que le

está pasando a Venezuela.

Observando más de cerca la ley agraria cubana, se ve cómo estaba orientado, desde un principio, este fomento (que un socialista de cualquier tendencia no puede no considerar negativo) de la propiedad privada. "La propiedad que se respeta como la que se otorga debe ser correcta y eficientemente utilizada en beneficio de la comunidad... Esto equivale a imponer el uso social de la tierra con rendimientos que controlará el INRA. La propiedad que no cumpla será pasible de expropiación". (Art. cit. p. 90 subrayado por mí). Como se ve, todo depende entonces de la organización del INRA y de sus relaciones con el gobierno y con los partidos, que en este caso se reducen a uno. Es privado, o puede serlo, el beneficio que se saca de la tierra, pero no la propiedad real; la tierra misma se convierte en instrumento político. González Vidart tiene una fórmula feliz, cuyo alcance parece escapársele: "No hay estatización de la tierra, sino nacionalización de la propiedad privada" (p. 90), donde -aparte la ambigüedad de la palabra nacionalización- se refleja bien una realidad en que perdura la injusticia que la propiedad privada implica, pero desaparece la única ventaja que se suele alegar en apoyo de la llamada "libre empresa", es decir la iniciativa individual. Dije que perdura la injusticia: en efecto, no se suprime la categoría de los jornaleros asalariados. "La propiedad podrá ser individual o colectiva (cooperativas de producción) y sólo puede pertenecer a quien trabaja la tierra. En el campo sólo habrá dos formas jurídicas de trabajo: en propiedad o a salario" (p. 90).

A pesar de estos gérmenes de centralización política, la reforma agraria instituyó un régimen tan superior a lo que existía antes en Cuba y sigue existiendo en otros países de América latina, que todos los hombres de espíritu libre la apoyaron y la apoyan aún, tanto más que muchos de sus aspectos discutibles pueden atribuirse a circunstancias locales. Pero hay fenómenos inquietantes que parecen marcar la orientación de todo un proceso, especialmente en lo que se refiere a lo mejor que tiene la reforma: las cooperativas de producción. Estas cooperativas, generalmente organizadas por el INRA, se parecen bastante a los kolkozes soviéticos, con las diferencias que las ganancias no van al Estado, sino -una vez descontados los gastos de los servicios sociales del núcleo- a los cooperadores. Otra diferencia consiste en el hecho de que no todos los que trabajan las tierras de las cooperativas tienen la condición de cooperadores.

Acerca de este punto, que me parece particularmente importante, no hay acuerdo entre las fuentes de que disponemos. Agustín Souchy, en el folleto "Testimonio sobre la revolución cubana" (Buenos Aires, Ed. Reconstruir, dic. 1960) en que refiere sus observaciones directas, realizadas en la primera mitad del año 1960 en Cuba, durante su minuciosa visita a un gran número de cooperativas, no habla de tal diferencia de categoría entre los trabajadores de estas últimas. Sólo una vez, a propósito de la Cooperativa José Martí (pág. 48) menciona a los trabajadores zafrales, es decir, no permanentes, que trabajan a

destajo y evidentemente quedan fuera del cuadro de la cooperativa. En cambio, según el informe que rindió de regreso de una visita a Cuba, un miembro de la comisión directiva de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, hay asalariados en gran número en las cooperativas agrarias cubanas. Este estudiante, Alfredo Errandonea, citó, entre otras cosas, una cooperativa que puede ser llamada típica, pues es una de las que visitan, en general, los extranjeros interesados en los problemas de la organización del trabajo, la de "Los Pinos". Ésta tenía a fines e noviembre de 1960, unos 150 cooperadores y unos 5.000 asalariados, sin que se notara diferencia en el modo de vida de unos y otros.

Lo que relata Souchy parece indicar, en efecto, que la diferencia -de existir- debe ser más formal que real: los cooperadores reciben "anticipos" que, por su monto, equivalen al salario y su parte de ganancia al final del ejercicio sirve para financiar la construcción de sus casas, que constituyen lo concreto y visible de la cooperativa. Queda, sin embargo, el hecho de que hay que ser cooperador para formar parte de la asamblea de la cooperativa. Pero tal asamblea no tiene funciones definidas: en algunas cooperativas se reúnen, en otras no o sólo cuando sea convocada por el INRA.

Además, Errandonea, que es el testigo más reciente, tuvo la impresión de que el número de cooperadores disminuye rápidamente, lo que establecería una mayor igualdad, pero a un nivel inferior y bajo dominio estatal[8].

Relacionando este último fenómeno con la reacción política que se acentúa, se tiene la sensación angustiosa de que sólo el apoyo urgente de los pueblos de América latina a la revolución cubana en lo que tiene de espontáneo y de auténticamente socialista (que es mucho más, según Errandonea, de lo que la gran prensa deja suponer) puede salvar esta esperanza.

Los acontecimientos ocurridos desde el momento en que fueron redactadas estas hojas, hace aproximadamente un año, no ha hecho sino confirmar lo que en ellas se vislumbraba. El ritmo de acontecimientos se ha vuelto más rápido a medida que Cuba, cuya autonomía no ha sido defendida por los pueblos de Latinoamérica, cegados por los slogans y cuya pasión revolucionaria se agota en mítines, se ha abandonado al choque de las grandes fuerzas internacionales y se ha vuelto una pieza en el juego cruel de la guerra fría arrastrando consigo tanto a los "amigos de la revolución cubana" que florecieron en los demás países del continente, como a los "demócratas" que ven en Castro una especie de Satán de América.

El punto de partida de este apresuramiento del proceso en curso es la invasión de Bahía de Cochinos, preparada en Guatemala y financiada, asesorada, protegida por el gobierno norteamericano, con una finalidad de derecha

8 ***Lucha Libertaria***, núm.. 201, Montevideo, enero, 1961, p. 3; ***Marcha***, 1044 y 1045, 27 de enero y 3 de febrero del 60.

(defensa de los propietarios desposeídos), que parece ampliamente probada,no sólo por las declaraciones posteriores de los responsables, sino por el arresto preventivo y sorpresivo, en los campos de entrenamiento, en la víspera misma de la expedición, de numerosos voluntarios y por la ignorancia en que fueran dejados, dentro de la isla, los que participaban en la lucha anticastrista en sentido revolucionario.

La indignación que despertó en América latina esta utilización de un grupo de exiliados (la historia dirá si, y en qué medida, había entre ellos mercenarios) para un verdadero acto de agresión, por torpe, débil e ingénuo que fuera, le dió al llamado bloque oriental de gobierno dirigido por el de la Unión Soviética y China en tensa -aunque oculta- rivalidad, la posibilidad de transformar la infiltración (más o menos disfrazada por las palabras de orden de "democracia directa" y la aceptación de la propiedad privada, y dirigida a obtener el control de las posiciones claves a través del pequeño partido comunista cubano) en una desembozada ocupación económico-militar, que hace de Castro una especie de Kadar y vuelve innecesarias para el Partido Comunista que tiende a la estatización, las fórmulas de compromiso, tan seductoras hace un año y medio para los viajeros como González Vidart citado más arriba.

Las consecuencias internas de tal acentuación del papel de Cuba en las competiciones internacionales consistieron en un cambio de política oficial del gobierno, que pudo tomar, en América y acaso también para muchos cubanos, el aspecto de una radicalización revolucionaria. Hubo un cambio profundo en la reforma agraria que tomó, como la llamada reforma urbana, un rumbo resueltamente contrario a la conservación de la propiedad privada.

Algunos latinoamericanos que visitaron Cuba en este período no tuvieron contacto con el "Underground" de los perseguidos, tuvieron la impresión de una creciente participación popular en los acontecimientos que, según ellos, arrastraba al mismo gobierno. Éste, por su parte y por boca de Fidel Castro, proclama a Cuba república socialista.

El golpe fue habilísimo y produjo el impacto deseado. En efecto, toda América latina aspira, en este momento y de forma particularmente aguda aunque vaga, a un cambio en las estructuras rurales, en el sentido de una mayor justicia social. El latifundio pesa sobre sus habitantes como una maldición, de Méjico a Tierra del Fuego. La aspiración confusa a la liberación de la tierra ("Tierra y Libertad" fue el grito de Méjico) se ve reforzada y a la vez desfigurada, especialmente en América Central, por el hecho de que, a menudo los latifundios, las minas, las industrias, son propiedad de empresas extranjeras, muchas veces norteamericanas. El hecho de que el impulso socializante adquiera así un fuerte tinte nacionalista, facilita la inserción de América latina en la lucha entre los bloques y hace surgir, en la revolución que se está gestando, la misma trágica antinomia que está destruyendo la revolución cubana, en la que el partido único y la población militarizada se vuelven instrumentos de guerra.

En efecto, la aparente radicalización de la revolución en Cuba, de que hablábamos, consiste sí, en la eliminación de muchos de los residuos de la empresa privada, pero también de ese principio de socialización representado por las cooperativas agrarias, que sólo podían dar fruto de socialismo en un clima de libertad. La transformación de esas cooperativas en granjas del estado, que se anunciaba desde los comienzos y que al absolutismo gubernamental de Rusia le requirió muchos años, se realiza en Cuba muy rápidamente y su carácter no es precisamente revolucionario. Se aprovecha la hostilidad tradicional más que justificada contra la gran propiedad agraria y la urgencia universalmente sentida de un cambio de estructura para implantar la gestión estatal de la agricultura como instrumento político de un poder totalitario inédito en América, nuevo e imprevisto obstáculo en el camino de su liberación.

El capitalismo de estado y el absolutismo político a control remoto son pues en Cuba la contrarrevolución en acto y constituyen la primera derrota seria del socialismo en América latina. La autodefinición de Castro como marxista-leninista, su condena de la "tercera posición", los desfiles militares con la exhibición de un armamento abrumador, no hicieron sino confirmar esa derrota.

La falta de capacitación de las masas por el abandono que los sindicatos han hecho de su función natural, la adoración del "lider" al que el poder fácilmente embriaga transformándolo en un instrumento de contrarrevolución, el apoyo que los movimientos socialistas, cuyos jefes piensan en términos de autoridad, tienden a dar a determinados países globalmente considerados, es decir, a sus gobiernos y ya no a las masas de todos los países, en conflicto latente o abierto con los dueños de los medios de producción (sean ellos capitalistas privados o estados), están entregando las posibilidades que el socialismo tiene en América del Sur a las fuerzas de la guerra. Sólo una idea muy clara de la responsabilidad que todos tenemos en este proceso, que no tiene nada de fatal, puede salvarnos[9].

Montevideo, enero de 1962.

[9] **Nota de la presente edición**: De conformidad con la autora y para mayor ilustración del lector, damos referencia de otros autores y publicaciones de la misma época sobre Cuba y otros testimonios, quince años después. Agustin Souchy, con prólogo muy interesante de Jacobo Prince, Testimonios sobre la revolución cubana, Ed. Reconstruir, Buenos Aires, 1960; Sam Dolgoff,

ANTIHISTORICISMO Y DICTADURA

Nada nuevo en esta comprobación de la impotencia creativa de la dictadura: nada nuevo ni en los hechos, ni en las ideas. Pero yo quisiera llegar un poco más lejos, donde el acuerdo es más dificil de lograr.

Hemos distinguido la insurrección de la revolución diciendo que la primera es una fase inicial, casi ineludible, de la segunda, y no tiene por qué estar dirigida a la toma del poder que, por otra parte, de producirse, anularía la revolución misma. Hemos visto que la dictadura, por más transitoria que se la considere al implantarla, no es más que el comienzo de la contrarrevolución.

Quisiera ver ahora de dónde viene y a qué está ligada esta tendencia a emplear la varita mágica de la dictadura "transitoria". Creo que, a raiz de estos últimos cincuenta años de historia, debemos analizar de cerca nuestro mismo concepto de revolución. El problema se me hizo claro (o llegó en mí -creo yo-

---

Structure of Power in Cuba, Interrogations, París, junio, 1976, pp. 47-63; Sam Dolgoff, The Cuban Revolution: an Anarchist Perspective, iba a ser publicado ese mismo año el libro; del mismo autor, Notes on Cuba's Constitution, Interrogations, París, enero, 1977; y, finalmente, de una entrevista de José Alemany con Louis Mercier Vega (Interrogations, París, anero, 1978) extraemos el párrafo referente a Cuba que consideramos vale por los conocimientos de Mercier Vega sobre América latina y haberla recorrido: "En los ambientes 'progres' Guevara y Castro son dioses a los que se rinde constante adoración. El cantante catalán Pi de la Serra, por ejemplo, ha compuesto una letanía a la Cuba de Castro (en la canción Cuba 75: 'el sol és el mateix, la vida es nova/hi ha un nen que riu feliç, no passa gana/a Cuba ja no la para ni Déu', etc./ 'el sol es el mismo, la vida es nueva/ hay un niño que ríe feliz, no pasa hambre/a Cuba ya no la para ni Dios', etc.) . ¿Cuál es tu visión de la trayectoria de la Cuba fidelcastrista?

Que la Cuba castrista pueda todavía suscitar un entusiasmo 'socialista' en ciertos sectores de la opinión, significa o bien la necesidad física de entusiasmarse -como existe la necesidad de gritar o de caminar sobre las manos cuando uno se aburre- o una total ignorancia de lo que es hoy el régimen castrista. La lectura de Gramma, órgano oficial del PC cubano, partido único y único poder, sería suficiente para que se volviera a la realidad, una realidad que no provoca el entusiasmo.

Hoy día Cuba es una nación cuya juventud y mano de obra están militarizadas, con una policía omnipresente a través de los Comités de Defensa de la Revolución, con un partido jerarquizado -Fidel Castro hablando y Raul Castro controlando la máquina-; con una información uniforme, y una política exterior supeditada -económica y militarmente- a la estrategia soviética. Imaginar, por ejemplo, que la intervención cubana en Angola resultó de una iniciativa espontánea y entusiasta del pueblo, no puede encontrar explicación sino en la ceguera total de ciertos intelectuales que ven en la izquierda el modo moderno para llegar al poder, o en su fundamental desprecio para la verdad.

De una situación caracterizada por el odio popular y colectivo hacia el régimen de Batista, del esfuerzo general para barrer esta dictadura en estado de descomposición, surgió rápidamente un tipo de poder personal y de camarilla, típicamente del Caribe, que para mantenerse y fortificarse se metió en aventuras económicas desastrosas, creó un aparato político-policial y pasó de la supeditación a la hegemonía norteamericana al servicio soviético. Todas las formas de democracia, toda oposición, todo método de autodeterminación fueron eliminados.

Los métodos del imperialismo norteamericano, la brutalidad imbécil de Washington no deben ser el pretexto para justificar el carácter totalitario del régimen castrista de hoy, donde la clase dirigente se compone de burócratas y de militares, de funcionarios y de policías, productos del clásico sistema de partido único, es decir del Estado-clase, de la tecnoburocracia.

El capítulo Che Guevara merecía discusión distinta pero ni el valor, ni el fin trágico del hombre justifican sus errores económicos tremendos, ni la falsedad de sus teorías y de sus técnicas guerrilleras".

a su punto de madurez) en forma extraña, a propósito de Marx, aunque ya habían hecho vacilar en mí el carácter mítico y, por lo tanto, unitario y simplificado de la Revolución, con mayuscula, el valor que cobraron en España, el 19 de julio de 1936, las raíces de las creaciones sindicales y comunistas en las tradiciones locales y el valor que los mismos libertarios empeñados en la viva experiencia de todos los días (especialmente Santillán) les atribuían. Ya entonces se me apareció el valor que tiene, para la libertad el pasado, que instintivamente la rebeldía juvenil (que tanto influye en la formación de la mentalidad revolucionaria) se inclina a considerar en bloque como un lastre.

Es espontáneo y está preparado a desarrollarse libremente creciendo sobre sí mismo sólo lo que está arraigado en el tiempo y en el espacio y forma parte sin coacción, es decir orgánicamente, del tejido de la historia, que es una confluencia y un choque de voluntades individuales, libres sí, pero que se enfrentan y se ayudan en un terreno común, que es el ahora y aquí. Este terreno común lleva la carga del pasado local y deriva su fecundidad de los detritus de ese pasado, inseparables de los gérmenes numerosos y seleccionables y sometidos a nuestra acción moldeadora de un futuro, que individualmente no podremos dominar, pero que sin la actividad y el pensamiento de cada uno de nosotros no sería o sería distinto.

El respeto a todas las creaciones y tradiciones espontáneas no coactivas (de tipo familiar, municipal, nacional o internacional de carácter variamente solidario, en terreno material o espiritual, sobre bases geográficas o funcionales) se me presentó entonces como el mejor método revolucionario para construir el socialismo en libertad. La "revolución" se volvió entonces para mi visión global de la historia una puerta abierta para lo que es vital y está creciendo y corría el riesgo de malograrse detrás de una puerta cerrada.

Había llegado a este punto cuando se me pidió que participara en el homenaje que se le rindió en Montevideo a uno de los mayores estudiosos vigentes de Marx, Rodolfo Mondolfo, que había sido, treinta años antes profesor mío de filosofía en Bolonia. En la división de temas entre los participantes activos al homenaje, es decir, entre quienes debían hablar, a mí se me encargó que expusiera el pensamiento sociológico de este maestro, que cumplía entonces ochenta años: su pensamiento sociológico, es decir, su particular manera -que él, como historiador de la filosofía y de la sociología, considera como única legítima- de ser marxista.

Conocía, naturalmente, las ideas de mi antiguo maestro al respecto, pero una nueva consideración de sus obra y especialmente la lectura de cosas suyas aparentemente menores, que antes habían escapado a mi atención, llegaron entonces a punto para mí, como llega a punto -en el diálogo- una contestación pertinente a una pregunta que no hay más remedio que formular, porque ha sido suficientemente madurada y, como un fruto, está por desprenderse.

El Marx de Mondolfo es, como toda reconstrucción viva de un pensamiento estudiado en su proceso real, mucho más complejo que el que se ha

popularizado a través de las luchas de los partidos y del esquemático lenguaje internacional del periodismo. Hoy "Marx" es para los más un apellido-símbolo, que sintetiza no sólo ideas sino fuerzas y posturas características de este siglo XX que los hombres del siglo pasado no pudieron ni siquiera imaginar.

Se produce, pues, a propósito de Marx, un fenómeno histórico o, mejor, historiográfico, que estamos acostumbrados a atribuir al primitivismo de épocas remotas, cuando el recuerdo de los hechos se trasmitía en gran parte oralmente y en su relato, tanto como la memoria, intervenía -inconscientemente- la fantasía. Era muy frecuente entonces que se sintetizaran en una sola gran figura las hazañas de varias generaciones, ejemplos: Ramsés II en el antiguo Egipto, Carlomagno en la Edad Media. Puede parecer extraño que el mismo fenómeno pueda producirse en el terreno del pensamiento y en nuestra época que es hasta ahora, sin duda, la época más documentada de la historia. Pero el hecho es que "marxismo" es hoy una palabra muy actual sobre la cual se han acumulado varios matices semánticos, a menudo contradictorios, que pertenecen a los últimos seis o siete decenios. Esta y otras experiencias del mismo tipo nos enseñan que querer ver el origen de esta clase de fenómenos en tendencias espontáneas de la fantasía o, en general, de la creatividad popular nace de una ingenuidad de raíz románticopositiva, que lleva a desconocer el papel que desempeña en la historiografía la voluntad de poder de individuos, grupos, clases o corrientes.

Así Marx, por figurar en el santoral de la mayor parte de los partidos socialistas y en todos los sectores del aparentemente monolítico partido comunista, se ha coloreado según todas las exigencias sucesivas de la política de estos partidos, que a menudo deja de ser política partidaria para convertirse en acción de gobierno. Así una doctrina, surgida como respuesta a las preguntas de la primera mitad del siglo XIX, se presenta hoy como una panacea para los problemas del siglo XX.

Esto mismo les ocurrió antiguamente a los Evangelios a través de interpolaciones que remontan a distintas épocas y de sucesivas diferentes interpretaciones del texto primitivo. Hoy las interpolaciones ya no son posibles, por lo menos en gran escala. Y para distintas interpretaciones, cuando se excluye lo sobrenatural que parece permitirlo todo, el punto de partida debe ser un texto suficientemente ambiguo o un conjunto de afirmaciones claras en sí, pero contradictorias. Esto último ha ocurrido con Marx, en cuyos escritos encuentran apoyo las actitudes más diversas dentro del campo socialista: el determinismo pan-económico y la reivindicación de la originalidad creadora del espíritu humano en la historia, el totalitarismo y la democracia (cuando no ese monstruo de artificialidad que es el "totalitarismo democrático"), la palingénesis jacobina y la visión historicística de la revolución.

Mondolfo reconoce, pues, que hay contradicciones en Marx, pero considera auténtico en él lo que afirma llevado por el proceso natural de su pensamiento, profundamente historicista, y no lo que obedece a la pasión a menudo

irracional de la acción revolucionaria que, en su aspecto práctico, niega todo vínculo con el pasado que quiere destruir.

Trasladada esta distinción al terreno más general de la historia del socialismo, dentro del cual, para Mondolfo, Marx es el que más clara conciencia ha tenido de la continuidad histórica, la contradicción entre la historicidad de la acción (dado por la red de sus vínculos vitales con todo el pasado y todo el presente) y el fin absoluto que ella persigue, se generaliza. Y toda tendencia revolucionaria se encuentra implicada. Este concepto está desarrollado en un pequeño estudio de Mondolfo, "La antinomia del espíritu revolucionario" (publicado en *Espíritu revolucionario y conciencia histórica*, Ed. Populares Argentinas, Buenos Aires, 1955, p. 35 y ss.), que tiene en este momento un gran valor para todos nosotros.

Este estudio es una extensión lógica de las antinomias que su autor había encontrado en el mismo Marx (tan imbuído, sin embargo, de historicismo) a todo el ámbito de la propaganda y de la acción revolucionaria. La doctrina que -para Mondolfo- constituye el núcleo del pensamiento marxista es el de la "inversión de la praxis", según la cual las relaciones de producción, que constituyen en Marx el esqueleto de la vida social, la llamada "estructura", son a su vez obra del hombre, guiada por impulsos que no son sólo económicos, por más vinculados que estén con estos últimos. Hay, pues, entre el hombre y el medio, una continua interdependencia que constituye la fundamental unidad del proceso histórico, centrado en el hombre como sujeto-objeto, que conoce bien -como decía Vico- sólo lo que hace. Por eso, dice a mayor abundamiento Marx, el verdadero historiador es el revolucionario, pues para entender al mundo, hay que querer cambiarlo.

Este marxismo voluntarista, esta concepción del hombre como sujeto activo en la historia, han sido muy deformados posteriormente por los partidos marxistas, pero, por más que hayan sido confirmados en 1932 por el descubrimiento en Berlín de los "Manuscritos histórico-filosóficos de 1844" de Marx (confirmación que la tesis de Mondolfo, sostenida desde mucho antes, no hubiera ocultado) chocan también en la misma obra de Marx, con afirmaciones contrarias.

"La concepción catastrófica de la revolución, por la que a menudo Engels y Marx se dejan seducir, transfiere en un momento del porvenir el punto crítico del tránsito del pasado al porvenir, de la llamada prehistoria, a la historia de la humanidad; pero, aun siendo proyectado en un momento futuro, el punto divisorio entre estas dos fases totalmente separadas, se acentúa su función característica separadora al hablar del salto del reino de la necesidad al de la libertad." (Mondolfo, obra cit., p. 30).

EL ANTIHISTORICISMO EN LA REVOLUCIÓN Y EN LOS REVOLUCIONARIOS

Esta oposición neta entre pasado y porvenir, ajena a toda conciencia histórica, forma parte ineliminable, sin embargo, del espíritu revolucionario e introduce en él una dramática antinomia.En toda tendencia renovadora existen siempre, según Mondolfo, los dos polos, el historicista, que toma el pasado como punto de partida, y el antihistórico, que lo niega radicalmente y quiere construir el porvenir exnovo, sobre la base de un ideal forjado en todas sus piezas por una razón intemporal o exclusivamente futurista. De aquí dos conceptos muy distintos de revolución, vista por unos como un desarrollo gradual frente al cual hay que remover obstáculos, y por los otros como una renovación total, necesariamente violenta en todos sus aspectos. Se puede hacer (Mondolfo lo hace) una historia de la democracia y del socialismo en base a esta distinción.

Ahora bien: trasladando este criterio a la reconstrucción de los distintos procesos revolucionarios, podríamos decir que el momento del antihistoricismo, de la tentativa de imponer un programa abstracto, prescindiendo de todo lo existente, es el momento de la tiranía o para emplear el lenguaje de la primera parte de este trabajo, el de la dictadura pretendidamente provisional, que, cuanto más se aleje, en la formulación teórica del sistema, de las tradiciones y hábitos inherentes a la realidad que pretende modificar, tanto más absoluta y duradera va a ser .

Este peligro nos presenta otros problemas: el de las relaciones entre violencia y autoridad coactiva, entre violencia y racionalidad, entre violencia y creación histórica; y el otro, fundamental para nosotros, de la distinción entre insurrección liberadora y golpe de estado dictatorial.

Esta demostración del origen irracional (inherente al mismo impulso revolucionario y a la misma propaganda insurreccional), de esta antinomia entre libertad y coacción dentro de la revolución y de las teorías sobre ella, tiene en este momento, para los libertarios, una importancia decisiva, pues las sucesivas revoluciones del siglo XX han planteado el problema del ejercicio de la violencia, por más revolucionaria que se llame, en toda su brutal claridad.

LOS ANARQUISTAS FRENTE A LA HISTORIA

Desde siempre, el movimiento anarquista ha considerado como valor máximo no a la masa, sino al hombre; y no al hombre en abstracto, sino a cada uno de los hombres cuya suma constituye la llamada masa. La exigencia que cada individuo siente, más o menos, claramente, de construirse a sí mismo, diferenciándose de todos los demás, a los que reconoce, sin embargo, como integrantes de su propia vida (que no tendría significado si no fuera un único, irrepetible, sistema de relaciones), está en las raíces mismas de lo humano del

hombre.

Defender esta exigencia es la tarea específica que les correspondió siempre a los libertarios, en el ámbito del socialismo. Y en esto creo que todos ellos concuerdan.

Pero, al leer nuevamente la revalorización que Mondolfo lleva a cabo de Marx en ese terreno, atribuyendo sus afirmaciones deterministas y autoritarias a la intrusión de un elemento irracional y antihistórico inherente al espíritu de violencia revolucionaria, que es común a la mayor parte de los teóricos de la revolución (tanto de la socialista, como de la simplemente democrática) del siglo pasado y de éste, empecé a temer que los libertarios estemos corriendo, por irracionalismo revolucionario, un riesgo análogo al que ha llevado a las corrientes marxistas a endiosar al estado y a renunciar a la libertad.

Desde nuestro punto de vista libertario, desde el punto de vista que Mondolfo llamaría de la fuerza y no de la violencia[10], hay que precisar, pues, nuestro concepto de revolución.

Emplear y liberar la fuerza, oponerse a la violencia, crear espacios libres para los gérmenes vitales y espontáneos de la historia de mañana, destruyendo las trabas que puedan ahogarlos, contribuir a crear desde abajo y en nuestro sentido, pero en armonía con todo lo libre que hay y vive, la red de núcleos activos y asociaciones acordes que sean capaces de asegurarnos una vida que no sea amenazada continuamente por esa muerte atómica, que es ahora monopolio de cuatro o cinco grandes monstruos estatales enloquecidos, esa es nuestra tarea, como se nos presenta hoy.

---

10 "Violencia es la acción del educador cuando, en lugar de limitarse a ejercer, por medio de la enseñanza y del ejemplo, una acción de alumbramiento y estimulación que libere y dinamice las energías interiores del educando, vea en él sólo materia bruta para forjar en un molde y pretenda sofocar o desviar sus tendencias y actitudes naturales o aplicarles las medidas de Procusto. Fuerza es la resistencia del joven que reivindica contra la imposición exterior su propia autonomía creándose (o intentándolo) un desarrollo propio e independiente. Y si pasamos del terreno pedagógico al histórico, en las relaciones recíprocas entre individuos, grupos, clases y pueblos, es violencia, en general, la acción de quienes, valiéndose de cualquier medio de coacción o de intimidación desde la guerra ofensiva o de conquista al bloqueo, desde la amenaza armada al chantaje económico, desde el uso declarado de una condición de privilegio a la creación insidiosa de una inferioridad ajena, desde la conservación de un régimen legislativo de desigualdad a la introducción de leyes excepcionales y a la implantación del terror, etc., dominan, subyugan, constriñen a renuncias, vilipendian la dignidad humana, niegan la universalidad del derecho. Puede ser el absolutismo zarista, que invoca el derecho divino, y puede ser el terror de Robespierre, que enarbola la bandera del pueblo; puede ser la brutalidad de los negreros que vea en los esclavos bestias de trabajo, y puede ser también la misma dictadura del proletariado, cuando en lugar de una liberación universal realice tan sólo una inversión de la relación, que cambie la posición de los términos, pero no la naturaleza de la misma relación entre dominantes y dominados; puede ser la invasión de hordas bárbaras que destruyen las creaciones y las condiciones mismas de una civilización altamente desarrollada, y puede ser también la expansión colonial de un pueblo culto que, con la pretensión de llevar la civilización, trate a los otros pueblos como puros instrumentos de su propio poderío político y económico". (Del ensayo: "Fuerza y violencia en la historia", en el libro citado "Espíritu revolucionario y conciencia histórica", pp. 75 y 76).

En el fondo, todos, creo, sentimos esto; y, a pesar de haber entre los anarquistas una fuerte tradición de violencia retórica revolucionaria, hay que decir que -instintivamente- se emplea cada vez menos. Pero no creo que haya en el movimiento libertario una clara conciencia del problema, puesto que, cuando esa misma retórica es instrumentalmente empleada por los totalitarios llamados de izquierdas, o por sorelianos trasnochados o por violentos temperamentales, surge una incomodidad que es la manifestación de una antinomia no resuelta, de una pregunta íntima no contestada aún y que a veces hasta obliga a formar parte del coro. Lo mismo sucede frente a las no retóricas violencias nacionalistas de los países que sacuden el yugo colonial y a los que hay que apoyar -naturalmente-, pero tratando de dar un contenido social a su lucha, de modo que nuestra solidaridad no tenga nada que ver con el apoyo del gobierno ruso o de Nasser, tan colonialistas ambos como Francia en Argelia, o Bélgica en el Congo u Holanda en Indonesia.

La actitud de Reclus en la Comuna de París no tenía nada que ver con el nacionalismo francés anti-boche (es decir, antialemán, expresión que correspondería al lema del antiyanquismo de los nacionalistas sudamericanos). Pienso que en ese aspecto hay para los libertarios, por lo menos en América, un retroceso que se debe a una repetición de consignas, a la convicción de tener razón por encima del tiempo y del espacio; en una palabra, a la pérdida del sentido histórico, de la historia que estamos viviendo.

Esto hace que no nos ocupemos de los menudos hechos de la crónica diaria local, que no captemos las transformaciones que sufren los órganos estatales y las estructuras económicas entre las cuales nos movemos y que nos presentan obstáculos y posibilidades.

Para salir de la retórica revolucionaria que, cuanto más vacía, más peligrosa va a ser en sentido autoritario, no hay sino el camino de la creación modesta y concreta, antes en los detalles que en el conjunto (aun tratando de tener del conjunto una idea lo más clara posible). En cambio el único aspecto de la vida y de la lucha al que hoy, en los medios "de izquierda", se presta una cuidadosa y sacrificada atención, es el sindical, pero sin rebasar el terreno de las reivindicaciones salariales, es decir, simplemente a remolque de lo inevitable[11].

La lucha contra el estado, ahora que los gobiernos tienden a monopolizar todos los resortes de la vida económica, cultural y política, y ya no se limitan al ejercicio de la autoridad en defensa de un orden puramente formal, no puede centrarse ya en una oposición a la violencia coactiva que ejerce desde arriba por medio de la policía, sino que debe consistir en la defensa de múltiples autonomías y en su coordimación de base; debe consistir, por ejemplo, en el ejercicio de la iniciativa desde abajo, en terrenos como el internacional, en

11 Véase a este respecto el folleto de José Grünfeld: *Sindicalismo y Libertad*, Ed. Vector, Rosario, Argentina, 1957.

que los gobiernos se mueven pesada y artificialmente, de acuerdo con las exigencias de nuestro tiempo, pero trabados por los muchos intereses que sobre ellos pesan y por los andamiajes que su misma voluntad de dominio ha creado, mientras que las fuerzas desinteresadas de las que formamos parte y que, aun con los medios infinitamente menores, podrían ser mucho más ágiles, no se mueven para nada -por pereza o ignorancia- o se limitan a una crítica genérica, cuando no demagógicamente nacionalista.

Por ejemplo, mientras los gobiernos tratan de establecer relaciones de tipo nuevo, sobre todo en lo económico, entre los países, las corrientes socialistas, que en el siglo pasado, cuando tenían la iniciativa contra gobiernos conservadores, crearon la Primera Internacional, dejan sin protestar o aprueban que los sindicatos, a menudo en coincidencia con las patronales, se encierren en un nacionalismo económico suicida (no menos suicida cuando se llama antiimperialista).

Por las mismas razones menudas de pereza y de interés inmediato, se nos escapa -para hacer otro ejemplo- el valor revolucionario que tiene la competencia técnica del obrero y el aumento de su productividad. Por pereza, y porque coincide con la defensa de una mano de obra aparentemente más accesible a nuestras ideas, coreamos la propaganda en favor de una industrialización a veces artificial por no estar ligada a la elaboración de la materia prima local, industrialización difícil de sostener sin fuertes aduanas y sin un régimen de aislacionismo económico, frente a la competencia de una similar producción extranjera.

Esta pereza y un instintivo deseo de poder (al que hay que hacer pasar de lo subconsciente a la conciencia, para luego eliminarlo) son las causas por las que no vemos los peligros autoritarios en una eventual revolución violenta que pretenda ser una renovación total, sin vínculos con el pasado, por las que no siempre vemos que la violencia coactiva da la medida de lo utópico en cualquier revolución.

Hoy, en esta América latina que se ahoga en latifundios, monocultivos y burocracias, corremos un serio riesgo de ser arrastrados por una euforia revolucionaria irracional (que desfigura, por ejemplo, el ineludible deber de ayudar a la revolución cubana), hasta contribuir al triunfo de los enemigos del hombre y de su libertad.

No se ayuda a la revolución cubana, ni a la causa del desarrollo de América latina, coreando el "Yanquis no, Cuba sí" o el "Cuba sí, Rusia, no" que no hacen sino aumentar las probabilidades de guerra y crear una cortina de humo delante de la revolución. Hay que distinguir (en teoría y en los movimientos de solidaridad) la defensa de la libertad, de la defensa de la propiedad privada, que es todo lo contrario: hay que distinguir, por otro lado, la revolución agraria y urbana de la tentativa de monopolio gubernamental y partidario de la acción socializadora, monopolio que es ya la contrarrevolución. Y esta doble distinción, aplicada a Cuba, contribuiría muchísimo a poner las cosas en claro.

Las cooperativas libres y comunidades fuera de la fiscalización de los partidos y del estado, luchando en todos los países contra la compra (por barata que sea) de armamentos, multiplicando las instituciones de enseñanza, combatiendo en éstas todo dogmatismo, quebrando los tatifundios.

En una palabra, nada positivo se recibe de afuera, sino por los caminos de una solidaridad sin segundos fines; y sólo se tiene lo que se hace. América latina puede ayudar a la revolución cubana sólo ayudándose a sí misma, como hizo Méjico al apoyar desinteresadamente la España revolucionaria. Cuanto más libre sea lo que se llegue a crear, tanto mayores serán las posibilidades de salvar la libertad en Cuba, salvando al mismo tiempo la revolución, que corre el riesgo de morir de la muerte misma de la libertad de la palabra, de prensa, de agremiación, de estudio, de acción creadora...

La mística de la violencia existe áún entre los anarquistas, pero es difícil que pueda seguir conciliándose con su espíritu de libertad, en un mundo tan violento como el actual, donde la autoridad se manifiesta cada vez más como violencia pura, que no busca justificaciones jurídicas o las crea sobre la marcha.

De cualquier modo, sólo despojando el concepto mismo de violencia revolucionaria de todo reflejo místico y de todo alcance coactivo, sólo atribuyéndole el único valor que le compete y es modesto, el de derribar obstáculos opresivos que no puedan ser destruidos de otra manera, sólo desplazando idealmente de la violencia a la creatividad revolucionaria, que no quiebra la continuidad sino apresura simplemente su ritmo, el acento de nuestro discurso, es decir, concibiendo la revolución no como nuestra principal tarea, sino como un momento de una historia que toda ella es tarea para nosotros, podremos ser nosotros mismos, y desempeñar en la situación actual nuestra función específica[12] .

12 **Nota de la edición del año 1962**: La concepción de este trabajo ha sido posible merced a la desinteresada colaboración de un grupo de trabajadores gráficos afiliados a la Federación Gráfica Rosarina. En el proceso de composición, compaginación, impresión y encuadernación, intervinieron Humberto Rodríguez, Francisco Pagnucco, Eugenio Pichardo, José Villamil, Raúl García, Miguel López, Atilio Quiroga, Arnaldo Sastre, Guillermo López, Edgardo Barlett, Antonio Morina, José di Filippo, Natalio Ferrari, Gabriel Piñeiro, Guillermo Pagnucco, Juan Luna, José Manuel Cejas, Antonio Santamaría, y otros que lo hicieron después de estar impresos. Asimismo han colaborado los señores Perelló, Llordén, Domingo Romano, Lesgart, Villar y Cappelletti.

Una utopía para el siglo XXI[13]



Luce Fabbri, Gerard Jacas, Isabel Escudero y Chistian Ferrer en la Exposición Internacional de Anarquismo, Barcelona, 3 de octubre de 1993. (Foto: A.. F.)

En la crisis sangrienta que precedió inmediatamente a la mitad del siglo (guerra española y segunda guerra mundial), muchas cosas se perdieron y otras cambiaron de signo. Entre estas últimas está la palabra "utopía", que, dejando de ser el nombre de un risible sueño de visionarios, entró en la mentalidad común con el significado de un ingrediente necesario de la historia.

Esta distinta valoración se debe al hecho de que se reconoció, a la vez, el papel que los ideales -mal que le pese a Marx- desempeñan en la vida práctica, y el carácter irrealizable de todos ellos (y no sólo de los calificados utópicos) en su forma pura.

13 Conferencia pronunciada el domingo 3 de octubre de 1993 en *Les Cotxeres de Sants*, Barcelona, en el encuentro *Anarquisme. Exposició Internacional.*

El término "utopía", pues, se ha generalizado y, por otra parte, ha perdido su carácter absoluto. Es el ideal como motor de la realidad, ideal que nunca se traduce en realidad, pues la realidad continuamente lo relativiza y compromete.

Este deterioro está en la naturaleza de las cosas. La materia produce desgaste por roce y por esta razón no hay mecanismo que sea inmortal.

Aplicado a nuestra utopía libertaria, este mismo valor de la palabra se refiere al hecho de que poder y antipoder, centro y periferia, verticalidad y horizontalidad son términos que se implican mutuamente. Su tensión recíproca constituye, en cuanto a formas políticas se refiere, el tejido de la historia. Ya lo decía Maquiavelo en versos mediocres: "Del mal deriva el bien, del bien el mal / y uno siempre será causa del otro", donde el bien es la libertad o, como él decía, el estado popular, y el mal el principado tiránico.

Hay, sin embargo, una diferencia esencial entre el deterioro de las aplicaciones prácticas de las utopías políticas autoritarias (que intentan su realización por medio del estado) y el de la utopía anarquista, que funda una política no-estatal. Las primeras no sufren sólo el desgaste natural del roce, sino el que fatalmente produce el instrumento que pretenden emplear que es el poder. Este, al instrumentalizar la voluntad doblegada de los demás seres humanos, produce inevitablemente una transformación en quien lo ejerce, absorbiendo los fines, transformándose él en fin único. Así la utopía, no sólo se deteriora, sino que se anula. Eso, le pasó al cristianismo hace algo menos de dos mil años al hacerse gobierno; eso, le pasó al socialismo por la misma razón.

Grandes masas en Europa y Asia y en Africa y América creyeron durante la mayor parte de este siglo en la "utopía realizada" en la Unión Soviética. Era mentira. La mentira -lo enseña Maquiavelo- es uno de los pilares del poder.

También los libertarlos tuvieron su "utopía realizada" en la revolución española de 1936. Pero fue una experiencia a cielo abierto, discutida en el terreno, mirada de cerca por el que la quiso mirar, y que mostró -a la vez- las grandes posibilidades de un socialismo libre y las limitaciones que la realidad impone a cualquier traducción de proyectos ideales al terreno concreto de la producción, del consumo, de la recreación, de la lucha, del odio y del amor: el terreno concreto del ser humano tal cual es, imprevisible, incualificable, ilógico, apasionado.

Leía hace poco un hermoso artículo de Tomás Ibáñez, que interviene también en estas jornadas, titulado Sísifo y el centro. Decía que nuestra lucha contra el centro es constante y destinada a no terminar nunca (como la del mitológico Sísifo), pues la misma dinámica implica el surgimiento de otros centros contra los cuales necesariamente habrá que combatir. Esto es muy cierto y es muy conveniente que se diga y se medite, pues la mística de la Revolución Social que inaugura el paraíso y después de la cual ya no hay nada que hacer, no sólo es engañosa, sino también corruptora.

Sin embargo, de paso, Tomás Ibáñez dice otra cosa con la que no estoy

de acuerdo y que creo necesario discutir en el ámbito de éste nuestro tema de la "Utopía de] siglo XXI". El dice que el centro es el principio ordenador y que el orden es el poder. Podría estar de acuerdo hasta cierto punto a propósito de la identificación del centro con el poder, pero no con la del centro con el orden, y menos con la del orden con el poder. El centro crea cierto orden, aparentemente muy sólido, en realidad muy endeble: basta atacar el centro para que el orden se convierta en caos. Existe otro orden, mucho más vital, que se crea desde abajo por asociación y que subsiste en las otras partes si una parte es dañada. Por las mismas razones, es sólo aparente la identificación del orden con el centro y con el poder central.

Yo soy de las que creen que anarquía, en el sentido que tiene como corriente política antiautoritaria, es orden, orden auténtico, orgánico, profundo.

En estos últimos tiempos existe entre los libertarlos una tendencia, que llamaría romántica, a reivindicar contra el sistema actual, centralizado y verticalista, no el orden horizontal, omnicéntrico o, lo que es lo mismo, acéntrico, variadamente articulado, sino el caos primigenio, que es fecundo en sí, pero anterior a toda vida vivible.

Sería como reivindicar, contra el lenguaje estructurado, que nos sale espontáneamente de la boca y de la pluma, las «palabras en libertad» de esa falsa vanguardia que se llamó futurismo.

La sociedad de las palabras es una sociedad anarquista. Tiene normas que surgen de la colaboración espontánea de todos los que hablan. Nadie las impone; su aceptación general es la condición de la entendibilidad. Su violación es libre; si rebasa ciertos límites, simplemente el instrumento deja de funcionar. Si en cambio responde a un impulso expresivo auténtico y está dentro de los límites que los demás aceptan, es recibido, y de la suma de estos actos libres vive la lengua, cambiando continuamente sin perder carácter orgánico y sin necesidad de centro. Vive en todos nosotros y cambia con nosotros, creándose cada vez nuevas normas. Pensamos por medio del lenguaje, nos relacionamos con los demás por medio del lenguaje. Por eso, decir que la lengua es una sociedad, y una sociedad anarquista, es mucho más que una metáfora. Es la utopía viva que llevamos en nosotros, es la libertad que está naturalmente en nosotros, lo más individual que existe, y lo más social a la vez. Es lo más libre y lo más organizado.

Y el lenguaje es orden: ya según los antiguos, ordenó el caos pues dio el nombre a las cosas, es decir las clasificó. En ese orden el ser humano encontró su libertad o por lo menos la conciencia de su libertad y los medios para reclamarla.

Estamos ahora en un momento de reflujo en el mundo, un momento de frustración y de irónico descreimiento. Se proclama la muerte de las utopías o, *más radicalmente, la muerte de la historia. El primer paso se dio cuando, a raíz del asombroso suicidio del "socialismo real" (que nada tenía de socialista), se* dijo: "El socialismo ha muerto".

Son todas muertes aparentes, letargos de transición. Y hoy las transiciones son rápidas.

Mientras tanto, está fracasando la economía de mercado, que es la moda del día. Este fracaso no nos llevará mañana a decir: «El capitalismo ha muerto».

El capitalismo no es una utopía, no surgió de un programa, es un hecho y surgió de los hechos, aprovechados, sin mucha autoconciencia, por una clase social en ascenso que, para ascender, necesitaba enriquecerse. No tiene otro programa que llegar al poder por medio de la riqueza. Por eso puede cambiar de forma y de estructura, colarse por las rendijas, acomodarse a los distintos regímenes políticos, proclamar la absoluta libertad de mercado o burocratizarse alrededor de un estado protector, según los momentos. Su forma actual son las multinacionales, verdaderos estados internacionales invisibles que están tejiendo sus redes sobre el mundo.

La esencia definitoria del capitalismo es la explotación (en términos marxistas, la apropiación de la plusvalía) que es otra forma de opresión y que, como la opresión estatal, no tiene otro límite que la resistencia de los oprimidos.

El libre mercado que se ha impuesto en este momento en los hechos parece dominar la teoría económica, está aumentando el hambre en el mundo, justamente cuando los medios de producción enormemente desarrollados obligan a menudo a destruir excedentes para mantener el valor máximo del sistema: la rentabilidad.

En estas condiciones no se puede decir que «el socialismo ha muerto», porque la solidaridad es la única respuesta a la crisis. Y donde ha prevalecido la solidaridad sobre el afán de lucro, siempre han surgido formas de socialismo espontáneo, como antaño en las comunidades cristianas del primer siglo de nuestra era.

Ha muerto, sí, el socialismo estatal en su doble forma totalitaria socialdemócrata; ha muerto el de las revistas y los libros, pues en la realidad nunca existió. En la fórmula «socialismo estatal», el adjetivo mató al sustantivo en la primera tentativa de realización.

De toda la tormenta de estos últimos años, el socialismo ha salido indisolublemente ligado a la libertad y desligado de los resortes autoritarios del actual sistema. Purificado de malentendidos, el socialismo libertario, federalista, autogestionario, está llamado a ser la utopía del siglo XXI.

A pesar de todo, no hemos vivido inútilmente este atormentado siglo XX que está terminando. Bien o mal (más mal que bien) y un poco a los tumbos, éste nuestro siglo ha consolidado las libertades elementales conquistadas a partir de la Revolución Francesa. Muchas veces han sido negadas, suprimidas con sangre y torturas, aparentemente borradas; y otras tantas han resurgido, tambaleantes, vulnerables, imperfectas, manchadas por la corrupción política, mal aplicadas, mal defendidas. Pero las tenemos, más arraigadas que a prin-

cipios de siglo.

Gracias a esas pobres libertades formales, que a principios de siglo parecían puras mentiras, hasta que el fascismo, el nazismo y el estalinismo les devolvieron su valor, el socialismo creció y echó raíces en el corazón de los pobres y en las espectativas de los sociólogos.

Ha realizado su doble experiencia estatal: la dictatorial y la democrática. En ambas ha fracasado. Pero no ha fracasado en todo lo alternativo que se multiplica silencioso en la base social. Si el mundo oficial proclama con suficiencia el triunfo de la economía de mercado y estuvo a punto de hacerle creer a la gente que en ella estaba lo moderno y lo único viable, declarando implícitamente condenados al hambre y a la esclavitud a cuantos, en la lucha que el mercado por su naturaleza impone, quedasen vencidos, los que no están dispuestos a esa lucha y las víctimas de esa lucha no han abandonado, no pueden abandonar las soluciones basadas en la solidaridad y en la ayuda mutua.

Por eso el socialismo, no el que ha fracasado en los gobiernos, sino el que vive en el corazón de la gente y ha tenido ayer y tiene hoy realizaciones capilares en colectividades, comunidades, cooperativas, kibutzim, soviets auténticos, va a ser la utopía del siglo XXI.

Las condiciones van a ser abismalmente distintas de las imaginadas por los primeros teóricos del socialismo libertario. Ya hoy hablamos con otro lenguaje y vemos el mundo con otros ojos, con el fundamento de experiencias nuevas que van sucediéndose con ritmo progresivamente acelerado.

Ya ahora hay un cambio fundamental: la idea de revolución, tan característica de la generación de mi padre y de la mía, es hoy profundamente distinta. Hiroshima marca verdaderamente una frontera temporal y la informática marca otra frontera. Por un lado han perdido importancia los combates cuerpo a cuerpo frente al intercambio, a gran distancia, de misiles cada vez más sofisticados. En esas condiciones, una metralleta no sirve de mucho. Por otra parte, las experiencias de las guerrillas sudamericanas y del terrorismo europeo y mediooriental han sido completamente negativas y desmoralizantes. Eso no quiere decir que se deba renunciar al cambio. Sólo que la revolución, ya hoy, tiene otro terreno y otras armas.

La revolución española del 36 nos ha enseñado una cosa importantísima: que controla una situación de crisis quien puede asegurar la continuidad de la vida diaria, dominando los resortes del transporte, de la alimentación y, en un segundo momento, de los demás sectores del trabajo productivo.

Estudiar e invadir de antemano con ganglios de autogestión esos resortes -que ignoran los ministros- significa preparar un mundo libertario para mañana.

Las transformaciones que se han producido en las condiciones de convivencia desde el teléfono, la fotografía, el cine y la aviación de principios de siglo hasta la radio, la televisión, la astronáutica, las comunicaciones por satélites y, por fin, la informática en nuestros días, tienen todas doble signo. Pueden

ser instrumento de opresión o de liberación, según quiénes y cómo los usen. Lo cierto es que pueden aumentar enormemente el radio de acción de la persona individual. Se trata, pues, de conquistarlas.

Pero hay más. Una de las principales objeciones que tradicionalmente se le hicieron al socialismo libertario es que la socialización del poder y la inexistencia de un gobierno central sólo serían posibles en comunidades pequeñas que pudieran tomar sus decisiones en asambleas plenarias. Naturalmente el federalismo es la respuesta a esta objeción. Sólo la comunidad pequeña es natural y en su ámbito el individuo se desarrolla libremente. Estas comunidades se pueden articular flexiblemente entre sí en una gran variedad de unidades mayores, según los distintos intereses, hasta llegar a relacionarlas a escala mundial. La nueva tecnología facilita enormemente estas relaciones, así como posibilita una descentralización que puede llegar a lo molecular y al trabajo a domicilio en la producción industrial.

Tal tendencia se está observando ya hoy en el mundo capitalista, que tiende a achicar las empresas y a multiplicarlas, empleando el lenguaje de la horizontalidad. (Estrategia, Montevideo, año IV, núm. 191, 31/8/1993, pp. 34-39. Reproducido por las revistas Fortune y Negocios.)

Los medios mal llamados de «comunicación» (digo «mal llamados» porque transmiten mensajes en un único sentido, desde los pocos, que así dominan la información, a los muchos que ven y escuchan, pero no interrogan, ni responden, ni emiten mensajes propios), tienen sin embargo la posibilidad de desarrollar una tecnología que les permite funcionar en los dos sentidos. Por primera vez se vislumbra la posibilidad de la intervención de un número grande de individuos (todos los directamente interesados) en la toma de decisiones colectivas y en las discusiones previas.

También en este aspecto, se están dando ya los primeros pasos en el ámbito de la economía de mercado. En efecto, se piensa utilizar tales posibilidades para una asistencia médica generalizada y una educación a distancia tan individualizante como lo requiera la nueva pedagogía.

Leía hace dos meses en una publicación divulgativa en terreno informático: "La comunicación se hace interactiva (capacidad de establecer conexiones en doble sentido) y multimedia (al integrar voz y sonido, datos, escritura e imágenes fijas y en movimiento) en una doble escala, la transnacional, que se fundamenta en las grandes redes de comunicación, y la individual, que se instala en los equipos de trabajo del despacho o al lado del diván de la sala de estar. La última alianza la han protagonizado la Microsoft TCI y la Time Warner que desarrollarán la televisión interactiva en los domicilios norteamericanos. En poco tiempo se podrá, a través de la misma línea, no sólo pedir el programa de televisión o la película favorita, sino también hacer compras encargar comidas, revisar las cuentas del banco, cerrar un billete de avión. (...) La ciudad californiana de Cupertino (EE UU) está a punto de estrenar uno de los planes más ambiciosos de comunicación aplicada: la conexión de los ciudadanos entre sí

y en forma gratuita mediante redes de ordenadores". (De Sistemas, Suplemento del diario La República, Montevideo, año 1, núm. 34, 3-8-1993.)

Esto leía yo hace casi dos meses. En los últimos días antes de venirme, los diarios de Montevideo anunciaban: "La comunicación interactiva se instalará próximamente en Uruguay". El mundo informatizado se viene mucho más rápidamente que cualquier cambio anterior. De nosotros, de toda la gente, dependerá el grado de autonomía de que llegue a gozar en él la persona individual.

Los mass-media, pues, pueden transformarse -si lo queremos- en los instrumentos de autodesmasificación de la base social (empleo esta horrible palabra, porque es de las que ahorran tiempo). Para eso hay que quebrar los poderosos monopolios que los dominan.

La autogestión cultural tiene una importancia enorme. Es parte integrante de todo proceso de cambio auténtico, es decir impulsado y vivido por la sociedad entera. No es tarea específica de los gremios de la enseñanza y del espectáculo, pues, antes de llegar a la autogestión, que, sí, recaerá naturalmente en ellos, hay que llevar a cabo la lucha contra el monopolio estatal-capitalista. Y esta lucha es de todos, pues se trata de la conquista popular de la voz, que es el punto de partida de la socialización del poder.

Estamos atravesando un período opaco de estancamiento. Pero nadie puede impedirnos estudiar. Estudiar y ayudar a estudiar, investigar y ayudar a investigar, tratando de crear espacios fuera de los moldes del sistema, para aprovechar, en beneficio de todos, la técnica ahora monopolizada por los poderosos: esta es hoy -creo yo- la tarea más importante del revolucionario.

Por eso es tan vital para nosotros en Latinoamérica preservar las autonomías universitarias por las que tanto han luchado en nuestros países, a partir del movimiento de Córdoba de 1916, el estudiantado y gran parte del profesorado.

Conquistar la autonomía de la investigación científica y tecnológica es primordial. De nada serviría derrotar al orden político, si una minoría de privilegiados del saber relacionados con las cúpulas político-económico-militares siguiera controlando la avasallante transformación en las condiciones de vida.

Se habla de la nueva tecnología, pero, en realidad, hay múltiples posibles nuevas tecnologías. Las de la guerra no son las mismas que las de la paz, las que les convienen a los centros de poder no son las mismas que les convienen a la gente.

En este sentido, el primer paso acaso sea la desmitificación de la publicidad, la que se presenta como tal y la que se disfraza de arte, ciencia o diversión. A este propósito quisiera citar una frase reciente de Chomsky- "Los ciudadanos de las sociedades democráticas deberían emprender un curso de autodefensa para protegerse de la manipulación". (N. Chomsky, Ilusiones necesarias. Control del pensamiento en las sociedades democráticas, Ediciones Libertarias, Madrid, 1992).

El socialismo libertario es acaso la única utopía que no ha sido derrota-

da, en el terreno teórico, por los acontecimientos. En la práctica, en lo concreto del acontecer diario, el proyecto libertario está acostumbrado a las derrotas.

Los demás proyectos están planeados para su realización desde posiciones de gobierno y los respectivos partidos consideran como victorias la conquista del poder. Claro que se trata, cada vez, de la victoria del partido y no del proyecto, que nunca se realiza. La historia del último siglo es bastante ilustrativa al respecto. La cadena de esas falsas victorias equivale a la cadena de nuestras derrotas, con la diferencia que la utopía libertaria tiene realizaciones en la base y tiene concreciones parciales en cada creación no autoritaria, en cada disminución del poder político o económico sobre la sociedad.

La creación de una red de organismos autogestionarios y una obra de capacitación capilar, técnica e ideológica, constituirán -creo- el núcleo de la militancia futura.

La técnica está creando las condiciones de la abundancia. El capitalismo, al usarla con fines de acaparamiento en beneficio de pocos privilegiados, nos está preparando un porvenir sombrío, de desocupación de grandes masas que el aparato productivo ya no requiere, de catástrofes ecológicas, de luchas feroces por el mendrugo, de las que los fenómenos de xenofobia que enlutan en este momento a Europa no son más que un anuncio.

El siglo XXI no va ser fácil. Desde estos últimos años del milenio, los que no hemos perdido la fe en la solidaridad le lanzamos este mensaje de socialismo en la libertad, que viene de una experiencia muy amarga y muy larga, pero que da frutos de serenidad interior y de esperanza, la esperanza que se necesita para afrontar los desafíos que se acercan.

Luce Fabbri
Barcelona, 3 de octubre de 1993

Luigi Fabbri educador[14]

En este momento, la hija no puede superar el silencio, no puede hablar de él, sino dejando que broten los recuerdos. Y también esto es difícil, porque es preciso respetar aquel celoso pudor suyo que le hacía tan reacio a hablar de sí y de sus cosas íntimas, aquel mismo pudor que le hacia parecer más hombre de ideas que de sentimiento, más un pensador sereno que un luchador apasionado.



Luigi Fabbri
Doc. Luce Fabbri

Y la parte suya que nadie habría podido ver a través de sus artículos, adquiere ahora una importancia nueva, porque se convierte en el complemento necesario de su pensamiento.

Se habla mucho ahora de realización, de aplicaciones prácticas de los ideales libertarios. Es una preocupación fecunda, de una urgencia casi atormentadora.

Pero realizar una idea quiere decir traducirla en acción y no sólo en planes y en programas; quiere decir impregnar de ella todo instante de nuestra

---

14 Luce Fabbri, *Luigi Fabbri educador, Tiempos Nuevos*, Barcelona, marzo 1936, pp. 151-153. Sobre Luigi Fabbri (Fabriano, Italia, 1877 - Montevideo, Uruguay, 1935)., véase: Diego Abad de Santillán, *Luigi Fabbri, un hombre de oro*, Tiempos Nuevos, Barcelona, agosto de 1935; del mismo autor, prólogo al libro de Luigi Fabbri, *Vida y pensamiento de Malatesta*, Ed. Etyl, Barcelona, 1938 (en 1935-36 se hizo una primera edición en 2 vols. de esta obra; Editado también en Barcelona por Santillán, que fue su traductor, con el título *Malatesta, su vida y su muerte*, nueva edición por Ed. Amerícaler, Buenos Aires, 1945, 371 pp., esta vez con prólogo de la hija del autor Luce Fabbri); Del mismo autor y traductor, *Dictadura y Revolución*, Ed. Argonauta, Buenos Aires, 1923 (también Ed. Etyl, Barcelona, 1938; Ed. Proyección, Buenos Aires, 1967; Y, en francés, Gaetano Manfredonia, La lutte humaine: Luigi Fabbri, le mouvement anarchiste italien et la lutte contre le fascisme, 1994); Luce Fabbri, *Luigi Fabbri, storia d'un uomo libero*, Ed. Biblioteca Serandini, Pisa (Italia), 1996.

vida todo acto de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento. Vivir íntimamente la libertad, aun bajo el talón de hierro, es ya una realización, es el primer paso, el indispensable.

La anarquía, en el significado más amplio de la palabra, es realizable siempre, con diversidad de grado, y se realiza tanto más cuanto menos se contenta uno con la realidad ya adquirida. Esto decía Luigi Fabbri, para reavivar a su alrededor la fe, para darse a sí mismo la fuerza de la serenidad frente al alud de desastres que se ha formado después de la guerra.

Y es de esto de lo que quiero hablar hoy de esta realización lenta y constante de un ideal, en el interior de un alma y en su esfera de irradiación.

Hace algún tiempo, en un artículo de Pensiero e Voluntà, traducido en el Suplemento de La Protesta, de Buenos Aires, Luigi Fabbri escribía un largo artículo para incitar a los combatientes de nuestra causa al deber de las realizaciones individuales. Decía, entre otras cosas, que una de las fallas de los revolucionarios de la postguerra, ha consistido en descuidar, por las conquistas futuras, las conquistas inmediatas en sí mismo y alrededor de sí mismo.

«Los resultados momentáneos satisfacían a los más; había mucha preocupación por las construcciones generales estatales y extraestatales, de carácter colectivo, y nadie niega que fuesen útiles y también indispensables...

»Pero los individuos que componen las colectividades, creían haber agotado en esa obra su misión y por cuenta propia, no sentían tener un deber personal a cumplir, algo a construir a realizar en sí mismo y alrededor de sí mismo, dependiente sólo del propio esfuerzo individual y de la propia iniciativa. Sobre todo, los que habían abrazado un ideal de libertad y de igualdad, descuidaban la propia familia como si ésta fuese completamente extraña a sus preocupaciones de índole social y política»

Este esfuerzo humilde e ignorado para encarnar el ideal en la pequeña, íntima realidad de la vida cotidiana lo cumplió constantemente y de un modo tan natural, que parecía a los más próximos que vivía ya, con el espíritu, en el mundo de libertad y de justicia por el cual combatía.

Eramos niños, nosotros, los hijos del maestro Fabbri, como nos llamaban en la localidad, y cuando decíamos con orgullo que nuestro padre era anarquista y combatía contra el gobierno, contra todo gobierno, oíamos decir a los compañeros de escuela y a sus padres bien pensados: «Será una buena cosa esa anarquía pero no es posible. ¿Cómo se puede vivir sin gobierno? ¿Quién nos defenderá de los ladrones, de los asesinos?» Nosotros no comprendíamos bien, ni las ideas del padre, ni las objeciones de los otros, pero la enorme diferencia entre el ambiente externo (proletario en las escuelas elementales, pequeño-burgués en las escuelas secundarias) y el familiar ensanchado por el círculo de los mejores compañeros, nos hacía ver confusamente que la vida corriente no es la mejor, ni la única posible. Nuestros pequeños amigos no obedecían más que por el miedo al castigo o por la codicia de la recompensa: tenían necesidad de un gobierno. Nosotros, que no obedecíamos, sabíamos

que se podía pasar uno sin el gobierno. Tengo todavía presente un llanto largo, tras una persiana entreabierta, un día caluroso de junio; no recuerdo lo que quería hacer: uno de aquellos deseos violentos e insensatos de los niños. Mi padre había dicho: «No te lo aconsejo», y había dado sus buenas razones, pero sin insistir mucho.

Yo me sentía víctima de una injusticia lloraba escondiendo el rostro en el hueco de la ventana. Poco a poco, el consejo adquiría el aspecto de una prohibición; mi espíritu se sentía encadenado, por uno de aquellos juegos de imaginación que constituyen el fondo de todas las vidas infantiles. El padre se dió cuenta, se acercó, me pasó la mano sobre el cabello y dijo «Haz lo que quieras. Piénsalo bien y resuelve tú misma. No te digo nada más» Fue un momento de desilusión; todo mi drama caía y con él el deseo agigantado por las imaginarias dificultades. Respondí. «No. Te obedezco. » Lo dije inconscientemente, por un hábito que me había dado la escuela, y advertí en seguida que le había herido. «No, hijita, no has comprendido bien. No es eso lo que quiero. No debes obedecer. Debes hacer lo que quieres, bajo tu responsabilidad, después de haber reflexionado. Yo puedo ayudarte a razonar, la decisión la has de tomar tú. » En aquel momento recordaba un tema escolar de composición: «Los niños deben ser obedientes», y la diferencia entre los dos mundos, el mundo futuro, ideal, que veía encarnado en mi padre, y el viejo mundo de la disciplina forzada e injusta, que hallaba fuera de nuestras paredes, saltaba a los ojos en toda su claridad y me llenaba el corazón de una indignación confusa y de una confusa esperanza.

No regalaba nunca un libro o un juguete individualmente a uno de nosotros. Y se sentía apenado cuando decíamos, de alguna cosa, «es mío».

Y sin embargo, aun en los períodos más absorbentes de la lucha, cuando, en la postguerra, se preparaban desordenadamente las armas y las filas para combates que se han realizado después sólo esporádicamente, mientras unos pensaban en el triunfo y otros en el sacrificio, él, que era más bien de estos últimos porque veía aproximarse el desastre, no olvidó un solo momento su obra de educador.

Educar quiere decir sobre todo ser sereno y olvidarse a sí mismo frente a los seres nuevos que se forman. Y en aquellos tiempos de fogosidad Luigi Fabbri volvía a encontrar la serenidad en la escuela, ante los alumnos, ante los hijos, en el estudio ante el blanco papel.

Su pasión de libertad tenía sus raíces en un celoso respeto a la personalidad humana. Su enseñanza no se convirtió nunca en propaganda cuando se dirigía a los niños. Sin embargo ninguna propaganda era más eficaz que la atmósfera que sabía crear. Reía cuando yo, a los ocho años, decía orgullosamente que era anarquista y con ironía afectuosa me enseñaba que es preciso formarse por sí solos el propio mundo interior y no aceptar nunca ni las ideas, ni las frases hechas.

Y me aconsejaba austeramente esperar, madurar los entusiasmos con la

experiencia y con la reflexión, antes de asumir una actitud definitiva, que constituye siempre una responsabilidad a la que no es cosa seria faltar. Pero sobre todo no quería que creyésemos verdadera una cosa porque él la afirmaba. Decía: «Mi convicción no prueba nada para vosotros».

Y en la escuela decía: «No creáis nunca ciegamente en las palabras del maestro, en las afirmaciones de un solo libro. Escuchad, comparad las diversas opiniones y llegad a conclusiones propias».

Esta era toda su propaganda, y era la más eficaz. Ni una palabra entraba en su clase de las luchas feroces que tenían lugar en la calle entre camisas negras y fuerzas de la libertad y del proletariado. El odio desencadenado no debía turbar, al menos por obra del maestro, las almas infantiles. Y la pasión que llenaba todos los corazones, que armaba de piedras la mano de los muchachos hasta pocos metros del edificio escolar, parecía aplacarse ante el aula, donde se estudiaba. Pero la diferencia era tan brusca y evidente que los alumnos, especialmente después del triunfo del fascismo, sentían que aquella muda reivindicación de la libertad constituía una protesta e inconscientemente la aprobaban.

Cuando casi todos los maestros para conservar el puesto, procuraban que sus discípulos se inscribiesen en la Opera Nazionale Balilla, en la clase de mi padre, al comenzar el año había dos inscritos, tres meses después ninguno. Los distintivos fascistas desaparecían de los ojales dos o tres días después de iniciadas las clases. Y esto sin palabras, sin discusión. El extraordinario respeto que los niños sentían en el maestro hacia su personalidad, desarrollaba en ellos los valores individuales y les alejaba del gregarismo a. que tendía y tiende la enseñanza oficial fascista.

Su anarquismo se podía llamar en cierto sentido humanista, porque defendía contra la opresión no sólo la libertad estrictamente política y el pan de los explotados, sino también el patrimonio cultural creado a través de los siglos y el esfuerzo individual a pesar del peso aplastante y uniformador de la autoridad estatal. Una educación clásica había dado a su espíritu el gusto de aquellos baños en el pasado que revigorizan el espíritu en los sombríos intervalos de la lucha. La cultura era para él desarrollo continuo, impulso perenne del espíritu humano hacia su liberación. Por esto amaba la historia y la hacía amar.

Persiste entre mis recuerdos mejores una jornada radiante de agosto de 1921, una de las pocas que había consagrado, durante toda su vida, a la diversión y al reposo. Los dos solos, con una alegría de escolares escapados de la escuela, salimos de Roma por la mañana, a las seis, por Porta S. Sebastiano, y bajo el sol ardiente del agro, seguimos toda la vía Appia hasta las colinas Albani. Pasábamos ansiosos de ruina en ruina con un apasionamiento muy distinto y muy lejano de la fría retórica romanizante que vi luego predominar en las escuelas después de la victoria fascista. Aquel día comprendí cómo el pasado era para mi padre un elemento constructivo del presente y cómo se conciliaba ese amor suyo por las cosas viejas con su ansia de renovación, con su ímpe-

tu de rebelión. Mientras en la desolada campiña romana la oscuridad vencía la luz rojo-sombría del crepúsculo y nuestras sombras se alargaban desmesuradamente sobre el antiquísimo pavimento, me hablaba de César y de Catilina, de Espartaco y de la esclavitud antigua y moderna, con un entusiasmo joven que se olvidaba del cansancio y de la hora.

Yo miraba a aquel alegre compañero de excursión, aquel colaborador de mis estudios y de mis juegos y sentía en él, sin que él pareciese quererlo, al maestro, y más todavía, al padre.

Su vasta siembra parece haber caído en la roca. Su pasión de libertad ha chocado contra las barreras de hierro que nos rodean y que, no pudiendo doblegarlo, lo han quebrado. Pero entre las amarguras del destierro y de la derrota ha podido sentir, antes de irse, el orgullo de haber edificado en sí mismo el mundo futuro que soñaba, el orgullo de haber sido íntegro, de haber transformado su pensamiento no sólo en palabras, sino también y sobre todo en vida vivida. Quien haya estado mucho tiempo junto a él no dirá nunca que la anarquía no es posible, porque la ha visto en acción.

Y esta obra suya paciente y casi ignorada que se ha desarrollado paralelamente al trabajo de agitación y de propaganda escrita, este lento esfuerzo de educador de sí mismo y de los demás para la libertad, aun en las circunstancias más ínfimas de la vida, no es pequeña contribución a la reconstrucción futura.

No nos había engañado nunca, y teníamos fe tan grande en él que bastaba que dijese: «Este libro no es todavía lo propio para ti. Te aburrirías», o bien: «Te haría mal. Espera aún», para que siguiésemos sus consejos como se siguen los de un médico y abandonásemos el libro comenzado. Y no era obediencia.

Los niños comprenden la justicia antes que la bondad. Cada uno de nosotros se sentía defraudado cuando el otro gozaba de algún privilegio, ya se tratase de una diversión, de un juguete o de un simple e insípido pedazo de papel. Reclamábamos la igualdad perfecta de condiciones y de trato en cosas a que no dábamos en realidad ninguna importancia, simplemente por defender un principio que creíamos inviolable. Nuestras exigencias en este punto eran siempre respetadas, aunque el padre menease la cabeza o pusiese en ridículo con alguna palabra irónica el calor con que defendíamos nuestros pequeños derechos. Sólo un poco más tarde, guiados no por sus palabras, sino por el ejemplo cotidiano de su vida, comprendimos que la paz no viene tanto de la justicia como del amor y que, por lo menos, moralmente, el que más da más recibe. Entonces, sin prédicas ni razonamientos, llegamos a adivinar la verdad de una frase que no se nos había dicho nunca directamente, pero que habíamos oído pronunciar a menudo en las discusiones tumultuosas que llenaban de ruido y de humo el pequeño gabinete de trabajo: «Cada cual debe dar según sus fuerzas y recibir según sus necesidades».

Fue un descubrimiento casi de improviso que hizo más sencilla y más

bella nuestra vida infantil, haciendo cesar los puntillos de honor y las pequeñas disputas. Creíamos haber llegado a eso por sí solos. Ahora comprendo que era todo obra suya, del amigo nuestro que ayudaba a nuestra formación sin forzarla. Nos dejaba libres y solos, y trataba, no de hacemos semejantes a él, sino de hacernos cada vez más semejantes a nosotros mismos.

Amaba sus ideas con una pasión profunda y una maravillosa constancia. Vivía en continua comunión con todo el mundo de los hombres, tanto que los pequeños incidentes de su vida personal no han tenido nunca en su estado de ánimo tanta influencia como la lectura cotidiana del periódico, que llevaba a nuestra casita todas las inquietudes, las tragedias, los crímenes y los heroísmos que convulsionaban a Europa. Parecía a veces que las paredes habían desaparecido y que los vientos de todos los horizontes viniesen a reavivar aquella llama de amor y de bondad que se traducía en acción razonada y se ocultaba bajo una serenidad perfecta.

Las dictaduras y la cultura[15]

No todas las dictaduras actuales son de origen fascista. Sin embargo, frente al problema cultural no se pueden establecer divisiones. Para las múltiples exigencias de la vida espiritual del hombre, todos los dogmas son trabas. En Italia y en Alemania el proceso es más agudo, las consecuencias más graves; pero en el campo cultural que es único y no conoce fronteras, la lucha se combate sobre un frente más amplio, entre el pensamiento en continuo y libre desarrollo por un lado, y por otro el espíritu de autoridad, que cobró nuevo vigor de la guerra y tiene hoy su manifestación más típica y más completa en los Estados fascistas.


Luce Fabbri el año 1984

ABSOLUTISMO DE AYER Y HOY

El problema de las relaciones entre el poder político y la cultura de un pueblo, es viejo y nuevo la vez. Viejo, porque se planteó por primera vez cuando surgió la autoridad estatal en el mundo; nuevo, porque sus dos términos han cambiado completamente de aspecto en estos últimos tiempos. Entre la reacción como la entendemos ahora a través de la definición que de ella nos dan los hechos, y la opresión que ejercían en la historia pasada los regímenes absolutos, media una diferencia profunda: la diferencia entre la dictadura, en el sentido moderno de la palabra, y la tiranía, como la entendían nuestros abuelos republicanos que luchaban con las armas y con la pluma contra la monarquía de derecho divino.

La tiranía clásica de los pequeños príncipes del Renacimiento o de los soberanos absolutos anteriores a 1789 era más artificial, más restringida. Limitándose el campo político, vigilaba sólo las formas más visibles de la cultura, dejando que al margen de la literatura y del arte propiamente dichos, pudiera la multiforme vida del pueblo, que forja e incuba continuamente posibilidades nuevas, desarrollos inéditos. La prohibición, la censura no pasa del

[15] Luce Fabbri, *Las dictaduras y la cultura*, *Tiempos Nuevos*, Barcelona, 1-11-1935.

terreno político; y, a pesar de las trabas, la civilización podía encontrar las brechas para seguir su camino más absorbente en su esfuerzo hacia la universalidad, la Iglesia vigiló siempre todas las manifestaciones culturales viendo peligros donde no los veía el Estado. Pero las dos esferas de influencia no siempre se identificaban.

Por el contrario, hoy las dictaduras tienen o quieren tener ese carácter integral que fue siempre la aspiración de la Iglesia. Hitler quema en las plazas los libros que representan la cultura libre y los camisas pardas alimentan esas hogueras con el entusiasmo de los primeros monjes que destruían los restos de la cultura pagana. Pero si el Estado alemán ha tomado de la Iglesia la intolerancia fanática, el Estado italiano ha heredado y copiado de ella la intolerancia hábil que consigue efectos más duraderos. "La libre competición de ideas - dice Il Corriere della Sera del 9 de mayo de 1933- es una de las mentiras más burdas de la filosofía iluminista». Este concepto que era antes un concepto prevalentemente eclesiástico domina hoy toda la actitud de los Estados dictatoriales frente a la cultura.

Profundamente distintas, pues, las tiranías de ayer prevalentemente políticas, de las dictaduras de hoy, prevalentemente económicas y clasistas, también distinta será la posición que en el combate ocupa todo el mundo cultural que tiene ahora desde la Revolución Francesa en adelante otra extensión, otras bases, otras raíces que esas pequeñas y cerradas "repúblicas de las letras" de que un Boileau o un Metastasio eran directores o animadores.

He recordado tiempos que pertenecen a un pasado relativamente remoto, porque el problema "si la tiranía favorece las letras o las perjudica" siempre ha formado parte del casuitismo más o menos académico de los literatos y los críticos literatos.

ARTE Y LIBERTAD

Nada de académico tenía, sin embargo, la actitud de un Victorio Alfieri, cuando escribió que el arte que florece bajo la tiranía es arte falso, arte de puro espejismo en que la forma mata la vida. Esos versos suyos tan ardientes y tan altivos, en los que siente vibrar el orgullo de quien sólo supo encontrar el arte en la libertad y en los que resuena el desprecio hacia los poetas de Estado de aquellos tiempos, se leen hoy en Italia con un entusiasmo que los hace actuales. El grito de indignación y, de dolor del viejo poeta, que por tantos otros aspectos está bien lejos de nosotros, encuentra ahora un eco que los que están arriba no oyen, pero que oíamos nosotros en el silencio de tumba en que estábamos encerrados.

Y los que a pesar de haber abandonado materialmente la cárcel, no hemos dejado de vivir en ella con la parte de nuestra alma porque en ella viven y sufren los hermanos queridos, todavía sentimos la emoción de entonces, cuando encontramos entre los viejos libros ese desafío magnífico lanzado a la

cara de los opresores y esa fe intensa en la libertad como factor de vida, como condición del arte, como alimento indispensable de la inteligencia humana.

Pero desde los tiempos en que el ilusionismo y la Enciclopedia creaban ese mismo tipo de tirano un poco esquemático, sin variedad y sin matices que encontramos también rígido y sombrío en las tragedias de Alfieri, hasta nuestra época en que verdaderamente las cosas son más grandes que los hombres y los tipos pierden sus límites fijos y se confunden multiplicándose en la complicación de la vida, la situación evidentemente ha cambiado mucho. Han pasado los tiempos en que un hombre podía decir "El Estado soy yo". Mussolini, Hitler lo dicen, pero no son más que palabras. Basta detenerse un poco a considerar los continuos cambios de ruta de Mussolini en política interna y exterior, para darse cuenta de que la única voluntad firme que lo guía es la de mantenerse agarrado a la silla dictatorial. En todo lo demás se deja llevar por los acontecimientos.

LAS DOS FUERZAS EN PUGNA

La organización política y económica de la sociedad ha sobrecargado enormemente los elementos más heterogéneos y el hombre ya no puede abarcar todo con sus ojos, aun el más consciente, el que marcha derecho hacia un fin determinado por su libre voluntad, ve perderse sus aciones a muy poca distancia de él en el mar tempestuoso que no tolera senderos trazados y no puede seguirlas en sus prolongaciones. En este caos una realidad se está delineando marcadamente, una realidad que tiene sus raíces en los hombres, pero que parece a veces elevarse por encima de ellos, más fuerte que ellos. Es una realidad brutal, es un retorno del pasado más obscuro que se ha vestido del acero de nuestras máquinas y amenaza al mundo desde lo alto de los rascacielos. Y otra realidad se está lenta y fervorosamente abriendo camino en la selva tan enmarañada de los hombres y de las cosas: la realidad contraria que tiene en sí misma una savia más joven, un entusiasmo más puro; pero que posee menos fuerzas porque no tiene las máquinas, que sin embargo ella misma ha creado, ni tiene el dinero. Esta segunda realidad recibe toda su fuerza de la buena voluntad de los hombres, voluntad que puede ser más fuerte que las cosas, que la máquina, que el dinero, y sobre esta posibilidad se basa todo el porvenir de la civilización humana.

Estas dos grandes corrientes contrarias, la de la dictadura y la de la libertad, son, al menos en el campo espiritual y casi diría moral, las dos líneas de referencia, según las cuales se puede intentar una clasificación que nos haga comprender algo en la confusión del mundo contemporáneo. Una y otra son ahora -repito- muy distintas de lo que eran en el siglo pasado. Casi diría que son "otras"; en todo caso más radicales, más completas. La libertad ya no se conforma con el sufragio universal y la dictadura llega mucho más allá de la reacción legal y de la ley marcial. En los dos casos es la bancarrota de las

leyes. La almohadilla democrática en que iban a morir hasta cierto punto suavemente los golpes de las fuerzas contrarias se ha gastado mucho. Y el campo se divide entre los que quieren superar la democracia siguiendo su misma línea evolutiva, que está bien marcada a partir de la Revolución Francesa, y marcada con la sangre y el sudor del pueblo, y los otros que quieren borrar con la nueva moral de la violencia y del derecho del más fuerte todas las conquistas de un siglo y medio de historia. Este último es el campo en que se ha refugiado el capitalismo que ve escaparse de entre sus manos el dominio del mundo y quiere conservarlo por todos los medios. El primero sería, mejor dicho es, el campo de las fuerzas nuevas, de las fuerzas del pueblo que trabaja y que está dejando de ser un instrumento para hacerse factor de vida y de creación. El peligro mayor para el porvenir de las civilizaciones humanas está en la posibilidad de que las necesidades de la lucha o por un contagio que es frecuente entre ejércitos enemigos, las fuerzas nuevas acepten el terreno y las armas de los adversarios. Él no tiene nada que ganar en la limitación o en la supresión de la libertad.

La dictadura que humilla al hombre y destruye en él los resortes personales no puede ser un factor de vida y progreso, porque las raíces de la vida y la evolución están en la iniciativa de los individuos, de todos los individuos. El hogar, este manantial perenne y siempre nuevo no puede ser sino el último expediente de un mundo que ya ha muerto en la conciencia de los hombres y la lógica de las cosas, y quiere sobrevivir a sí mismo artificialmente en los hechos materiales. La dictadura es un fenómeno de agonía; es un absurdo aprisionar en ella un mundo que nace. No tengo que ocuparme aquí de todos los múltiples aspectos de esta cuestión. El problema cultural compendia un poco a este propósito también los otros problemas, ya que la cultura, entendida en sentido amplio, abraza todas las manifestaciones de la vida de un pueblo, sino en su aspecto exterior, al menos en su substratum. La evolución cultural de los productores les ha dado una conciencia de clase; es esta evolución cultural la que está, a paridad de importancia con otros factores, en los orígenes mismos de la crisis actual del inmundo burgués y capitalista. Y el capitalismo, nacido paralelamente a la libertad de pensamiento no tiene otro remedio ahora, si quiere prolongar su vida, que ahogar con todos los medios el irresistible impulso del mundo hacia nuevas formas. Nosotros asistimos a este esfuerzo desesperado en casi todos los grandes países, ya que, donde las fuerzas de la reacción no han llegado a adueñarse completamente del poder político, ejercen, sin embargo, sobre todas las formas del pensamiento y de la acción un control de carácter económico.

Los dos Estados en que la vida cultural, en que la dictadura cultural es más completa, más cerda, son Italia y Rusia. La primera constituye el ejemplo más típico de la dictadura capitalista; la segunda ha caído en la terrible equivocación de querer construir el porvenir con los mismos métodos mecánicos con que se conserva un pasado ya muerto. Y esta equivocación es tanto más

grave en el campo de la cultura, porque ésta siendo esencialmente vida, movimiento, desarrollo, no puede tolerar sin peligro los límites fijos, estáticos de la reglamentación oficial.

CULTURA ES LIBERTAD

La cultura se define por dos caracteres fundamentales: su libertad (que es la libertad de iniciativa de los individuos que la elaboran) y su continuidad. Ni puede detenerse como quisiera el fascismo, ni puede morir para renacer nueva, como quisiera el bolcheviquismo.

Más aún: no existe una cultura burguesa, así como no existe una cultura proletaria. Pueden existir sobreestructuras y deformaciones clasistas, es decir, económicas, a la cultura; pero en sí misma y por razones de vida, la cultura humana es y ha sido investigación desinteresada y creación espontánea.

Lo demás son escorias que hay que arrancar si no caen por sí solas. Los derechos y la existencia misma de la cultura identifican, pues, los derechos del individuo, con lo exigencias de la libertad. Muchos de los valores espirituales que costaron trabajo y sangre a nuestros padres se encuentran hoy en peligro. Las luchas penosas y gloriosas para conquistar la libertad de pensamiento (luchas que fueron un hecho, no burgués, sino humano), parecen haber sido inútiles.

Las inteligencias del hombre pueden ser salvadas sólo por las fuerzas que en todo el mundo tratan de resistir a la materialidad uniforme de las dictaduras.

Sólo estas fuerzas (que son las fuerzas de la vida misma con su libre desarrollo y no quieren, pues, servirse del espíritu humano como de instrumento) pueden crear la nueva cultura de mañana. Es el momento este de forjar sobre las ruinas un nuevo humanismo. Entre el fuego y la sangre del Renacimiento, entre las hogueras de la Inquisición y las de Calvino, nacieron el libre pensamiento, el espíritu crítico, la ciencia desinteresada.

Ahora como en esos tiempos lejanos, bajo el calor de las dictaduras, en la uniformidad de la vida estandarizada y en el desequilibrio de las conciencias, hay que buscar nuevamente al hombre que se ha extraviado, pero no ha muerto. Los soldados del inmenso ejercito sin jefes, que es el ejercito de la libertad, son los que tienen la misión de echar las bases del nuevo humanismo.

Laicismo y libertad de Enseñanza[16]



Luce Fabbri en el encuentro anarquista de "Pinar Norte", Montevideo, enero, 1997.
Documento: Diego Camacho.

Se está volviendo un lugar común la afirmación de que no se deben ni se pueden conceder las ventajas de la libertad a los enemigos de la libertad; y se atribuyen a la tolerancia democrática las victorias parciales que el totalitarismo -pese a la derrota militar del nazi-fascismo y, en algunos casos, a través de esta misma derrota- ha podido conseguir. Esta atribución es sofística. Un bien organizado núcleo totalitario puede hacer mucho daño en la sociedad, pero no tanto como las medidas legales coactivas que se tomen contra él y que conducen -por su natural fuerza de gravedad- a intensificar por distintos conductos el proceso totalitario mismo, endémico en nuestra época en todo el mundo. Totalitarismo es omnipotencia político-económica del Estado, acompañada de la formación de una casta burocrática, militar y policíaca (que incluso podría volver a ser, como en algunos antecedentes históricos, sacerdotal), identificada con el partido único o la iglesia única. Esta nueva clase dominante tiende a recoger la herencia del viejo capitalismo en quiebra.

16 Solidaridad Obrera, Suplemento Literario, París, enero, 1954, pp. 6-7.

Aumentar las atribuciones del Estado (aunque sea contra un determinado tipo de totalitarismo) quiere decir preparar el terreno para que, sobre las ruinas de un mundo capitalista hecho de injusticias e ineficiente, se instale esta forma moderna de absolutismo.

La libertad no es cómoda; es un estado de tensión constante, una conquista continua de territorios interiores y exteriores, un riesgo de todos los minutos. La obediencia ciega es pereza y cobardía de la voluntad, ofuscación de la autoconciencia, que es conciencia de la responsabilidad; la aceptación del dogma es pereza y cobardía del pensamiento. La imposición es también pereza, esa pereza característica de los "hombres de acción" frente a las dificultades del verdadero trabajo creador, que es siempre libre.

La libertad es, pues, esencialmente lo contrario de la pereza; es iniciativa, es responsabilidad, aceptación de los riesgos, tolerancia, discusión. Para que nuestros hijos se hagan hombres deben ser educados en este clima difícil y esencialmente activo, de la libertad.

Los avances totalitarios se han tenido justamente en momentos de pereza colectiva, en los cuales la democracia se hace rutina, reduciéndose a mecanismo mayoritario, separándose del fermento liberal y durmiéndose en la "inmutabilidad constitucional", es decir, en momentos en que la colectividad dejaba en manos de sus castas dirigentes -generalmente interesadas en el mantenimiento de sus privilegios económicos y políticos- toda iniciativa. El contraste entre la libertad formal de que se goza en los países democráticos y las injusticias sociales que, al amparo de todo el aparato jurídico, niegan en el terreno práctico esa misma libertad, constituye un permanente peligro totalitario. El combate por la libertad es, pues, inseparable del combate por la justicia y se confunde con él. En realidad la capacidad de resistencia antitotalitaria del cuerpo social se mide por la fuerza de iniciativa de la comunidad en su base, en este combate por la justicia económica, por la libertad individual, por la autonomía de los núcleos funcionales.

No hay mejor defensa de la libertad que la libertad misma. Esto se pudo comprobar aquí -en Uruguay- frente al peligro nazi, cuando Hitler parecía ganar la guerra. No fue una medida legislativa o policíaca, sino la vigorosa reacción popular, que impidió la repetición de hechos como la expedición punitiva de Durazno. La resistencia popular contra el servicio militar obligatorio ha sido, contra el actual aspecto suramericano del totalitarismo, un contraveneno más poderoso de lo que haya podido ser en otros países el encarcelamiento de algunos oficiales. Y donde los golpes de Estado se han producido, no han tropezado con obstáculos legales restrictivos, pero sí muchas veces con la barrera, más o menos poderosa, del pueblo en armas.

Si aplicamos estas consideraciones al campo especial de la enseñanza, veremos que el problema no varía. Tenemos reglamentos que prohiben y sancionan la propaganda política o religiosa en el aula, es decir, prohiben y sancionan determinadas acciones del profesor, para proteger de prematuras pre-

siones ideológicas la personalidad de los alumnos en proceso de formación y esto esta bien.

Ahora hay quien quisiera ir más lejos y propone hacer el proceso a las opiniones de los profesores. Se piden medidas contra los inscritos a un partido totalitario (el comunista), y contra los que no aceptan la expresión oficial de la doctrina democrática. Naturalmente entre los que piden y apoyarían tales medidas están los conservadores y ex-simpatizantes de Hitler, al lado de los que, durante la guerra, apoyaban calurosamente a los comunistas, cuando pedían medidas similares contra los "antidemócratas" de entonces. Y hoy como ayer en otros países, esas medidas restrictivas acabarían por ser aplicadas exclusivamente contra algunos totalitarios doctrinales y sinceros y todos los que combaten la actual democracia en el sentido de una mayor libertad, es decir a los militares de punta del totalitarismo, a la espera de ser empleadas en un segundo tiempo, contra los actuales demócratas a favor de un totalitarismo cualquiera, como en Praga, en Caracas o en Madrid.

Pero, dejando de lado lo que tienen de parcial e incompleto por un aspecto y de confusionista por otro, estas medidas propuestas, comentémoslas como si en realidad estuvieran dirigidas exclusivamente contra profesores totalitarios y contra todos ellos. Con el argumento fundamental que se esgrime estamos de acuerdo; todos los aspectos de la conducta del profesor forman realmente parte de su docencia, ya que la docencia no es sólo un trabajo para ganarse la vida, sino una forma (humilde y responsable a la vez) de encarar la vida.

Pero de este argumento sacamos conclusiones opuestas.

Prohibiéndonos determinadas ideas y actitudes, se les quita valor a todas nuestras ideas y actitudes. He aquí que nuestra lucha antiautoritaria fuera del aula ya no vale nada frente a nuestros alumnos, si el antitotalitarismo se impone por decreto como condición para conservar el mendrugo. Así se vacía la libertad y la democracia pierde el valor fermental que, a pesar de todo, conserva de sus orígenes revolucionarios.

El laicismo no es negativo; es positivo. No es agnosticismo: es transmisión al educando de ese mismo sentido de la responsabilidad individual, de ese mismo espíritu de iniciativa personal, que ha llevado a cada uno de nosotros a tomar una posición militante.

Pensar con cabeza propia, elegir a cada instante el camino según conciencia, responder frente a los demás de esta elección: éste es el ideal de la dignidad del hombre que presentamos a nuestros alumnos a la vez que los ayudamos, con toda la objetividad de que seamos capaces, a asesorarse para el ejercicio de esta libertad difícil. Nuestras opiniones personales para cada problema existen, pero forman parte de un vasto panorama que tratamos de presentar con toda la imparcialidad que nos sea posible.

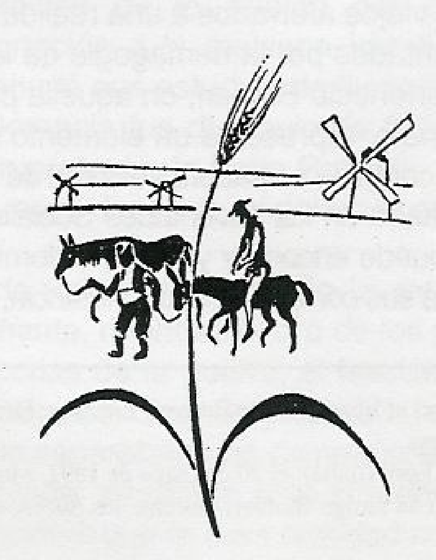
Es difícil que alumnos que hayan conocido esta atmósfera se encierren voluntariamente en un sistema dogmático. Si lo hacen es porque el dogma ha

sido hábilmente disfrazado; pero, una vez que lo hayan reconocido, reaccionan. Si no reaccionan, es que nosotros hemos fallado. No es necesario ser muchos para desempeñar esta función. Tanto es así que todo totalitarismo -en acto o en potencia- se ve obligado a eliminar a los docentes de espíritu libre, por pocos que sean. Para encerrar a la juventud hay que tapiar todas las ventanas.

A pesar de esto, la existencia de profesores totalitarios es un peligro que hay que combatir; pero somos nosotros los soldados de este combate y nuestra arma es el laicismo, libre de todo dogmatismo religioso, político, nacional.

Hay que afrontar el peligro, ya que éste forma parte de la naturaleza misma de la libertad. Las medidas represivas entrañan un peligro mucho mayor en cuanto matan lo que pretenden defender; tienden a crear esa atmósfera de temor, de conformismo, de hipocresía, que es como la aceptación anticipada de la servidumbre. Malo sería que se adoptaran: mucho peor que los profesores las dejaran implantarse sin resistencia, otorgándoseles a los totalitarios la doble ventaja de la persecución previa que ennoblece a los ojos de la juventud las causas más injustas, y de la preparación del terreno espiritual y de las armas legales coactivas para consolidar un eventual triunfo futuro.

Única posible solución, única solución nuestra: la aceptación de los peligros de la libertad para nosotros y para las nuevas generaciones que nos hacemos a veces la ilusión de formar y que en realidad se forman solas, tomando de nosotros sólo una parte de lo mucho que quisiéramos darle: conocimientos que consideran como instrumentos y -si lo merecemos- el ejemplo; casi nunca las opiniones.



Camilo Berneri[17]


Camilo Berneri

Berneri perteneció a aquella generación trágica que vio interrumpido su desarrollo por el sangriento paréntesis de la guerra mundial. Muchos no salieron jamás de este paréntesis abierto en la vida europea. Los otros, los que lograron reanudar después su proceso de formación espiritual, quedaron marcados por las huellas de ese período de pesadilla. Su destino fue ser los puentes sobre el abismo, ese abismo que ellos habían explorado, para salir de él con la palidez que se adquiere en las tinieblas. Los hombres maduros habían vivido la tremenda experiencia como se vive la catástrofe material de un terremoto y de un incendio. Para los jóvenes cuyos huesos y cuyas almas no habían adquirido aún solidez, la guerra fue un crisol. Ellos comprendieron el mundo nuevo que salió de la guerra, porque lo habían visto nacer en ellos mismos y en sus coetáneos. Le comprendían mucho mejor que sus hermanos más jóvenes que, sin recuerdos anteriores ni términos de comparación, no distinguen lo ficticio de lo real en la contradictoria y caótica situación presente.

Por esto, entre los viejos aferrados a una realidad que murió y los «menos de treinta años», desorientados por la demagogia de las dictaduras postbélicas, la generación a la que perteneció Berneri, en aquella parte que salvó su sistema nervioso del destrozo terrible, representa un elemento necesario de continuidad.

Antes de que Italia, contra la verdadera voluntad de su pueblo, interviniera en la guerra, Berneri había militado en las Juventudes Socialistas. A los dieciocho años, con una carta en que se puede encontrar ya el tono dominante en su vida futura, se despide afectuosamente de sus compañeros, de militancia, para declararse anarquista.

---

17 Prólogo de Luce Fabbri al libro, Camilo Berneri, *Ensayos*, Editorial Tierra y Libertad (Etyl), Barcelona, enero, 1939, 296 pp.

Camilo Berneri nació en Lodi (Italia), el 20 de mayo de 1897. Murió en Barcelona el 5 de mayo de 1937, asesinado, junto con su amigo Barbieri, durante los Sucesos de Mayo, por los comunistas stalinianos.

Sobre él, véase: Carlos Rama, *Camilo Berneri. Guerra de clases en España (1936-37)*, Ed. Tusquets, Barcelona, 1977; Fancisco Madrid Santos, *Un anarchico italiano (1897-1937). Rivoluzione et contrarivoluzione in Europa (1917-1937)*, Pistoia, 1985.

Anarquismo era y fue siempre para él austeridad y sacrificio. Sediento de realizaciones concretas, veía, sin embargo, nuestro movimiento y nuestra acción, sobre todo, bajo un aspecto moral. Ya en ese entonces, a los diecinueve años, la realidad presentó a su joven conciencia el primer problema angustioso. Su privilegiada condición de estudiante lo coloca fuera de las filas de los soldados rasos y lo obliga a seguir el curso para oficiales: posición incómoda para su espíritu libertario. Escribe entonces a su madre: «Los peligros y las incomodidades del frente no son nada en comparación con las responsabilidades que pesan sobre los oficiales. Son responsabilidades terribles, no sólo ante los superiores, sino, también y sobre todo, ante la conciencia. Hay casos en los que matarse es la solución más lógica y hacerse matar una necesidad moral. Los problemas que nos presenta la conciencia son más terribles que las balas austríacas y los gases asfixiantes». Había pensado en desertar (eso por lo menos parece desprenderse de otra carta de ese mismo período), pero el respeto hacia las ideas de la madre, que hubiera sufrido muchísimo de realizarse ese proyecto, lo retiene. Lo que no impidió que, poco después, se hiciera separar de la Academia militar por propaganda subversiva.

Tenía alma de poeta y, en el frente, los horrores que presencia y los peligros que corre no le impiden ver la solitaria grandeza del campanario de la aldea entre los proyectiles enemigos, así como, en el hospital de sangre instalado en una villa patricia, el hedor de los desinfectantes y de la gangrena no le impide observar el dramático contraste entre los blancos y serenos mármoles que representan a los héroes de Homero y las caras angustiadas y deformadas de los heridos.

Pasó la guerra, porque todo pasa, aun lo que parece interminable. Berneri no había terminado, sin embargo, su servicio militar. A pesar de esto, participó en la preparación de la huelga del 20-21 de julio de 1919. Consecuencia: su deportación a la malsana isla de Pianosa, en el Tirreno. Vuelto a la vida civil, reanudó sus estudios de filosofía y la lucha por sus ideas. En la Universidad de Florencia fue discípulo de Salvemini, el gran historiador italiano, que fue también profesor de Nello Rosselli, el asesinado de Bagnoles y que debe sentir ahora, en el destierro, el doloroso orgullo de haber sido maestro de mártires.

Fue un período de trabajo intenso. En la calle hervía la pasión de un triunfo que parecía inminente, mientras el oro de los grandes terratenientes iba preparando, con las escorias de la guerra, el fascismo. Berneri participaba en la lucha, y no sólo con artículos. Cuando volvía a su mesa de trabajo, en aquella casita alegre, donde lo esperaban una compañera valiente y dos nenitas llenas de inteligencia y de vida, se abrían ante él todos los horizontes de la cultura. Y, con ese ímpetu juvenil que la dura realidad no consiguió nunca disciplinar, se lanzaba en mil direcciones distintas, queriendo saberlo todo, abarcarlo todo, sufriendo ya terriblemente de la tortura de toda su vida: el contraste entre su limitación -inherente a la condición humana- y su infinita sed de conocimiento.

Su amor hacia los hombres -que lo llevó al destierro, a las cárceles de media Europa, a España gloriosa, a la muerte- se manifestaba también en ese afán de comprensión que lo inducía a estudiar la vida de los santos medievales, a seguir en los documentos la historia de una idea de una costumbre, de una superstición. Durante su breve existencia leyó enormemente y con orden, amontonando fichas y resúmenes; método de trabajo que indica no sólo seriedad, sino también modestia.

Ese interés por el pasado, ese deseo de revivir la vida y el pensamiento de los demás, la atracción hacia los campos infinitos de la investigación filosófica chocaban continuamente, en la práctica, con las necesidades de la acción revolucionaria que suele exigir todo el tiempo y todas las energías de los que se dedican a ella. Por esto para la incontentable conciencia de Berneri, el estudio era a menudo un lujo, que se resolvía en un remordimiento y en una mayor dedicación a los problemas prácticos de la lucha. Se recibió e inició su carrera de profesor de segunda enseñanza en un momento extremadamente difícil. Lo veo aún, en una minúscula fotografía de aficionado, rodeado por sus discípulos del liceo de Camerino: parecen camaradas de la misma edad. Y la diferencia, en efecto, no debía de ser mucha.

Pero enseñar bajo el fascismo, significa doblegarse. Y Berneri abandona la enseñanza secundaria (como Salvemini y Carlos Rosselli la superior, Luis Fabbri la primaria) para ir al destierro.

Y comienza la cadena de condenas y expulsiones. Contra el fascismo, Berneri no combatió sólo con la pluma. Mientras estudiaba y escribía, mientras trabajaba de peón de albañil y de pintor, en el intervalo entre una detención y otra, conspiraba, como los italianos expatriados durante el Resurgimiento. El ejemplo de Mazzini lo entusiasmaba.

En 1930, tuvo un «infortunio» que lo hizo sufrir terriblemente, más que todos los otros sinsabores del destierro. Un agente provocador enviado del Gobierno italiano logró granjearse su confianza y lo traicionó después, comprometiéndolo, junto con otros antifascistas, frente a las autoridades francesas. Las calumnias de los adversarios, el abandono de muchos que antes se decían amigos, el silencio de otros, hicieron de ese período que pasó en la cárcel una larga tortura, aliviada, sin embargo, por los afectos familiares por la solidaridad de sus compañeros anarquistas. Pero el proceso fue luminoso. Reivindicando para sí toda la responsabilidad de lo acontecido, agravó su situación y prolongó la duración de su pena, consiguiendo con esto que fueran absueltos todos los otros. El sufrimiento fue tan grande que, después de la prueba, le pareció haber renacido moralmente, con una personalidad más madura, sin la confianza de antes en los hombres, pero con el mismo amor hacia ellos.

Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Alemania... Sus peregrinaciones de caballero andante tuvieron una pausa con el cambio de orientación experimentado en 1936 por la política francesa. Volvió a París con los suyos y acaso soñaba una vez más con un período de trabajo tranquilo, del que debía salir el

libro fundamental, fruto de tantos años de experiencias directas, de estudios, de meditación, cuando le llegó el eco de los tiroteos de julio en las calles de Barcelona. No vaciló un minuto en partir para Cataluña. Desde ese momento su vida fue consagrada a España. Colaboró con Carlos Rosselli en la organización de la sección italiana de la columna Ascaso. A pesar de su frágil salud y de su sordera estuvo en el frente y participó en la batalla de Monte Pelado. En Barcelona, tuvo su parte en la afiebrada actividad reconstructiva del primer período, a la vez que examinaba, con el ojo crítico del historiador, los documentos hallados en el Consulado italiano y se ocupaba del abastecimiento de la columna italiana antifascista que operaba frente a Huesca. Mientras escribía sus ideas sobre la situación (no siempre coincidentes con las de los demás) en la hoja Guerra di Classe, fundada por él, observaba, en su conjunto, la epopeya revolucionaria. Sus cartas de este período, publicadas en el libro Pensieri e battaglie, nos hablan de su estado de ánimo de exaltada abnegación (lo que no excluye ni la ironía ni el sentido crítico) en los meses de su actuación en España. Cito algunos párrafos al azar:

«Hoy trabajé bien y, como recompensa, tendría derecho a vuestra compañía. Pero toda renuncia parece insignificante frente a la santidad de la causa; y si la nostalgia es fuerte, la fe es más ardiente que nunca. Nunca, como ahora, me he sentido consagrado a mi destino». (A su familia. Diciembre 1936). «Si pudieras estar aquí conmigo comprenderías la grandeza de la causa de España. ¡Si tú vieras cómo todo aquí habla de un pueblo en marcha!... Cualquier cosa que acontezca, se hizo bastante para asegurar la semilla del futuro. Habría que matar a todo el proletariado español para hacer desaparecer el recuerdo de esta época... Siento profundamente que este período me ha hecho mejor bajo muchos aspectos». (A su compañera. Septiembre 1936). «Mi cabeza se ha puesto nuevamente a trabajar, pero en forma distinta de la acostumbrada. No pienso sino en esquemas de programas, en problemas de táctica, en la organización de servicios... Tengo, pues, un cerebro miliciano. Paso del Comité Regional al de Guerra, del Comité de Investigación al Consejo de Economía...» (Idem. Septiembre).

Dedicó los primeros meses de 1937 a su libro sobre las Baleares, mientras seguía trabajando en Guerra di Classe y ocupándose de los voluntarios italianos y de muchas cosas más.

Llegaron los días trágicos de mayo. El 3, escribía a su compañera: «Es extraordinario ver cómo me tonifica moralmente una atmósfera de tempestad. Esta tarde, me siento puro, todo voluntad; y me parece como que mi corazón se hiciera muy grande».

Esa noche la pasó en vela escribiéndole a su hija mayor sobre las ideas desarrolladas por Kropotkin en El apoyo mutuo, sobre marxismo y otros problemas teóricos, para terminar con aquella página de todos conocida, que, escrita en horas de intensa emoción y para ser leída sólo, por los seres más queridos, constituye hoy, a nuestros ojos, su testamento espiritual.

¡Al día siguiente, lo asesinaron!

Murió por sus ideas, murió por haber dicho valientemente y siempre la verdad. Él hubiera querido sacrificar su vida para salvar a Bilbao, que en ese entonces estaba a punto de caer. El destino le deparaba otra muerte. Pero su sangre, mezclada con la de millares y millares de héroes, contribuirá, como él quería, a salvar a España, a salvar al mundo, de la nueva barbarie.



Camilo Berneri, Domingo Ascaso, Pedro Tufró y Alfredo Martínez.
Los Sucesos de Barcelona, Ediciones Ebro, Valencia, mayo, 1937.
Documento: A. F..

Simón Radowitzky en el Uruguay[18]



Simón Radowitzky

No voy a consultar archivos, ni a revolver los papeles que duermen en algún baúl desde hace un cuarto de siglo. Un día u otro habrá que hacerlo, para hablar de Simón Radowitzky desde el punto de vista de la historia. Durante veinte años su nombre ha sido un símbolo para los trabajadores de América del Sur, especialmente, como es natural, para los argentinos, que se agitaron muchas veces para obtener su liberación del presidio de Ushuaia, adonde había sido enviado aún adolescente, y donde vió perderse, entre persecuciones mezquinas y con la única perspectiva de la locura o la muerte, los años mejores de su vida. Habrá que hojear la colección de La Protesta y de su Suplemento para reconstruir la historia de esos años, releer esas cartas conmovedoras que el preso, muy de tarde en tarde, conseguía hacer llegar a sus compañeros libres y activos en Buenos Aires y delinear sobre estas bases, para los jóvenes, su recia figura de militante. Hoy, bajo la penosa impresión de su muerte, prefiero dejar hablar mis recuerdos.

Liberado del presidio en 1930, por la presión de las manifestaciones populares que se sucedían en su favor y que parecían, en la Argentina, la continuación de las que habían sacudido la América entera en un estéril esfuerzo de salvar la vida de Sacco y Vanzetti, fue inmediatamente expulsado y, conforme a la tradición de ambos países platenses, embarcado para el Uruguay.

Yo también, en ese entonces, era aquí una "recién llegada" y estaba tratando, con mis padres, de superar lo más rápidamente posible el período, ineludible, de la aclimatación espiritual. Simón vino a vernos con unos compañeros en los primeros días de su estancia en Montevideo. Y enseguida fuimos amigos.

Era un alma sencilla y sincera, sin complicaciones ni "complejos", que salía del infierno con la misma profunda honestidad y con el mismo amor confiado por sus semejantes con que había entrado en él: un alma milagrosamente

18 Simón Radowitzky (Stepanitz, Ucrania, 10 de octubre, 1889 - México, 29 de febrero 1956). Texto de Luce Fabbri en el libro de varios autores: *Agustin Souchi, una vida por un ideal*, Ed. Grupo de Amigos de Simón Radowitzky, México, 1956. (Archivo Juanel y Lola).

invulnerable. "Simón, un niño grande", decían los compañeros que no podían explicarse de otro modo esa confianza en la vida en quien había pasado por las más horrorosas experiencias. A mí me parecía en cambio el resultado de una fuerza interior, madurada en el sufrimiento, que había luchado para devolver intacto a la gran familia de los que luchan por la libertad, un espíritu de veinte años en un cuerpo de cuarenta, prematuramente envejecido por los padecimientos. No se debía esa confianza juvenil a las ilusiones de la ingenuidad, sino al optimismo sereno del "hombre de buena voluntad". Si los peores delincuentes, en Ushuaia, se tragaban en su presencia las palabras soeces, no lo hacían por compasión hacia, el niño, sino por respeto hacia el hombre.

Después de tantos años de frío, de nieve, de hielo, era agradable para él tenderse al sol en una de estas hermosas playas del Uruguay. Hablaba de sus penas de presidiario para contestar las insistentes preguntas de los compañeros y de los numerosos amigos que su patética fama le había procurado. Pero, si se le dejaba la iniciativa de la conversación preguntaba y preguntaba. Debía compensar más de veinte años de ausencia de la vida común de los hombres; cuando lo mandaron a presidio no había tranvías y las mujeres ocultaban enteramente sus zapatos bajo amplias y largas faldas; ahora todo había cambiado: la vida política, el trabajo, las relaciones humanas, el paisaje. Debajo de una frente ya arrugada, dos ojos jóvenes miraban la vida con perpetuo y siempre renovado asombro y al mismo tiempo con la seguridad de quien tiene un criterio moral formado y no está dispuesto a dejarse influir, en ese terreno, por los más inesperados descubrimientos.

Trabajaba, y, con los primeros pesos ganados compró regalos: regalitos modestos, pero de buen gusto que no se comprendía cómo hubiera podido adquirir, para amigos e hijos de amigos. Yo, que había recibido una hermosa cartera, me creí obligada a reprocharle estas prodigalidades.

Me miró sinceramente dolorido y me dijo en voz baja e intensa: "¡Hace tantos años que no experimentaba el placer de regalar algo!" Y quedó triste, porque le había estropeado ese placer.

Ahora, mirando su figura en el recuerdo, me parece que su rasgo típico era la gentileza, aquella gentileza profunda hecha de amor a los hombres y de escrupulosidad moral y de pudor íntimo, gentileza que se traduce generalmente en una natural cortesía, pero puede expresarse en brusquedad, en cuanto a la sensibilidad moral llegue a ser tocada.

De su vida de militante en el Uruguay otros pueden hablar con mayores conocimientos y más orden, y espero que lo hagan. Yo puedo mencionar algunos momentos de ella y en primer término su actitud frente a la dictadura argentina de Uriburu, que se instaló en la vecina orilla a través de un golpe de estado militar, al poco tiempo de estar Simón entre nosotros. Fue desde el comienzo una actitud de acción directa. Se había sabido que, en un barco italiano en viaje hacia Europa, el gobierno argentino había embarcado a algunos militantes de izquierda, europeos, con destino a su país de origen (todavía no había

caído Primo de Rivera en España y el fascismo estaba en su apogeo en Italia). Se había sabido también que el hecho inaudito de violación del derecho de asilo se repetiría en los sucesivos viajes trasatlánticos. Demasiado tarde ya para salvar a los deportados del primer envío, hubo que improvisar algo en favor de los del segundo. Simón tomó la iniciativa más sencilla y eficaz: en unas lanchas, él y unos cuantos compañeros más, rodearon al buque atracado en un muelle del puerto y treparon a bordo, obligando al personal desprevenido a abrir los camarotes cerrados con llave y a dejar salir y desembarcar a los detenidos. En los viajes sucesivos esta tarea fue desempeñada, bajo la presión popular, por la misma policía uruguaya; pero no hay duda de que esa firme e inesperada actitud de algunos individuos en el primer momento tuvo una importancia decisiva para trazar la línea de conducta ulterior del gobierno uruguayo. Montevideo dió asilo una vez más a miles de refugiados argentinos, cuya presencia contribuyó a disipar cierta modorra. Se formó un "Comité contra los dictadores de América", del que formaban parte argentinos, uruguayos, peruanos, bolivianos, sin contar a los refugiados españoles e italianos en proceso de asimilación. En este ambiente vivía y actuaba Simón Radowitzky, quien nunca dió señales de envanecerse por la celebridad y la simpatía de que estaba rodeado su nombre, ni por la deferencia con que le trataban las personalidades más conocidas de los grandes partidos, con algunas de las cuales mantuvo vínculos de amistad personal; siempre y en todas partes afirmaba, modesta, pero firmemente, su calidad de anarquista.

Con esta firmeza suya se vincula otro recuerdo que tengo de él. En marzo de 1933 se reunió en Montevideo un Congreso Antiguerrero latinoamericano, uno de los tantos que organizan de vez en cuando los comunistas para las conveniencias de su propaganda. Eran los tiempos de la guerra del Chaco y los compañeros uruguayos y argentinos decidieron intervenir para reafirmar su posición antimilitarista y confrontar actitudes. Participábamos en representación de centros, ateneos, sindicatos, más de treinta anarquistas, entre un número enormemente mayor de comunistas y simpatizantes; había además dos jóvenes trotskistas (nunca vi mayor soledad afrontada con tan frío valor). Estaban, entre los anarquistas, Simón, Cotelo, mi padre, Lunazzi, Leval, Roqué, Fleitas, Hugo Fedeli (Treni, en ese entonces), etc. Algún día habrá que contar ese congreso, que constituyó para mí y para muchos de los jóvenes de aquel entonces, una experiencia valiosa. Hoy quiero hablar sólo de Simón. Los organizadores trataron de separarlo de nosotros por medio del aplauso dirigido que recibió constantemente su nombre, no sólo por parte de los congresistas, sino también de las tribunas repletas de incondicionales. En medio de atronadoras aprobaciones fue elegido miembro del "presidium de honor" que se sentó en el escenario del teatro en que se celebraba el congreso. Al principio se resistió, mas luego le convencimos de que aceptara, para evitar los roces del primer momento. Pero, después que los encargados de presentar las relaciones hubieron terminado con su cometido (los comunistas hablaron contra todos, sin

mencionar casi el problema de la guerra, mientras Leval, Roqué y Cotelo, que hablaban en nombre nuestro, se ciñeron estrictamente al tema, con una documentación cuidadosamente recogida), fue inútil reclamar el derecho a la discusión. El manifiesto final había sido preparado de antemano, evidentemente lejos de aquí por quienes desconocían los problemas sudamericanos. A nuestro primer intento de manifestar nuestra discrepancia, fuimos tratados con una desconsideración tan insultante que, sin consultarnos previamente, nos levantamos para retirarnos. Simón también se levantó, bajó del estrado en silencio y salió con nosotros. Su presencia impidió acaso que el conflicto pasara de las palabras a los hechos, pero su actitud firme frente a quienes acababan de rodearlo de una atmósfera de adulación contribuyó también a abrir los ojos de muchos "compañeros de rutas", algunos de los cuales salieron del teatro con nosotros.

Me doy cuenta de haberme extendido más de la cuenta sin haber hablado aún de lo más importante: la actividad que desarrolló Radowitzky aquí en el período más penoso de la historia contemporánea uruguaya, el de la dictadura de Gabriel Terra, instaurada, a través de un golpe de estado, el 31 de marzo de 1933. Empezó entonces un trabajo de tipo conspirativo, en el que generalmente los que no están ocupados en los mismos detalles ignoran, aún viéndose a menudo, lo que hacen los demás. Sólo algo más tarde supe por qué estuvimos un tiempo largo sin ver a Simón; estaba empeñado con Virgilio Bottero, Carlos M. Fosalba -excelentes compañeros médicos hoy fallecidos- y algunos otros en un trabajo de propaganda clandestina. Unos escribían, otros preparaban las matrices, Simón, recluido en la casa de otro médico amigo, se dedicaba a imprimir a mimeógrafo ese material, que luego se repartía de noche.

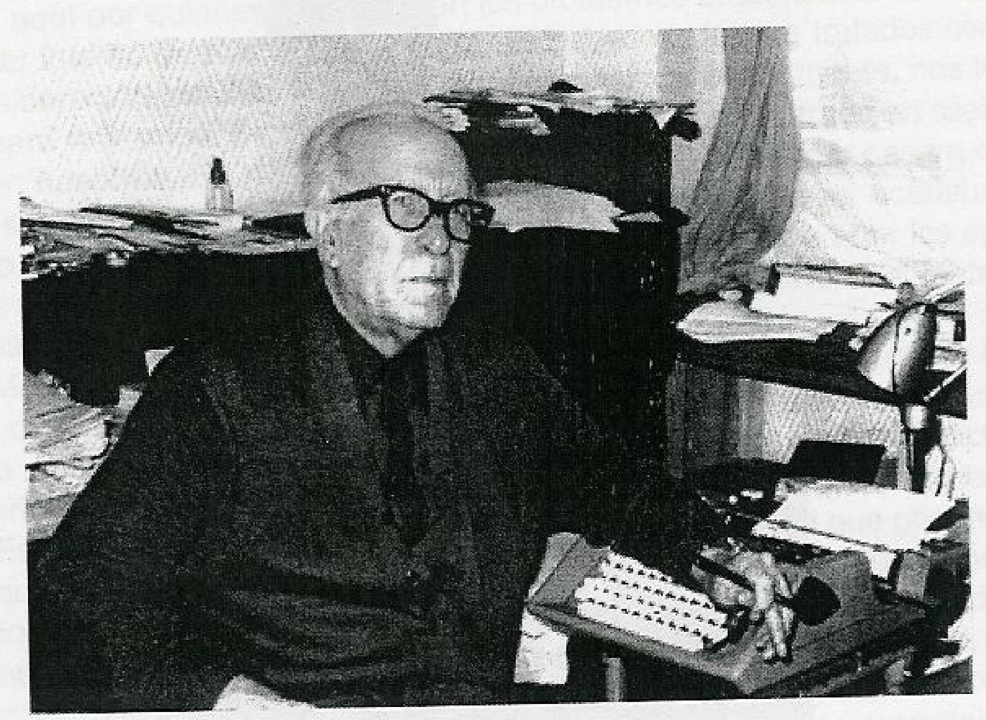
Como consecuencia de su actividad contra la dictadura, fue detenido más tarde y llevado a la Isla de Flores, adonde habían sido reunidos los principales políticos opositores. Cuando estos últimos recuperaron la libertad, Simón se quedó solo en la isla; el dictador se acordaba de Falcón y tenía miedo. Pero no le tenían miedo al presidiario de Ushuaia los hijitos del comandante de la isla, que se pasaban horas y horas con él y lo querían. Llegó en ese entonces un ofrecimiento de asilo, acompañado de halagadora promesas, por parte de Rusia, que hubiera permitido a Simón recuperar su libertad y asegurar su porvenir. El preso contestó que no podía aceptar ofrecimientos de un gobierno que perseguía a sus compañeros. Trasladado a Montevideo y amenazado de deportación por la ley de indeseables, fue defendido por el Dr. Frugoni, el líder del Partido Socialista uruguayo, quien al final logró que lo pusieran en libertad.

Al año siguiente Simón nos dejó para irse a España a combatir contra Franco. Pero el resto de la historia la contarán otros. A partir de la derrota española ya no supe muchas cosas de él. Recibí la noticia de su llegada a Méjico, junto con una dirección; no le escribí enseguida y el tiempo fue pasando. La carta que pensaba mandarle nunca fue escrita, y aquella buena amistad se transformó en recuerdo, uno de los mejores recuerdos de mi vida.



Radowitzky en la guerra española.
Documento procedente del archivo Juanel y Lola, facilitado por su hijo Helenio Molina.

Santillán en el recuerdo[19]



Diego Abad de Santillán, Madrid, diciembre, 1976.
Foto: Federico Arcos.

El primer encuentro fugaz con Santillán fue en mi adolescencia, en Bolonia (Italia), en los primeros años de la década de los años veinte. Él volvía de Alemania, donde había cursado estudios y encontrado a la compañera de su vida y, antes de embarcarse para la Argentina, pasó por mi casa para conocer y saludar a mi padre. Joven aún, daba la impresión de una gran madurez, matizada por el asomar intermitente de una actitud fresca, casi infantil, hacia la vida, que era su originalidad. Conservaba ese contraste la última vez que lo vi, hace unos años en Buenos Aires, cuando estaba a punto de partir (y fue la última vez) para su España.

Le había hablado por teléfono para decirle que estaba de paso y, no quedándome tiempo para una visita, le enviaba un abrazo telefónico. Me había contestado:

19 Luce Fabbri, "Santillán en el recuerdo", en *Diego Abad de santillán. Un anarquismo sin adjetivos*, Revista *Anthropos*, núm. 138, Barcelona, noviembre, 1992, pp. 70-71. Véase también Revista Anthropos, Suplemento *Diego Abad de Santillán*, núm. 36, enero, 1997; y Carlos Díaz, *Abad de Santillán, semblaza de un leonés universal*, Ed. I.A.F., León, 1997, 312 p.

"Hazte el tiempo para venir, porque no va a haber otro encuentro". Corrí, asustada pero lo hallé como siempre, como aquella primera vez, canas y arrugas aparte.

Pero él sabía -y me lo dijo muy serenamente- que el fin estaba próximo, porque, por primera vez en la vida, le costaba escribir un artículo. Luego habló de muchas otras cosas, de la situación argentina y de la de España, con la penetración, la ironía afectuosa y el entusiasmo de siempre.

Una hermosa vida: larga, plena, volcada hacia los demás, activa y valiente en todos sus minutos y con una estela fecundada en nuestras aguas tumultuosas, una estela que aún no se ha borrado, que no vamos a dejar que se borre.

Después del encuentro boloñés, lo volví a ver aquí en Montevideo, en 1929, cuando llegamos huyendo del fascismo italiano. Vino desde Buenos Aires para conversar acerca de la página italiana que iba a salir por obra de mi padre en La Protesta, que en ese entonces él dirigía junto con Arango. Lo acompañaba Fontana, el administrador, si no me equivoco.

En diciembre de ese mismo año fui a Buenos Aires, en los ambientes anarquistas, se respiraba la atmósfera pesada creada por el asesinato de Arango. Los compañeros me avisaron que también la vida de «Santi» corría peligro. Pero a su lado no se sentía -aun dentro del dolor y de la indignación del momento- la menor tensión.

Y fue esa serenidad íntima la que le permitió dominar situaciones tan difíciles como la de Barcelona en julio de 1936 con todo lo que siguió, y escribir en plena guerra cosas necesarias, pero peligrosas para él. Era valiente, no por arrojo, sino por ese fundamental equilibrio interior que le permitió mantener, en el decisivo trance español, esa tolerancia hacia las posiciones ajenas que es el fundamento de una conducta libertaria.

Decía -y escribía- siempre lo que pensaba, aunque fuera distinto de lo que había dicho o escrito el día anterior. Tenía, por así decirlo, el pensamiento por fuera. Era su particular forma de honestidad intelectual, que le procuró, por cierto, serios inconvenientes. A través de sus escritos se puede seguir todo su proceso mental, con las dudas, las dificultades, las lentas sedimentaciones, los influjos externos asimilados o rechazados, las iluminaciones repentinas, el recorrido riguroso de las etapas que llevan a una conclusión.

Su enorme capacidad de trabajo, unida a una multiforme curiosidad intelectual, le permitió dejarnos una obra impresa de gran volumen y muy diversificada, que espera aún al estudioso que la analice.

Pertenecía a la clase de gente que «hace la historia». Y habrá que estudiar su producción de historiador, creo, teniendo en cuenta su calidad de hombre de acción, a pesar de que en su relato la autobiografía tiene poca o ninguna parte y la línea directriz viene de la objetividad de un Max Nettlau, sea que se trate de la historia del movimiento obrero o de sus monumentales Historia Argentina y Enciclopedia Argentina.

El otro ámbito de su obra, el teórico, está caracterizado por la seguridad de las ideas fundamentales aplicadas a una realidad cambiante y cada vez más polifacética, que exige un constante replanteo. En este replanteo, Santillán es ante todo honesto: no rehuye dificultades, ni oculta dudas. Un estudio global de todos sus escritos teóricos sobre el anarquismo y sobre la situación mundial en los distintos momentos será sin duda fecundo y es necesario que se haga.

Un tercer aspecto de su labor es la traducción. Santillán fue traductor toda su vida. Se trata de un trabajo generoso, dirigido a hacer conocer el pensamiento de los demás. Hay que ser auténticamente modesto para dedicar tanta parte de la vida a esta tarea.

Traducía indiferentemente (y, a veces, al mismo tiempo, dada la necesidad) del alemán, del inglés, del francés y del italiano. Es incalculable lo que el movimiento anarquista le debe por esa tarea trabajosa y sin brillo, que permitió que se difundieran en España y en América Latina obras que reflejaban el pensamiento libertario de muchos países distintos. Para eso Santillán sacrificó muchas veces sus propias posibilidades.

Tuvo el poder a su alcance y no cayó en la tentación. Si transigió en algunos momentos fue porque lo creyó absolutamente necesario. Es probable que se equivocara en esta creencia, pero en este caso fue una equivocación sincera y la experiencia no dejó rastro en él; no fue de esas mariposas que se queman las alas en la llama del poder y quedan marcadas para siempre. Se encontró con una responsabilidad tremenda que recaía sobre él en una situación límite, presionado por las exigencias simultáneas y contrarias de la guerra y de la revolución, sabiendo que la revolución sería victoriosa sólo si se ganaba la guerra, pero que la guerra estaba matando a la revolución.

Hizo lo que creyó necesario en cada momento y, cuando todo terminó, fue al destierro con una gran amargura, pero con el mismo espíritu libertario de siempre. Y recuperó muy pronto esa increíble capacidad de entusiasmo, que fue una de sus características, la que permitió atravesar incólume por tantas vicisitudes.

Valdría la pena que un nuevo Max Nettlau escribiera su vida.

Jacobo Maguid (1907-1997)[20]

Sabíamos, todos que tenía muchos años, pero, acostumbrados a saberlo allí, a su puesto de lucha, acostumbrados al ritmo regular de su trabajo, nos dejamos tomar de sorpresa por su desaparición. Por eso el golpe fue más angustiante.

Me piden que escriba yo las palabras de despedida para El Libertario, que fue su último medio de expresión, su último terreno de trabajo. Tendría, pues, que hablar en nombre de todos. Pero es difícil para mí transmitir mi estado de ánimo, que no consiste sólo en el desgarramiento de la separación, sino que es también de una gran soledad en mi generación que era la suya, generación que está cerrando su ciclo en este final de milenio. No lo intentaré y, en cambio de hablar de la desolación en que nos deja esta muerte, trataré de hablar de la fecundidad de esa larga vida. Porque, hermano Maguid, tu tuviste suerte, pues dejaste mucho: muchas ideas, una organización en marcha, libros, un gran ejemplo y muchos recuerdos de creación y de lucha.

Hablar de Jacobo Maguid, alias Macizo, alias Jacinto Cimazo, quiere decir recorrer con la mente toda la historia argentina del movimiento libertario desde las postrimerías del régimen de Yrigoyen hasta la actual prolongada y borrascosa convalecencia posdictatorial.

Maguid era santafesino, pero realizó estudios universitarios en La Plata, donde, ya ganado por las tendencias libertarias, formó parte del grupo IDEAS, que tenía un perfil muy propio dentro del movimiento anarquista argentino y cuya importancia se ve mejor ahora, con la perspectiva del tiempo transcurrido. Allí estaba Lunazzi, allí estaban José Grunfeld y sus hermanos David y Rafael. El compromiso con las ideas anarquistas fue serio para el joven estudiante de Ingeniería, tan serio que lo llevó a interrumpir su carrera para hacerse redactor de La Protesta cuando, al salir de la dictadura uriburista, la publicación intentó resurgir por obra de Santillán, que estaba casi solo en la empresa y necesitaba ayuda. Tanto bajo Uriburu, como durante esta aventura periodística (que fue breve, pues al poco tiempo La Protesta fue clausurada por las autoridades), Maguid conoció repetidas veces la cárcel.

En un remanso, reanudó su carrera de ingeniero civil y la concluyó brillantemente, para luego ejercer con éxito la profesión a lo largo de muchos años, hasta la jubilación. Pero su trabajo profesional no fue nunca obstáculo para su apasionada militancia. Sus giras de propaganda para preparar la organización

---

[20] Luce Fabbri, *Jacobo Maguid (1907-1997)*, en *El Libertario*, núm. 38, Buenos Aires, septiembre-octubre, 1997, p. 4. (Documento: Eduardo Colombo).

del movimiento anarquista a nivel nacional y en defensa de la inocencia de los presos de Bragado le llevaron a todos los rincones de la República Argentina.

Se puede decir que su biografía tiene como ejes dos hechos fundamentales, uno continuativo y el otro puntual, ambos definitorios de su personalidad. El primero es el haber colaborado en la fundación y luego haber asegurado la vida de la organización del anarquismo llamado específico en la Argentina después de la pérdida de la hegemonía libertaria en los sindicatos. El otro fue su ida a España y su actividad allí durante el breve e intenso período de la revolución en la península.

Su nombre es inseparable de la historia de la F.L.A. (Federación Libertaria Argentina), desde los tiempos preparatorios del CRRA (Comité Regional de Relaciones Anarquistas), fundado en el Congreso de 1932, y, luego, de la FACA (1935, Federación Anarco-Comunista Argentina), que fue el primer nombre que tuvo la organización. A dar aliento a ese oscuro trabajo organizativo, a reafirmar convicciones y a renovar entusiasmos vino de golpe la gran luz de España. Maguid es alcanzado en plena gira para la defensa de los presos de Bragado por la carta de la secretaría del CRRA que le anuncia que ha sido nombrado delegado para que vaya, en nombre de la organización, a colaborar con el poderoso esfuerzo de los compañeros españoles. Deja todo y vuelve a Buenos Aires, desde donde se embarca para España con Jacobo Prince, José Grunfeld y Anita Piacenza, que eran sus compañeros de misión.

Al llegar, se encontró con que tenía ya su actividad fijada: la dirección del periódico Tierra y Libertad, que Santillán, empeñado en otras tareas, había dejado vacante y en ese momento era desempeñada por otro compañero. Tuvo, además, el cometido de colaborar con el Comité Regional de Cataluña. La redacción de un periódico es una buena ventana para observar el panorama político-social de un país. Y la experiencia que se desarrolla bajo sus ojos era fascinadora. La anarquía, como él la concebía, estaba pasando de la utopía a la historia en forma concreta, bajo los bombardeos nazifascistas, con la mayor parte de los militantes en el frente y a pesar del sabotaje, cuando no de la oposición abierta del Partido Comunista, que lideraba en esto las tendencias más conservadoras de la España republicana. En octubre de 1938 Maguid deja la dirección de Tierra y Libertad para no intervenir en los conflictos internos del movimiento español y se dedica a estudiar los Archivos de la CNT, con el objeto de confeccionar una Memoria que documente lo ocurrido en esos épicos tres años para evitar tergiversaciones posteriores. Y esto es lo que hizo hasta el final de la guerra.

Esos años españoles fueron para Maguid un punto luminoso al que volverá durante toda su larga vida con la memoria para reanimar esperanzas en los muchos momentos oscuros de la historia posterior.

Vino la derrota, Maguid fue de los que se quedaron hasta último momento y su salida de España por la frontera francesa fue azarosa. Una caída en el cruce de las estribaciones pirenaicas le hizo conocer el hospital y el campo de

concentración franceses.

De nuevo en la Argentina, reanuda sus conferencias en defensa de los presos de Bragado. Remonta a esta época su unión con Juanita, la hermana de Fernando Quesada, compañero de militancia y amigo querido. Fue una unión afortunada y duradera. Juanita, a la que va hoy el afecto solidario de todos nosotros, así como a la hija y a los nietos, debe sentir, en su dolor, el consuelo de la plenitud de esa vida tan bien vivida.

Reincorporado a sus tareas en la FACA, la historia de Maguid, a partir de entonces se confunde con la de esta organización, que en 1952 toma el nombre de FLA y sobrevive al peronismo, a las sucesivas dictaduras militares con los relativos intervalos democráticos y hasta la dictadura militar última, que fue fuera de serie, por haber abarcado todo el Cono Sur y haber tenido inéditos caracteres macabros. En ella Maguid perdió a una sobrina, hija de una hermana de Juanita, que figura entre los desaparecidos. Antes de todo eso, la obra de Maguid en la FLA fue múltiple. Los que vivíamos lejos la captábamos parcialmente a través de las publicaciones, especialmente a través de la revista Reconstruir, que tuvo una envidiable longevidad, y de los libros de la editorial homónima.

Recuperada cierta normalidad después de la dictadura, la FLA desplegó una actividad renovada, con actos y publicaciones, actividad dentro de la cual Maguid siguió desempeñando un papel orientador. En Montevideo leíamos en El Libertario sus artículos y nos enterábamos de lo demás en el Noticiario de la misma publicación. Estos últimos años fueron para él especialmente productivos: salieron tres libros suyos a poca distancia de tiempo, Escritos Libertarios, La Revolución Libertaria Española y, por último, esa pequeña joya que es Recuerdos de un Libertario, original autobiografía en setenta relatos, que nos conduce, sin disgresiones y con agilidad, a través de un siglo de historia social argentina, siguiendo el hilo conductor de una existencia de militante.

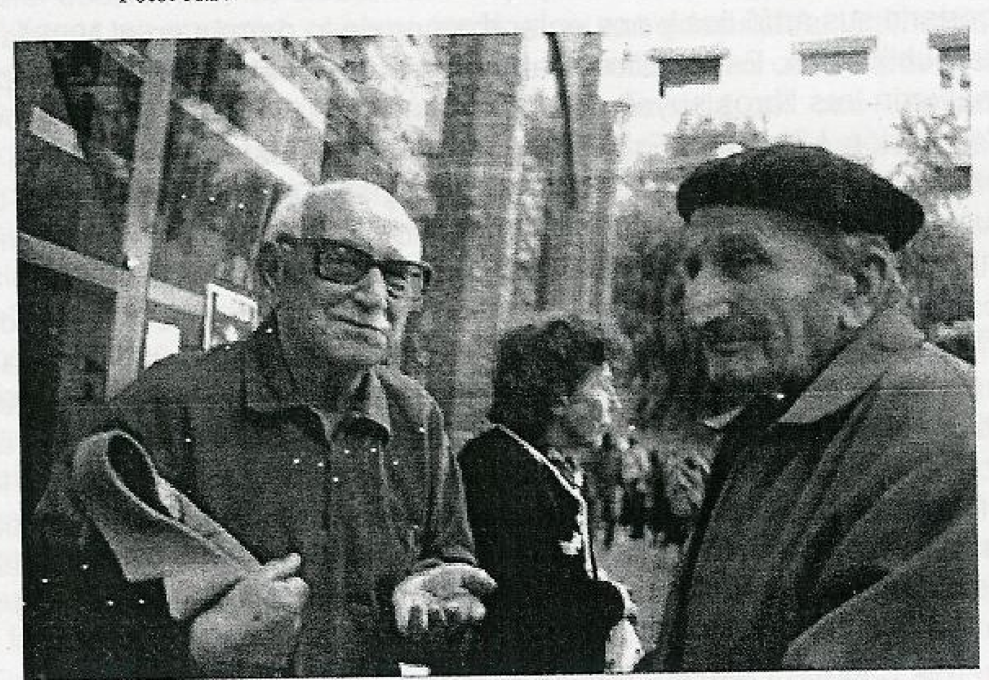
En 1993 me encontré por última vez con este compañero y amigo de tantos años y con Juanita en la Expo Anarquista de Barcelona. Optimista y dinámico como siempre, habló de su tema preferido: la revolución española de 1936-39. Era allí uno de los poquísimos que podía hablar de esos años de fuego como testigo presencial y participativo, mientras que aun para los más maduros se trataba de recuerdos de infancia o adolescencia. Nos separamos con la promesa de volvernos a ver. No fue posible. Y ahora con estas líneas nos despedimos, después de casi un siglo de amistad a distancia, de militancia paralela, de profunda comunión de propósitos.

Ayer Enrique Palazzo, hoy Jacobo Maguid. Duele, duele mucho, pero lo que importa (creo que lo puedo decir también en su nombre) es que el ejemplo no se pierda, que la continuidad no se rompa, que la tarea se lleve a cabo. Porque hoy más que nunca la humanidad necesita de esa libertad en el socialismo a la que Maguid dedicó su vida.



Andrea Cressatti, nieta de Luce Fabbri, sonrie gozosa, al lado de su abuela, que seguía atenta los debates de las jornadas en el encuentro *Anarquisme: Exposició Internacional*, Cotxeres de Sants, Barcelona, septiembre-octubre, 1993.

Foto: A.F.



Dos figuras históricas ya desaparecidas: Jacobo Maguid, al fondo su compañera Juanita, y Antonio Ortiz, miembro, con Durruti y otros, del grupo "Nosotros". Barcelona, septiembre-octubre, 1993.

Sobre Antonio Ortiz: *Ortiz, General sans Dieu ni Maitre*, film Ariel Camacho, Phil Casoar, Laurent Guyot. O Production: 54-56, rue de Buzenval, 75020, París.

Foto: A.F.

Carta de Montevideo.
Al Grupo de Mujeres Libertarias de Madrid[21]



Luce Fabbri en 1984.
Documento: Revista *Polémica.*

Queridas compañeras:

Esta carta constará de dos partes, pues tengo que responder a vuestro pedido de informe acerca de las condiciones de las mujeres en el Uruguay y, por otro lado, no puedo dejar de sentir mi posición acerca de un movimiento específicamente feminista.

Primera parte

Desde mi desembarco en el Uruguay, como refugiada, en 1929 (había huido, con mis padres, de la Italia fascista), he trabajado aquí, sin interrupción, en la enseñanza, y nunca he sufrido discriminación por ser mujer. Ya entonces existía igualdad jurídica. Si había ventajas, era en favor de nuestro sexo, pues existía el divorcio "por la sola voluntad de la mujer". Existe en cambio, pero en vía de desaparecer, una autodiscriminación del sector femenino, que no se atreve a aprovechar la igualdad o encuentra cómodo no hacerlo. Hay casos de patronos que pagan menos a las mujeres, pero si éstas hacen valer sus derechos, la sociedad las respalda.

En los ambientes de izquierda o simplemente de cierto nivel cultural, hay rechazo al "machismo". Hay grupos femeninos y una publicación, Mujer, que trata de valorizar la contribución de la mujer como tal al progreso del país. Pero se tiene la sensación de que lo que se necesita para que desaparezca la discriminación en la mentalidad de la gente es que la mujer se capacite y participe

[21] Luce Fabbri, *Carta Montevideo. Al Grupo Mujeres Libertarias de Madrid*, Montevideo, 30 de diciembre, 1985, en la Revista Mujeres Libertarias, núm. 1, Madrid, diciembre, 1986, pp. 19-20.

más en la vida de relación y en las luchas contra la injusticia social.

Aspectos particulares tiene el problema en el campo (que se sigue despoblando por el éxodo de los jóvenes de ambos sexos hacia la ciudad), especialmente en el latifundio ganadero, cuya escasa mano de obra está asegurada por peones casi siempre solteros. Como consecuencia, la pareja es en general poco estable y la familia se forma alrededor de la madre, que a menudo tiene que mantener con su trabajo de cocinar o lavandera un gran número de hijos y se encuentra en difícil situación económica. También en este caso la solución es de carácter general: capacitación, limitación de los nacimientos, reforma agraria.

Segunda parte

Los principios no varían cuando nos desplazamos geográficamente, pero sí los métodos de lucha. Es muy probable que la situación exija que la mujer se organice en grupos específicamente femeninos para luchar por sus reivindicaciones y que haya en el movimiento feminista un sector libertario. Yo las felicito por lo que han hecho y harán y les doy toda mi solidaridad. Pero no puedo dejar de decirles, en esta iniciación de diálogo, cuál es mi posición aquí, en el Uruguay (la misma, por otra parte, que asumiría en Italia, que es el otro país que conozco directamente).

Soy anarquista y pienso que el problema central de nuestro tiempo -y de todos los tiempos- es el de la libertad de la persona. Pienso que las diferencias económicas, y especialmente el sistema del salario, son en el fondo una manifestación más del poder de unos hombres sobre otros, y que nuestra tarea básica de libertarlos es la lucha contra la opresión y la explotación, es decir contra el estado y los "patronos", sean estos empresarios privados o burócratas de las empresas estatales.

Las mujeres, a través de los siglos, han sido oprimidas y explotadas como tales, no sólo por el estado y los patronos, sino también por el hombre al nivel capilar de la familia. Se les ha asignado trabajos específicos considerados no remunerados o, cuando se realizaban en casa ajena, remunerados miserablemente.

La asociación femenina ha sido pues una necesidad ineludible. Basta leer los procesos que se les han hecho a las "brujas", desde el siglo XIII al XVIII, para darse cuenta de cuán peligrosa (y por lo tanto eficaz) consideraba la sociedad machista toda reunión -entonces en general secreta- de mujeres. La superstición ha desempeñado una función en ese doloroso fenómeno de genocidio, pero ha sido una función de inconsciente cobertura.

Hasta fines del siglo pasado, las leyes de todos los países ponían a las mujeres en una condición de terrible inferioridad, y eso era generalmente aceptado aun por muchos "rebeldes", aunque algunos de éstos, especialmente los libertarios, incluían la emancipación de la mujer entre sus reivindicaciones. Pero, una cosa son las ideas y otra, la mentalidad.

No resisto a la tentación de dar un ejemplo típico de esto último. Jean Grave, personalidad de relieve en el movimiento anarquista a fines del siglo XIX y a principios del XX, en su libro La sociedad futura, tiene un capítulo "La mujer y el matrimonio", en el que combate la teoría de la inferioridad intelectual de la mujer y sostiene la tesis, que creo correcta, de que la causa de su emancipación no puede separarse de la de todos los oprimidos. Por otra parte, es autor también de una novela "utópica", Tierra Libre, en que, imaginando un naufragio de deportados en una isla desierta, nos muestra su sociedad ideal en pleno funcionamiento. Y bien, en el relato, las asambleas que toman las decisiones son a menudo generales (aunque a veces "las mujeres" se ven a lo lejos, lavando la ropa, mientras los niños juegan alegres), pero los que toman la palabra, se manifiestan como malos o buenos, holgazanes o trabajadores, buenos compañeros o traidores y tienen nombre y apellidos, son todos hombres. Ninguna mujer, tiene una idea nueva o aporta algo que no sea el trabajo rutinario. Sólo una sirve para regenerar a un holgazán burlándose de él (por cierto que, una vez que se regenera, la mujer le concede su amor y todo termina bien). Cuando la colonia es atacada, "las mujeres y los niños, colocados en sitio resguardado del tiro de los asaltantes, se dedicaban a los diferentes trabajos accesorios, útiles a los defensores" (trad. Anselmo Lorenzo, Ed. Mancei, Barcelona, p. 185).

Basta hacer la comparación con cualquier novela sobre la guerra española de 1936-39, para ver hasta que punto ha cambiado la realidad y, en menor medida, la mentalidad.

No sé bien cómo están las cosas en España. Lo que puedo decir es que, en lo que se refiere a la conquista de la igualdad, en el Uruguay el problema está superado. Pero la desigualdad subsiste en la mentalidad de la gente, especialmente en la mentalidad de las mujeres.

Cambiar la mentalidad es mucho más difícil que cambiar una ley. Si para esto último hubo que conducir una lucha específica como mujeres, para lo primero hay que estar donde están todos y dejar hablar a los resultados de lo que se hace. Nuestros hijos y nuestros compañeros tienen derecho a participar en la educación del ambiente en lo que a la emancipación efectiva de la mujer se refiere, como nosotros tenemos el derecho de participar en la lucha común por la justicia. En el curso de esta última, que es obra de amor y no de resentimiento, se disiparán, si sabemos estar a la altura de nuestra misión de libertarías, las últimas sombras de un mundo en que la mujer era un objeto sin derecho a tener una voluntad, propiedad del marido, recompensa del guerrero...

Todas las desigualdades son solidarias: las económicas, las raciales, las sexuales, y deben ser combatidas en bloque, pues tienen la misma raíz: el deseo de poder. La primera batalla en este sentido, como mujeres, hay que ganarla -con amor y dignidad-, en el terreno de la pareja, en las relaciones con el padre o con el hijo; luego en el grupo. Por eso, creo que, donde no haya razones especiales para una acción puramente femenina, lo mejor es no separarnos. Sólo la experiencia repetida cambia las costumbres, que son más fuer-

tes que las leyes.

Sin embargo, puede haber un terreno en que podría ser útil hacer valer nuestra condición de mujeres. Vivimos en un momento gravísimo de la historia de la humanidad, acaso decisivo, pues la especie humana está amenazada de muerte por las mismas fuerzas que la llevan a conquistar las galaxias. Puede que, frente a la amenaza de una guerra nuclear, nosotras las mujeres, a las que la naturaleza ha confiado el cuidado de la continuidad biológica de la humanidad, tengamos un papel propio que desempeñar, pues las madres han sido en la historia las enemigas naturales de la guerra. Puede que este instinto profundo nos haga encontrar en el momento decisivo el camino para salvarnos. Eran mujeres las que rodeaban ayer un campo militar inglés para impedir la instalación de misiles; eran mujeres las que anteayer (más precisamente en 1919 ó 1920 en Italia) se tendían en los rieles para detener un tren con las tropas destinadas a una guerra, que, gracias a este gesto desesperado, nunca se hizo.

Pero, aún en este terreno, las diferencias biológicas no nos separan de los hombres, pues se concilian en el interés que tenemos en común: la defensa de la vida.

El camino de la lucha por la igualdad es, para todos los "discriminados", la capacitación. Así como los obreros deben capacitarse para tomar a su cargo la gestión de las fábricas, cada una de nosotras debe capacitarse para hacerse valer en el mundo difícil que se acerca, no como mujer, sino como individuo, en igualdad de condiciones con todos los demás, con el mismo derecho a la originalidad. Ahora más que nunca hay que evitar rivalidades (que siempre son contiendas por el poder) entre los oprimidos, entre los que combaten contra la opresión.

Sin duda en la mayor parte de estas ideas hay acuerdo entre vosotras y yo. Pero me gustaría que se discutieran las discrepancias, para entablar el diálogo, si es que, consideráis oportuno publicar esta carta.

Saludos cordiales.

Montevideo, 30 de diciembre de 1985.

El socialismo ha tirado el lastre[22]

Estamos terminando un siglo en el que la palabra "socialismo" ha resonado en todos los rincones, sin que se haya realizado en forma estable en ninguna parte: donde desde abajo surgió un socialismo vital, la guerra o el totalitarismo lo destruyeron o el estado lo desvirtuó hasta la desaparición. Pero, lo que la humanidad ha ganado a partir de la Revolución Francesa, con esta democracia tan frágil y tan imperfecta, es, por lo menos, cierta libertad de experimentación, cierta posibilidad de crear organismos de base, que puedan ser los núcleos de un socialismo futuro.

Ahora, a fines de siglo, la crisis del totalitarismo soviético ha hecho que la palabra "socialismo" haya dejado de resonar en todas partes; más: ha hecho que se haya convertido, o traten de convertirla en obsoleta, justamente en el momento en que, al desaparecer un malentendido que ha durado 70 años, recupera su verdadero sentido.

Las fuerzas económico-políticas del armamento, del consumismo y de la contaminación, aprovechando ese malentendido que ha provocado una profunda crisis de descreimiento, amenazan con un nuevo orden mundial que puede dejar poco espacio para la iniciativa. Es pues tarea urgente de los libertarios intensificar su acción dirigida a devolverle al socialismo su virginidad, quiero decir su autenticidad, arraigándolo, según su naturaleza y su punto de partida, en la libertad de la persona.

La marejada de la desilusión de los que habían creído en el paraíso soviético nos ha alcanzado de alguna manera, a pesar de haber sido los anarquistas los únicos en el campo socialista que proclamamos desde un principio que aquel no era socialismo. No sirve de mucho haber tenido razón. Los desilusionados no se sienten atraídos por quienes les pueden decir: "¿Viste? ¿No te decía yo?".

Hay que renunciar a esta fácil e inútil satisfacción y ayudar a canalizar el desencanto hacia una revalorización del socialismo en sentido libertario, auto-gestionario, federalista. Esta revalorización se prepara en los hechos, por el fracaso del capitalismo en resolver el problema social, cuando estarían todas las condiciones tecnológicas para ello. América latina está llamada a desempeñar en esto un papel importante, no sólo por sus tradiciones, sino por su misma pobreza, que la excluye del comunismo y le deja espacio para pensar.

En el ámbito de esta tarea, nuestra responsabilidad es grande y nuestras fuerzas son pocas. Pero en un mundo enfermo y cansado de violencia, nuestra

22 *Opción Libertaria*, Montevideo (Uruguay), núm. 20, abril, 1993, pp. 3-4.

oposición al poder en nombre de una libertad basada en la tolerancia mutua, nuestra oposición a la feroz competencia económica en nombre de una producción para la utilidad de todos, no están aisladas, aunque lo parezca. De las contradicciones de esta realidad compleja están surgiendo múltiples formas espontáneas de creación fuera del capitalismo y del estado. Nuestra tarea, en la que -repito- no estamos solos, pues hay en el mundo mucho anarquismo que está creciendo y que se ignora, nuestra tarea, digo, es tomar como punto de partida estos gérmenes de autogestión, éstas iniciativas en la base; tratar de que la acción popular devuelva a la base, cuando se pueda, lo que ya es público por pertenecer al estado; construir, construir fuera del sistema o modificando el sistema, eligiendo cuidadosamente los elementos positivos de la nueva tecnología o inventando tecnologías alternativas (hay una tecnología de la pobreza, en la que la imaginación compensa la falta, de recursos), asentando en los jóvenes aún no ligados a las fuerzas dominantes la especialización y la investigación.

La capacitación es el arma de hoy, un arma que cuesta pero no tanto como las que venden a las distintas guerrillas los contrabandistas del ramo o los narcotraficantes. Hoy más que nunca el camino de la libertad pasa por el estudio, que siempre fue una preocupación de los anarquistas, a partir de esos obreros autodidactas, que llegaban perseguidos y fundaron en América los primeros combativos sindicatos, que siempre tenían en su sede una biblioteca y donde se daban cursos del respectivo oficio junto con otros de varia cultura. La capacitación lleva directamente a la autogestión.

En ese marco se inscribe la estrategia de futuro que estuvimos discutiendo últimamente en "Opción Libertaria" y que se basa justamente en la capacitación. Esa estrategia consiste en oponerse a las privatizaciones con miras a la conquista paulatina del sector público de la economía por las fuerzas productivas y consumidoras de base, a través de un proceso de autonomía progresiva, para llegar a una federación de entes autónomos gestionados por trabajadores y usuarios. No todos estamos de acuerdo en esto, pero el proceso acelerado de desaparición del sector estatal de los servicios y de la producción en el continente hace que sea urgente tomar posición. Se trata de desestatizar sin privatizar.

Hay, en efecto, dos formas de quitarle al estado los poderes que ejerce a través de su injerencia en la economía. Una consiste en transferir las empresas estatales al capital privado, favoreciendo al capitalismo salvaje, que incluya en este momento a esa nueva manifestación del poder que son las multinacionales (estas últimas tienden a reforzar los poderes ejecutivos de los distintos estados, a la vez que tratan de dominarlos, y a sustraerse al control de los parlamentos respectivos y mucho más, de la opinión pública). La otra forma consiste en mantener a esas empresas en el sector público, aumentando en ellas la participación de trabajadores y usuarios, despolitizándolas, bregando por su descentralización con tendencia hacia una progresiva autogestión.

Esta propuesta de una táctica gradual y no violenta no excluye otros posibles caminos. Se trataría de una desestatización que avanzaría de consuno con la capacitación técnica y la maduración a la vez de los trabajadores y del entorno social.

Descreimiento[23]

Descreimiento es la palabra clave del momento que estamos viviendo. La desaparición de este paraíso que brillaba a lo lejos, en el horizonte oriental, y la brusca revelación de la realidad que encubría, el diluirse de la burocracia gubernamental del socialismo democrático, identificado hoy con la economía de mercado, la corrupción universal de los aparatos que detentan el poder, con el consiguiente desprestigio de toda llamada "clase política", el vacío sonoro y multicolor de las propagandas electorales, que ya no consiguen disfrazar de idealismo la feroz competencia por los puestos de mando, han generado en todos una indiferencia hostil por la "cosa pública", un replegarse en lo privado, en lo individual.

"Pensar únicamente en la familia", es el lema que se repite con amargura el ex-militante. "Tratar de vivir lo mejor posible tu vida", se dice el joven, que al salir del cascarón se encuentra con un mundo que no sabe ofrecerle una tarea.

Mientras tanto los problemas reales, que atañen a la vida de cada uno, se van agravando en una medida inédita y, en algunos campos, irreversible.

A tiempo que en la propaganda electoral se habla de equilibrio fiscal y de inflación como problemas prioritarios, disminuye peligrosamente el agua potable en el planeta, se ensancha el agujero en el ozono, poblaciones enteras se mueren de hambre, los ejércitos, de por si obsoletos, de los países subdesarrollados modernizan sus armas (porque las fábricas respectivas de los países desarrollados tienen que seguir trabajando), la nueva tecnología aún frenada, elimina, con ritmo creciente e implacable, puestos de trabajo...

Frente a esa necesidad imperiosa de un esfuerzo supremo para detener esta carrera hacia el abismo, la indiferencia del mayor número, psicológicamente explicable, y que marca por otro lado una saludable reacción contra una plurisecular credulidad, puede sin embargo, al punto a que han llegado las

---

23 *Opción Libertaria*, Montevideo (Uruguay), núm. 23, octubre, 1994, p.26.

cosas, tener resultados fatales.

La desconfianza de los aparatos del poder, que se ejerce a través del estado, del dinero y del arrastre de la superstición o del carisma personal, es fecunda sólo si está acompañada por la confianza de cada uno a sí mismo y en los hermanos de lucha y de tarea. El peligro está arriba, no al lado nuestro. Toda acción solidaria es positiva, toda construcción común sin jerarquía es un germen fecundo. El nuevo mundo sin contaminación ni explotación está ya madurando alrededor de nosotros y necesita sólo conciencia de sí y coordinación: está en las cooperativas, está en las comunidades, en las policlínicas de barrio, en los laboratorios de las universidades, en las escuelas donde, a pesar de las penurias, se trabaja para el futuro y se ensayan nuevos derroteros, está en las cárceles que encierran a los que luchan contra la guerra y la opresión, está en las granjas autogestionadas y en la agricultura ecológica...

La soberanía -dicen- está en el pueblo. Pero la ejercen los que se proclaman sus representantes. La consecuencia lógica del descreimiento en tales representantes tendría que ser la recuperación, por parte del pueblo, de su soberanía para ejercerla directamente. La vieja confianza ciega en los gobernantes era cómoda y alienante; el descreimiento pasivo es también cómodo, pero, ahora, puede ser sencillamente suicida. Transformar el descreimiento en iniciativa y actividad autodirigida: tal es el desafío de este presente nuestro, que es decisivo, y lleno de oportunidades que no se repetirán.

Libre solidaridad contra "mercado libre": Modernización[24]

Hace ya unos años que en América latina se bautizó con el nombre de "modernización" la privatización sistemática, en provecho de las grandes multinacionales, de las empresas públicas que habían salido de las sucesivas nacionalizaciones con que el subcontinente se había defendido (aunque bastante mal) de la avidez imperialista del capitalismo del Norte.

Bajo la presión de la deuda externa y de la crisis económica general, los países subdesarrollados subyacen al chantaje de los organismos como el Fondo Monetario, por cuyo intermedio el capitalismo de los países industriali

24 *Opción Libertaria*, Montevideo (Uruguay), junio, 1995.

zados les impone el mercado sin restricción y el empresariado salvaje, cuando él mismo está lejos de renunciar al proteccionismo. Nuestras clases dominantes sienten ligada su misma existencia a este proceso característico de las relaciones entre el Norte y el Sur y al otro proceso paralelo, que abarca todo el planeta y se puede definir como derechización tecnificada, traduciéndose en una modificación de las estructuras en el sentido de una progresiva eliminación del control popular sobre los órganos de poder.

Todo esto se llama modernización, pero significa un retorno a formas caducas de vida asociada, significa ir renunciando al precio de televisión, informática, viajes interplanetarios, a las conquistas de las revoluciones que se han sucedido de 1789 en adelante.

Porque el pueblo uruguayo no quiere perder lo conquistado en el terreno de las libertades públicas y quiere "conservar" sus posibilidades (aun tan relativas) de control sobre el aparato que lo gobierna, lo acusan de conservador. Estamos acostumbrados a creer en el progreso. Desde el siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, el progreso ha sido el gran dogma laico. Los horizontes inmensos que abrían ante la humanidad la investigación científica y las aplicaciones de sus resultados a las distintas técnicas (productiva, sanitaria, educacional) parecieron confirmar la visión iluminística de la historia como ascensión continua de la especie humana hacia metas cada vez más altas. Nuestro siglo se inició en una atmósfera optimista. Se pensaba que los períodos más oscuros de la historia que muchas veces siguieron a momentos luminosos (la alta Edad Media después de la civilización grecorromana, la Contrarreforma absolutista después de los esplendores del Renacimineto, la Restauración después de la Revolución Francesa) no eran sino los retrocesos necesarios para tomar el impulso de un ulterior avance.

El fenómeno nuevo del siglo XIX, el movimiento obrero, se encuadraba en esta concepción. La ciencia parecía llevar el mundo hacia el socialismo con una seguridad que marcaba los caminos del futuro. El socialismo representaba, pues, la modernidad y sus adversarios eran conservadores (pues querían conservar el pasado) o reaccionarios (porque querían volver a formas caducadas).

Todo el vocabulario del siglo XX ha sido dominado por este esquema. Asistimos ahora a un brusco viraje, cuyos carácterres no están aún bien definidos, pero se vino preparando lentamente desde 1917. Su carácter fundamental es la pérdida de fe en el progreso. Sólo en la ciencia, y por lo tanto en la técnica, el progreso (entendido como aumento de potencialidad) es innegable, pues el conocimiento es acumulativo. Pero la bomba de Hiroshima, los campos de concentración nazis con hornos crematorios donde perecieron millones de personas, el Gulag soviético que se tragó la inteligencia viva de una parte importante del planeta, las consecuenciasmortales de algunos aspectos de la nueva tecnología, el aumento de la corrupción y de la violencia y la persistencia del hambre, cuando están dadas las condiciones técnicas para que ninguna de estas plagas esté justificada por la necesidad, hicieron que la idea de

progreso social como ley histórica entrara en crisis.

Hoy casi nadie está convencido de que el futuro va a ser necesariamente mejor que el pasado. Y esto es bueno, pues nos responsabiliza a todos los miembros de la presente generación por ese futuro, que va a ser mejor que lo actual sólo si nosotros lo queremos así y hacemos algo para eso. Estamos al filo de la navaja, o mejor dicho, en la línea de las vertientes. Depende de una cantidad de factores, entre los cuales es importante la información y la voluntad de amplias masas humanas, las orientación del progreso técnico hacia la salvación o el hundimiento, hacia una mayor libertad, una mayor conciencia y un más efectivo control de la base social sobre el actual proceso histórico o hacia una ceguera de drogas, *mass media* y apatía violenta que nos lleve a la autodestrucción.

El progreso, pues, existe si lo sentimos como obra nuestra: está hecho de conciencia y voluntad y se basa en conquistas anteriores. Ninguna conquista es definitiva y cualquiera de ellas se puede perder. Y efectivamente las que parecían más consolidadas hoy están en peligro. Nuestros "demócratas" están abandonando la democracia, como los socialistas abandonanron el socialismo. Todo eso "fue antes", pasó a la historia, ya no es "moderno". Hoy, la identificación forzada de democracia y capitalismo es el camino para destruir a la democracia e impedir sus temidos desarrollos ulteriores hacia la democracia directa y el federalismo.

Hace apenas dos siglos que hemos recuperado la libertad como valor y con ella la dignidad de la persona humana. Hemos confiado demasiado en la estabilidad de ese valor y hemos bajado la guardia en el ardor de la lucha por dar a ese valor una autenticidad en el terreno social.

Desde 1789 el significado de la palabra "libertad" se ha venido profundizando. La representación parlamentaria, la conquista del sufragio universal no han sido un "engaño", sino formas imperfectas de participación popular, muy vulnerables, muy predispuestas a degenerar. El capitalismo las corrompió hasta la putrefacción. Pero fueron en su momento una conquista y sólo pueden ser abandonadas para estructurar una libertad más auténtica y profunda y no para retroceder. Cuando Bordaberry en 1973 disolvió el Parlamento, no fue ningún progreso. Hoy, un nuevo absolutismo nos amenaza desde un capitalismo cibernético y multinacional que tiende al monopolio de la técnica. Y ses proceso paulatino se va presentando con el nombre de "modernización".

La lucha se está desplazando al terreno del conocimiento y la informática. la batalla no está perdida porque la alta tecnificación no es necesariamente inteligente. Pero no hay que perder posiciones de control. Por eso hay que tener conciencia del valor de lo conquistado en estos dos siglos y desconfiar de las "modernizaciones". Nosotros también tenemos nuestra modernidad. Al "mercado libre" oponemos la libre solidaridad.

Otra fe en crisis: el progreso[25]

En un mundo cambiante como el nuestro al final del segundo milenio, hay que reciclarse periódicamente y con intervalos cada vez más breves, para no moverse sin provecho en una atmósfera abstracta.Los fines y el espíritu con el que se procura alcanzarlos no cambian, pero, sí, cambian el lenguaje y los medios para abrirse paso y hacerse escuchar. Y eso, porque la realidad en la cual debemos abrirnos paso y los seres a quienes nos dirigimos están en un continuo y acelerado proceso de transformaciones sucesivas, tan intenso como nunca en la historia.

Hace tiempo que se habla de "actualización" del anarquismo y algo se ha hecho en ese sentido. Inclusive, en algunos países, se ha hecho mucho y muy seriamente. En América Latina, la cosa es distinta: estamos prisioneros de nuestras glorias pasadas, de cuando la FORA argentina monopolizaba el movimiento obrero y el 1 de Mayo era, en la conciencia de todos, la conmemoración dolida y entusiasta de la muerte de los "mártires de Chicago", antes de transformarse en un día de asueto rutinario y de un mitin.

No se trata de renovaciones totales, pues no las necesitamos. Se trata de observar sin prevenciones la realidad, para calibrar peligros y posibilidades y descubrir nuevos caminos. Hay palabras, que la izquierda sigue usando rutinariamente, pero que hoy están en crisis como los conceptos correspondientes. En este sentido, hay que renovar nuestro discurso. Entre estos conceptos, el más importante, pues estamos acostumbrados a sentirlo como el eje de la esperanza, es sin duda el de "progreso".

Desde por lo menos dos siglos, diría a partir de la Ilustración de la segunda mitad del siglo XVIII, ha habido general acuerdo acerca del significado y del alcance de esta palabra. la especie humana -se pensaba- gracias a la razón y, especialmente, a una de sus aplicaciones, la ciencia, cuyos valores son acumulativos, mejora indefinidamente, a través del tiempo, su comprensión del mundo y sus condiciones materiales de vida, sometiendo cada vez más las fuerzas de la naturaleza y transformándolas en instrumentos a su servicio. Hubo quien señaló "los peligros del progreso", pero acerca de la naturaleza del progreso, de su positividad y de su continuidad como característica de la civilización, no había discrepancia.

Hasta la segunda guerra mundial, también era opinión generalizada que la sociedad caminaba hacia formas democráticas cada vez más avanzadas. la palabra "progresista" quedó como sinónimo de "izquierdista", contrapuesto a

---

25 *Opción Libertaria*, Montevideo (Uruguay), núm. 26, septiembre, 1996, pp. 3-5.

"reaccionario".

En realidad, hace muy pocos años que un cúmulo de transformaciones en el mundo que nos rodea nos obliga a plantearnos preguntas acerca de qué es el progreso, cuáles cambios constituyen progreso y cuáles no.

Y, evidentemente, lo que es "progreso" para unos, ya no lo es para otros.

La fractura se reveló y es particularmente grave en nuestras relaciones con la naturaleza. La humanidad en su infancia, pobre muchedumbre de criaturas desvalidas, había debido luchar contra la naturaleza por sobrevivir y, con su inteligencia, había llegado a dominarla. Este era el orgullo del principio de este moribundo siglo XX. Derechas e izquierdas levantaban himnos a la ciencia, que había hecho posible este milagro.

Hoy, este entusiasmo ha caído. Algunos de esos pretendidos avances han causado tales retrocesos y otros presentan tales peligros, que invalidan completamente la idea, antes monolítica, de progreso, ligada al aumento continuo de conocimientos.

El impacto de terror producido entre los hombres de ciencia por el estallido de la primera bomba atómica en Hiroshima, al final de la segunda guerra mundial, fue tal, que uno de ellos, el matemático Beppo Levi, llegó a proponer el cierre, durante medio siglo, de todos los laboratorios de investigación científica.

Naturalmente, los laboratorios no se cerraron y hoy todos los estados quieren tener su reserva de bombas atómicas o, por lo menos, la posibilidad de fabricarlas en caso de necesidad y las grandes potencias siguen perfeccionando, a través de una peligrosa experimentación, su poder destructivo, mientras los residuos se acumulan, amenazando la vida de nuestros nietos.

El neoliberalismo económico imperante busca la "rentabilidad" del capital hoy y considera "progreso" todo lo que pueda aumentarla. El mercado, por su naturaleza, no se preocupa por lo que pueda pasar mañana, pues no tiene hijos.

En esas condiciones, parece indispensable mantener a la investigación científica lo más lejos posible del mercado, lo que es dificilísimo, pues se trata de actividades sumamente costosas y las Universidades (donde esa independencia es técnicamente posible) no tienen recursos, mientras el Estado -que tampoco tiene hijos- sólo financia seriamente los estudios vinculados con la potencia militar (la fisión nuclear se logró durante y gracias a la guerra: los cañones -decía Hitler- deben tener la precedencia sobre la manteca).

A principios de siglo los anarquistas participaban del entusiasmo general por la ciencia. Kropotkin sostenía en su libro "La ciencia moderna y la Anarquía", que la aspiración a una sociedad organizada desde abajo sin autoridad y basada en la ayuda mutua no era más que el reflejo de la armonía espontánea que reina en la naturaleza, armonía que la ciencia reconoce y estudia.

Contra ese optimismo, que era el de la época, se levantó la voz de

Malatesta, quien sostenía que tal aspiración no procede del estudio, sino de la voluntad del ser humano, movida por el amor a los demás y la exigencia de libertad. Todo progreso en ese sentido es pues el resultado, no del orden natural, sino de una actividad consciente y responsable, y puede ser seguido por un retroceso, si una voluntad contraria prevalece.

El progreso no es, por lo tanto, algo que "viene" independientemente de nosotros, sino algo que existe sólo si día a día lo construimos. Este realismo, aparentemente simplista, pero que le devuelve a la especie humana la dignidad de ser el sujeto agente de su historia, nos permite hoy a los anarquistas afrontar en mejores condiciones la crisis que atraviesa actualmente toda doctrina "científica" y la misma idea de progreso, tan abundantemente explotada por la retórica de la izquierda.

Pero es necesario también para nosotros tomar conciencia de esta crisis, producto de la separación entre "conocimiento" y "progreso", para vigilar nuestro discurso y afinar nuestro espíritu crítico, evitando tanto la tentación de una idealización de la vida primitiva, como la fácil, indiscriminada y consuetudinaria exaltación de los milagrosos adelantos científicos con sus relativas aplicaciones técnicas.

Ética anarquista[26]

Cuando decimos que el anarquismo tiene un fundamento ético, es natural que se nos pregunte: "¿De qué ética se trata?". Pues se suele decir que hay distintas clases de ética, según los países y los momentos históricos.

Yo diría que hay una sola, con dos aspectos, uno individual (de los deberes de cada uno hacia sí mismo) otro social (de los deberes de cada uno hacia los demás). Hoy está surgiendo otro aspecto, del que hasta ahora no nos habíamos dado cuenta: el de los deberes individuales y colectivos hacia la naturaleza.

Siendo el anarquismo una doctrina social, nos interesa ahora fundamentalmente el segundo de esos aspectos, por más que los tres estén estrechamente relacionados.

26 *Opción Libertaria*, Montevideo (Uruguay), núm. 28, febrero, 1998, pp. 4-6.

Se ha dicho hace mucho tiempo: "Compórtate hacia los demás como quisieras que los demás se comportaran hacia ti en las mismas circunstancias". Y este precepto está en la conciencia común, a pesar de que las exigencias del mercado y las del poder marcan el camino contrario.

Y un filósofo ha dicho: "Compórtate en cada momento como para que tu comportamiento pueda ser tomado de criterio general de conducta".

En el fondo los dos preceptos significan casi lo mismo (la segunda formulación es más amplia y precisa, pero también más difícil de entender y menos impactante).

Naturalmente, el ser humano es complicado y todo lo que a él se refiere es también complicado. Lo que en teoría es muy claro, en la práctica da lugar a conflictos y contradicciones. En este caso, las zonas conflictivas son dos: una es la zona de las costumbres heredadas y siempre en proceso de transformación (en este momento, de transformación rapidísima) y la otra es la de los instintos naturales.

La primera comprende los tabúes ligados a supersticiones o a intereses de grupos sociales dominantes, tabúes que tradicionalmente se han disfrazado de preceptos éticos (y por esto se dice que la ética cambia de una época a otra). Pertenecen a esta categoría las reglas relacionadas con la familia y el matrimonio y, en general, con lo sexual, entre las que quedan en el ámbito de la ética las que se pueden identificar con el precepto citado: "Compórtate hacia los demás..." y, en este caso, se reducen a dos deberes de la pareja: la sinceridad recíproca y la asunción por ambos de las responsabilidades hacia los hijos. El deber hacia los hijos podría sintetizarse así: "Compórtate hacia tus hijos como quisieras que tus padres se hubieran comportado hacia ti".

Pertenecen a esta categoría de preceptos que pretenden ser éticos, pero obedecen a Intereses particulares de grupos dominantes, también los que se refieren al amor a la patria y al deber de defenderla contra sus enemigos a cualquier precio y con cualquier medio. El amor al terruño, al idioma, a los que tienen más afinidad con nosotros por costumbres y culturas, es cosa natural y buena, en cuanto constituye una extensión del amor familiar y es un peldaño hacia el amor a la especie. Pero las fronteras no tienen nada que ver con este apego y menos tiene que ver el Estado que se ha formado dentro de esas fronteras, y que, por su naturaleza, es competitivo y se sitúa, en relación con los demás Estados, en un plano de mayor o menor potencia. De ahí, ejércitos y carreras de armamentos, ligadas a poderosos intereses particulares. Para eso el Estado explota el amor natural al terruño, estimulando, a la vez, los instintos agresivos que duermen en cada uno.

Con el amor a la patria se ha justificado siempre la inmortalidad que acompaña fatalmente al poder. Los deberes hacia la patria, así como los tabúes sexuales, son, pues, una formación histórica y no pertenecen al campo de la ética.

La otra zona conflictiva -decíamos- es la de los instintos, cuya fuerza a

veces puede hacer entrar en crisis el ejercicio de la libertad personal, condición necesaria para el juicio ético.

Esa libertad debe ser entendida siempre dentro del principio general de que hablábamos ("Compórtate hacia los demás como quisieras que los demás se comportaran hacia ti") y que implica igualdad.

En efecto, si entendiéramos por ejercicio de la libertad el poder hacer sin restricción lo que nos apetece en cada momento, siguiendo sólo el impulso expansionista y avasallador que es un aspecto del instinto vital, pronto entraríamos en conflicto con los demás, que no quieren ser avasallados y tienen derecho a no ser avasallados por su condición de seres humanos. Si todos dieran rienda suelta a sus instintos, toda vida social sería destruída, y, con ella, nuestra libertad, pues el hombre es un ser social y, si está sólo, no es libre, sino esclavo de sus necesidades primarias, que la colectividad socialmente organizada lo ayuda a satisfacer. Él no puede cultivar por sí mismo su trigo, hacer su pan, construirse su casa, tejerse y coserse su ropa, enseñar a leer y a escribir a sus hijos, cuidarlos en sus enfermedades... El intercambio de estos servicios y de otros más sofisticados da lugar actualmente, gracias a la organización jerárquica y al derecho jurídico de propiedad, a las enormes injusticias, contra las que los socialistas (tomando la palabra en sentido amplio) estamos combatiendo a partir de la Revolución Francesa y seguimos combatiendo ahora que las tendencias autoritarias en seno al socialismo han fracasado.

Los socialistas anarquistas queremos eliminar esas injusticias socializando la tierra y los otros medios de producción y suprimiendo a la vez las relaciones jerárquicas y el dominio de unos seres humanos sobre otros, pero moviéndonos siempre en el ámbito de una sociedad organizada.

Libertad y justicia social son inseparables: toda la historia del siglo XX lo demuestra. Pero, no una libertad que signifique ausencia de normas; no apela al instinto, sino a la razón de cada uno. Y la razón nos dice que hay normas que son convenientes para todos. Y, una vez aceptadas en acuerdos libres, hay que observarlas.

Esto no quiere decir desterrar la espontaneidad de lo irracional sino controlarla desde la intimidad personal.

Por suerte, además de los instintos agresivos hay en el ser humano también instintos de amor a la especie, sin los cuales nuestra especie en particular se hubiera extinguido hace tiempo.

Tanta importancia como la razón tiene, para la conservación de la vida, ese impulso irracional que llevamos adentro y que se llama amor.

Hoy vivimos en un mundo neoliberal que amenaza morirse por la contaminación creada por el mercado y el consumismo y asfixiarse por la imposibilidad que tiene una economía de mercado en progresiva tecnificación de mantenerse frente al alud de desocupación que ella misma crea. En este trance de creciente riesgo de muerte, no puede dejar de hacerse sentir el valor de la solidaridad, esa fuerza cohesiva que surge frente a las grandes catástrofes sin

exhortaciones ni teorizaciones previas y que es, en el fondo, el impulso que nos lleva a declararnos anarquistas y a rebelarnos contra "el sistema".

Esa solidaridad va a ser necesaria para asegurar la supervivencia colectiva en la crisis de superproducción, desempleo y subconsumo que se acerca. Por eso, el socialismo no ha muerto, como dicen, sino que es más vivo y urgente que nunca, un socialismo libre, basado en normas aceptadas, enraizadas en la máxima básica de la ética: "Compórtate hacia los demás como quisieras que, en las mismas circunstancias, los demás se comportaran hacia ti".

Respuesta a la encuesta del Ateneo "E. Reclus" de Bilbao[27]

1) ¿Es el anarquismo una ideología válida para el siglo XXI? En la sociedad actual, por su desarrollo tecnológico e industrial, ¿hay más posibilidades de poner en práctica una ideología como la anarquista o es más difícil?

El socialismo anarquista no sólo es una ideología válida para el próximo siglo sino que ha quedado, después del derrumbe del socialismo ultraautoritario en el Este europeo, del desdibujamiento completo del socialismo más o menos democrático de Occidente y de la crisis, incipiente pero inevitable, de desocupación y consiguiente paralización de mercados, del neoliberalismo capitalista, como la única solución (ramificada en toda la gama posible de variedades) para la humanidad del siglo XXI, amenazada de muerte por asfixia o intoxicación ecológicas, o por hambre en medio de incalculables, inútiles riquezas. Los progresos técnicos hacen más difícil la lucha, pero más fáciles las soluciones de libertad solidaria.

2) ¿Hay que adecuar algún concepto clásico de la teoría anarquista? ¿Cuál es la esencia, el mínimo común que nos permitan seguir aspirando a ser anarquistas, y cual es lo accesorio y banal de la tradición que no actúa, en nuestra circunstancia histórica, sino de rémora y pesada carga?

Una adecuación es necesaria en los métodos y en los juicios sobre los factores en juego, no en los principios básicos, que siguen preconizando una

27 *Opción Libertaria*, Montevideo (Uruguay), núm. 28, febrero, 1998, pp. 13-16.

sociedad sin gobierno, organizada horizontalmente como federación igualitaria

de núcleos autónomos y solidarios en los que los medios de producción o intercambio sean de propiedad colectiva. Pero la lucha para la realización de esta propuesta ha cambiado de naturaleza. Baste pensar en los nuevos campos de acción que han abierto con la informática, la televisión potencialmente interactiva, la economía informal, la masificación del desempleo, de la marginalidad, de las migraciones con las crecientes urgencias ecológicas y la toma de conciencia de grupos humanos discriminados... Otras actividades tradicionales del movimiento libertario han perdido vigencia o, por lo menos la importancia preponderante de otros tiempos, como, a mi modo de ver, el sindicato (ver el punto 4). La repetida experiencia de todo el siglo XX y la creciente tensión que la crisis (coadyuvada por los mass-media y la droga) está creando nos obligan a replantear el problema de la violencia que, por su carácter intrínsecamente autoritario, está en contradicción continua con el anarquismo, presentándose más bien cómo un obstáculo, aun en los casos, en que las necesidades de la supervivencia nos obligan a aceptarla.

Ningún ideal se realiza cabalmente, porque lo absoluto no existe y siempre se trata de un más o un menos. En el fondo, todos lo sabemos, pero el movimiento anarquista en su conjunto ha sido en esto algo fundamentalista, aunque menos que las tendencias socialistas autoritarias. Contra esa propensión a querer "todo o nada" hubo que luchar siempre, pero ahora esa lucha es más necesaria que nunca y bien puede encuadrarse en la necesaria actualización, que incluye, por todo lo dicho, una revisión del lenguaje tradicional, pues se impone una puesta al día del significado de palabras como revolución, burguesía, proletariado, democracia, de acuerdo con las nuevas realidades.

3) ¿Cuáles pueden ser las salidas originales, tanto organizativas como propagandísticas, para que el anarquismo vuelva a tener pujanza?

El anarquismo está lentamente saliendo incólume de debajo de los escombros del "socialismo real". La aplicación drástica y global del neoliberalismo, que no soluciona ningún problema y los agrava todos, hace sentir de nuevo la necesidad de la ayuda mutua y de la solidaridad, de las que, durante un cierto período, se ha hablado muy poco. Hay mucho de libertario en el aire y hay que recogerlo. Todo lo autogestionario, toda creación fuera del sistema y basada en la solidaridad y en la libertad pueden marcar un camino. El papel del anarquismo es el de multiplicar tales iniciativas y buscar formas de coordinación que les den un marco orgánico y una fuerza propulsiva, además de una fundamentación teórica.

Creo que el movimiento anarquista organizado debería flexibilizarse y volcarse hacia afuera, sin perder coherencia. No queriendo el poder, que es impotente en el terreno de las realizaciones positivas, los libertarios sólo pueden llevar a la práctica su propuesta con creaciones en la base social. Ese es -creo- el camino para que en la sociedad vaya madurando el cambio revolucionario hacia una estructura libre y solidaria Subrayo el "hacia", porque no se

trata de la meta (que queda siempre en el horizonte), sino de un camino orientado, que se aproxima a la meta, pero no la alcanza.

4) ¿Sirve el anarcosindicalismo como medio para avanzar hacia una sociedad emancipada y libre de toda autoridad?

A) ¿Deben los sindicatos radicales unir sus fuerzas para contraponerlas a la oficialidad sindical?

B) ¿Está en condiciones el anarcosindicalismo de aglutinar esta unión? ¿Cómo?

Mi posición frente al sindicalismo es bastante distinta de la que prevalece entre los españoles. Nunca creí que el movimiento anarquista se identificara con luchas gremiales o tuviera sus principales órganos de expresión en los sindicatos, pero sí pensaba que era importante para él la participación como conjunto de trabajadores y de libertarios, en la vida y en el combate de las organizaciones obreras. Siempre he sido partidaria de un organismo sindical en lo posible unitario sin color político, en el que todos los obreros pudieran participar cualquiera que fuera su posición política, y que fuera órgano de defensa de la clase trabajadora y a la vez un ámbito de capacitación. Allí, en el contacto personal y en las asambleas, los anarquistas -pensaba- podrían tratar de hacer prevalecer sus criterios de lucha y de difundir su visión de futuro, con un trabajo de persuasión y con propuestas puntuales.

Esa tarea era entonces relevante en el movimiento libertario, hoy, en este mundo tan cambiado, ya no lo es tanto, aunque sigue siendo necesaria. En el panorama que se nos prepara, el sindicato va perdiendo de a poco su razón de ser, por lo menos en sus formas actuales. Su arma principal, la huelga, ya perdió gran parte de su eficacia. El problema que se está agudizando no es tanto el del salario, con ser grave, como el del desempleo. El mundo capitalista necesita cada vez menos mano de obra. Su problema es que va a seguir necesitando consumidores, y ni los robots ni los desocupados pueden consumir. Lo urgente es, pues, que se organicen los desocupados. ¿Para qué? Evidentemente, para estructurar de alguna manera la economía alternativa. Paralelamente a la acción sindical y a la propaganda, y más importante que ellas, veo, como tarea específica de los libertarios la creación de varias formas de comunismo y de cooperativismo (el cooperativismo auténtico, con proyecciones revolucionarias).

5.1) ¿Sigue siendo válida la incompatibilidad con el estado y las patrias?

El ateísmo, el antimilitarismo, el antiparlamentarismo, el antiestatismo, etc. han formado parte indisoluble de la teoría y la práctica anarquista, cuando estas instituciones eran pujantes, es decir, el anarquismo ha estado frente al poder que en cada momento ha sido dominante. En una sociedad como la vasca cabe preguntarse si el nacionalismo es, en estos momentos, el poder dominante y si el anarquismo debe estar frente a él.

La incompatibilidad con el estado y las patrias es hoy más válida que nunca. Pero yo separaría los dos términos: el estado es un hecho, que está fuera de nosotros, pues es la organización jerárquica, autoritaria, de la sociedad; la patria es un sentimiento, que se puede o no experimentar, pero, si lo experimentamos, está dentro de nosotros. Los anarquistas combatimos el estado, pero generalmente tenemos apego a la tierra que nos vio nacer, al idioma con que aprendimos a conocer el mundo y a ponernos en comunicación con él, a la cultura en que nos educamos. Los anarquistas no luchamos contra ese sentimiento de amor, que es natural, sino contra la explotación que de él hace el estado, transformando este amor natural en odio hacia las demás tierras, idiomas, culturas. El estado levanta fronteras y hace de nuestra tierra una nación, que puede existir sólo si es competitiva, si trata de superar a las demás naciones, de ensanchar sus fronteras, de ser fuerte. Nada más fácil que despertar el odio, que tiene sus raíces en la patota [banda de granujas] juvenil en perpetua lucha con otras patotas. Esta degeneración del patriotismo, que es tan común y que ha llevado a tantos espíritus generosos ha cometer aberraciones, pues ha creado una seudo-ética especial, que lo justifica todo si es "por el bien de la patria", es, junto con el ansia de poder, el veneno de la historia.

Hay, ha propósito de la patria, el mismo malentendido que hay a propósito del individuo. Aun los anarquistas que propician la organización pueden considerarse, en sentido básico, individualistas, porque defienden los derechos del individuo contra el estado, de las minorías contra las mayorías. Pero defienden a todos los individuos, a todas las minorías, y propugnan la ayuda mutua entre ellos. El individualismo del "yo" por encima de todo y contra todo no tiene nada que ver con el anarquismo. De la misma forma el anarquismo defiende las particularidades locales, todas las particularidades locales y propicia su acuerdo, oponiendo, al centralismo del estado nacional, la federación. Y esto nos lleva a la pregunta 5.2.

5.2) ¿Debe tener el anarquismo una propuesta propia para "la paz" en Euskal Herria? En caso contrario, cuál es la postura que debería defender el anarquismo sobre este tema.

El problema vasco es muy complicado (el judío lo es mucho más) y sería presuntuoso para una ítalo-sudamericana dar una opinión pormenorizada sin un estudio previo. Sólo puedo decir lo que pienso, como anarquista en general, sobre problemas de este tipo, es decir sobre los varios regionalismos, sobre las reivindicaciones vascas, las catalanas, las de Córcega, las de Sicilia, las de cada uno de los retazos del ex tapiz yugoslavo.

Los anarquistas quieren la autodeterminación de todos: individuos, grupos (aunque no tengan base territorial), municipios, regiones, países, etc., en un mundo solidario, donde no existan jerarquías.

En general, las luchas por la independencia nacional, por la que han sufrido cárcel y muerte tantas personas abnegadas (las corrientes socialistas

en muchos países tienen en esa historia su punto de partida), han desembocado en estados nacionales tanto o más opresivos que la dominación extranjera. Hoy vemos que no vale la pena luchar para crear nuevas fronteras y que es positivo usar, cuando corresponda, al lado de la lengua materna, la lengua del vecino. Pero sí vale la pena luchar para que cada cultura tenga su autonomía. La autonomía no separada.

No puedo ir más lejos, por culpa de mi ignorancia. Pero de una cosa estoy segura: el nacionalismo está en las antípodas del anarquismo, que siempre planteó colectivamente el problema de las regiones (creo que en 1936-39 hubo algo de eso), y en su conjunto, repudia el terrorismo como método de lucha, hoy característico del fundamentalismo religioso y nacionalista.

5.3) ¿Es la autodeterminación un "derecho" asumible por los anarquistas?

Ya contestada en la respuesta anterior.

6) ¿Sirve la denominación anarquista para definirnos o, por el contrario, existe otra denominación más adecuada?

No lo considero un problema importante. De todos modos creo que la palabra anarquía ha sido mal elegida, por su significado ambiguo. En griego tiene exactamente la acepción que le damos nosotros de "sistema sin jefes". Pero ya entonces se le daba también el de "desorden, caos". Y este, aunque secundario y derivado (originado entre los que por pereza buscan al jefe para asegurar el orden), prevaleció por mucho tiempo. Pero ya se ha forjado, con esa palabra una tradición, a la que no podemos renunciar. Personalmente, siento orgullo de declararme socialista anarquista.

La libertad según Luce Fabbri[28]

Conocí a Luce Fabbri en San Pablo, en agosto de 1992, en un congreso anarquista internacional realizado en la Pontificia Universidad Católica. En un ambiente muy animado y colorido se reunieron, durante una semana, estudiantes, intelectuales y militantes, de varias generaciones y nacionalidades, que discutieron los más variados temas. Yo participaba en una mesa redonda sobre la experiencia de las "Mujeres anarquistas". Frente a mí, sentada en la primera fila de un auditorio colmado, una señora ya mayor, delgada, de cabellos blancos, escuchaba con mucha atención. Al final, me abordó con inquietantes observaciones. En aquel instante tuve la extraña sensación de que los papeles estaban cambiados y que yo debía estar escuchando en lugar de hablar. Enseguida me di cuenta de la complejidad de la función del historiador: yo historizaba la experiencia de ella, narraba su pasado. Me quedé pensando en las relaciones entre la memoria y la historia.

En general, los encuentros "fuertes" me atontan ligeramente y demoro cierto tiempo en entender lo que está sucediendo. En realidad, ya hacía algún tiempo que estaba investigando la historia de las mujeres anarquistas, en San Pablo y en Rio de Janeiro, pero sentía que me faltaba encontrar a alguien cuya experiencia de vida fuese más marcante, más renovadora del propio anarquismo. Aquel instante de diálogo fue definitivo.

Algunos días más tarde iniciamos la grabación de sus memorias en casa de otro anarquista histórico, el profesor Mauricio Trajtenberg. Y tres años después me encontré con ella por primera vez en Montevideo, en la calle Juan Jacobo Rousseau del barrio La Unión, continuando la serie de entrevistas comenzada a partir de aquel contacto en Brasil. Allí, en una tranquila biblioteca cuyos estantes cubrían las cuatro paredes con libros de Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Maquiavelo, Leopardi y Dante Alighieri, entre muchos diarios, folletos, cartas y otros papeles amarillentos, Luce empezó a contarme, calma y reflexiva, sus experiencias políticas, intelectuales y personales. Poco a poco, me adentré en su universo.

---

28 Artículo de Margareth Rago en ***Brecha***, Montevideo, 17-7-1998. Traducido del portugués por María Laura Massa Margareth Rago es brasileña. Doctorada en historia y profesora del *Programa de Posgrado en Historia* de la Universidad Estadual de Campinas. Autora de *Do Cabaré ao Lar: A utopia de cidade disciplinar* (1985), *Os prazeres da noite: Prostituçao e códigos da sexualidade feminina en Sao Paulo* (1991) y *O que é Taylorismo* (1984), sobre la formación del proletariado y el anarquismo en el Brasil.



Familia Fabbri poco antes del exilio. De izquierda a derecha: Bianca su madre, Vero su hermano, Luce y su padre Luigi Fabbri.

Su padre, el profesor y militante anarquista Luigi Fabbri, su madre Bianca y su hermano Vero emergieron gradualmente en su memoria, siempre marcada por importantes nombres del anarquismo internacional y también de conocidos socialistas. El primero ajeno a la familia en entrar en escena fue el carismático Errico Malatesta, amigo personal de su padre, admirado en todo Italia. Mientras yo observaba su retrato en blanco y negro colgado de la pared, Luce me contaba cómo aprendió a manejar los juguetes mecánicos que él les regaló, a ella y a su hermano, en visitas al amigo Fabbri: "Malatesta fue para nosotros una especie de abuelo. Cuando él llegaba, era una fiesta en casa. Tenía la capacidad de sentarse en el suelo y quedarse jugando con nosotros una hora. Lo quería muchísimo".

Se puede decir que Luce tuvo una infancia y una adolescencia relativamente felices, sin las tradicionales represiones y censuras que en general sufre la mayor parte de los niños. Sin embargo, la armonía familiar se veía alterada por graves problemas exteriores. En un medio libertario acogedor, en convivencia con figuras expresivas del movimiento obrero italiano de las primeras décadas del siglo, desde temprano la joven presenció frecuentes persecuciones políticas contra los revolucionarios, los crueles acontecimientos de la Primera Guerra Mundial, el rápido nacimiento de las bandas fascistas. En un

trabajo que escribe posteriormente, Luce se coloca como observadora directa de la emergencia del fascismo: "Fui testigo de ese nacimiento: Bolonia, la ciudad donde residía, fue considerada siempre el principal centro de irradiación del fascismo y, así como con mi padre frecuentaba ambientes relacionados con las tres ramas de la enseñanza, el periodismo, los partidos de izquierda y los sindicatos obreros, por mi condición de estudiante de escuela secundaria tenía contacto con las familias de esa pequeña y mediana burguesía provinciana, cuyos hijos, junto con elementos obreros desocupados, habían formado los primeros contingentes de 'camisas negras'. (...) Sentía alrededor de mí mucho odio y mucho amor; se vivía entre malentendidos y se buscaba la verdad. La calle, tumultuosa y exasperada; mi casa, cruce sereno (aunque por momentos dolorido o entusiasta) de corrientes encontradas; las casas de mis compañeros de clase, en su mayoría sumidas en un silencio reticente, rencoroso, despreciativo, que de pronto encontró su grito cuando las primeras 'expediciones punitivas' esgrimieron puñales y machetes".

Al contrario de los intelectuales engañados con las primeras manifestaciones del fascismo, dice Luce, los obreros de las fábricas y los campesinos entendieron desde un principio el carácter conservador y antisocialista del movimiento en curso. para éstos, los "camisas negras" fueron desde un comienzo los principales enemigos de las cooperativas, los sindicatos, las autonomías municipales y el socialismo en general. El fascismo surgió, en realidad, como "una contrarrevolución preventiva", dijo ella, invocando el título del libro escrito por su padre en 1921.

De este modo, Luce se formó con un profundo amor por la libertad y un gran horror al poder, la violencia y la desigualdad social. El ascenso del fascismo, en los años veinte, provocó la separación de la familia y el exilio en el exterior. "Las persecuciones continuas nos obligaron a salir del país. Huimos cruzando las fronteras hacia Francia, con una diferencia de un año entre cada uno de nosotros. Luego una corta estancia en París, decidimos venir a Uruguay. No teníamos documentos; sólo aquellos certificados que otorgaba el gobierno francés: 'Dice llamarse...'. Corría el año 1929. Mi hermano se quedó en Italia, desplegando una actividad opositora. Fue llamado a filas y pudo escaparse de que lo llevaran a Alemania. Finalmente me reencontré con él después de la guerra, cuando vino a Uruguay."

En 1928, apenas terminado el doctorado en Letras en la Universidad de Bolonia, Luce debió partir urgentemente para enconrarse con sus padres que, refugiados en París, la esperaban con ansias. Todo pasó entonces muy rápidamente; la fuga a través de los Alpes, los pasaportes falsos, el embarque clandestino en el buque carguero que los trajo a América del Sur, y la llegada al puerto de Montevideo, donde fueron recibidos por compañeros anarquistas como Antonio Destro y Moscallegra.

Aquí, Luce no tardó en integrarse, aunque hablando un español un poco antiguo que había aprendido en los cursos de literatura en Bolonia. Participaba

de un grupo de mujeres que se reunía en el sindicato de los panaderos, donde además tomaba clases de español por las noches, junto con otros exiliados políticos. Procuraban recaudar fondos para el comité de los presos, organizaban *pícnics*, hacían volantes. En aquel tiempo, muchos refugiados políticos llegaban a Montevideo expulsados de Buenos Aires por el gobierno del general Uriburu, que los devolvía a Italia y España. Gracias al apoyo de los compañeros, podían quedarse en Montevideo, encontrar algún trabajo y escapar de los dictadores.



Luce Fabbi, una niña educada en libertad que es testigo del ascenso del fascismo.

Además de militante anarquista, Luce se transformó en profesora de historia de enseñanza secundaria, hasta que, en 1949, pasó a integrar el cuerpo docente de la Universidad de la República, en el área de literatura italiana. Su producción intelectual, iniciada ya en Italia con su tesis sobre Eliseo Reclus y algunos artículos de filosofía política, encontró así campo abierto para una gran expansión. Su militancia política se enriqueció con la publicación de la revista *Studi sociali*, que Luce dirigió entre 1936 y 1945, y de otros periódicos que promovían la resistencia al fascismo y la difusión de los ideales anarquistas: "La redacción, las pruebas de galera, la compaginación, el transporte de los ejemplares, los paquetes; todo estaba a mi cargo. Me ayudaban mi compañero y mi madre. La revista se sostenía con la colaboración de los obreros y refugiados de distintas partes de América, que hacían *pícnics*, por ejemplo, y enviaban cheques por tres dólares o sumas similares".

En 1943 participó de la edición de *Socialismo y libertad*, una experiencia periodística innovadora donde socialistas, anarquista y republicanos trabajaban juntos en la resistencia al fascismo. "Queríamos demostrar que, aun pensando distinto, con una preocupación básica común se podía lograr una convergencia de esfuerzos".

Al lado de su padre e incluso después de su muerte, en 1935, Luce estuvo profundamente comprometida en la lucha contra el fascismo italiano, responsable de su exilio en Uruguay; contra la dictadura de Gabriel Terra; contra el régimen franquista, sobre todo por la derrota de los anarquistas en la revolución española, y, posteriormente, contra la dictadura militar. Activa militante, no sólo escribía innumerables artículos de denuncia en los periódicos que ella misma publicaba, como *Rivoluzione libertaria* -ayudada por su marido, Ermácora Cressatti, y su madre-, sino que también organizaba reuniones, encuentros y recaudaba fondos junto a compañeras como Inés Guida, recien-

temente fallecida.

En Uruguay, la lucha antifascista integrada por los anarquistas italianos y latinoamericanos condujo a la organización de varios núcleos políticos, donde se discutían los acontecimientos del día y las estrategias de actuación. Había grupos anarquistas, socialistas y comunistas, y en el Círculo Napolitano -un importante núcleo que consiguió escapar de la influencia fascista- estaban, según Luce, los má viejos, garibaldinos.

"La posición antifascista encerraba muchos matices. Me acuerdo de cuando, dando clases de italiano en preparatorios (hacia 1940 o 41), me escribieron cosas en el pupitre contra el ejército italiano, por ejemplo que los soldados robaban o eran cobardes, con el propósito de fastidiarme. Eran los primeros días de clase; no me conocían. Y entonces yo no tuve más remedio que decirles: 'Muchachos yo vine aquí para buscar libertad y comprensión'. Bueno, quedaron contentísimos los muchachos. Y al día siguiente me encontré en el pizarrón: 'Viva Italia Libre', 'Viva De Gaulle', 'Viva Churchill'. Me di cuenta en ese momento de qué difícil era hacerme entender".

Cabe destacar que una vida marcada por tantos momentos de clausura política y violenta persecución a los anarquistas y demás grupos de izquierda no la volvió una persona pesimista. Por el contrario, Luce enfoca su mirada hacia los espacios en que encuentra prácticas de libertad, en que entrevé caminos alternativos. Positiva, sabe interferir rápidamente.

Esto me recuerda aquel día en que le conté de mi espanto cuando mi hija, en ese entonces una niña, se puso a discutir la teoría de Charles Darwin. Luce me respondió que sería bueno presentarle el libro *El apoyo mútuo*, en el que Kropotkin critica contemporáneamente al evolucionista, mostrando que sin solidaridad y cooperación ninguna sociedad puede sobrevivir.

Creo que la principal arma de Luce es la palabra, sobre todo la escrita. Y aunque sus libros, folletos y numerosos artículos se refieran a temas muy diversos, traspasando las tradicionales fronteras establecidas entre los saberes -pasando de la política a la educación y al lenguaje-, es posible encontrar un punto común en todos ellos: la búsqueda de la libertad, en el pasado y en el presente.

ENTRE LA MILITANCIA Y LA POESÍA

Se puede decir que la vasta producción política e intelectual de Luce Fabbri se orienta hacia tres grandes temas: la crítica del fascismo y al totalitarismo, teniendo en cuenta la valoración de la libertad y los ideales democráticos y la implementación del proyecto anarquista; literatura italiana, lingüística y crítica literaria, y por último cuestiones pedagógicas.

Varios de sus libros, folletos y artículos publicados en la prensa procuran explicar el fenómeno del fascismo, que con tanta intensidad marcó su vida. *Camisas negras*, de 1933, fue publicado a partir de conferencias que ofreció en

Rosario. Entre sus folletos se cuentan *El totalitarismo entre las dos guerras*, *La libertad entre la historia y la utopía*, *El fascismo, definición e historia* y *Sotto la minaccia totalitaria*, de 1962. En todos ellos están presentes el ataque violento al totalitarismo y la crítica anarquista al poder y a la violencia constitutiva de las relaciones socioeconómicas, tanto en el mundo capitalista como comunista. Ya los acontecimientos revolucionarios de 1936 en España habían dado orígen a la *Antología de la revolución española*, publicada en 1937 bajo el seudónimo de Luz de Alba.

De sus opúsculos políticos se destacan *La libertá nelle crisi rivoluzionarie*, de 1947; *L'antiimperialismo, l'anticomunismo e la pace*, de 1949; y, principalmente, *La strada*, de 1952, que la editorial Nordan-Comunidad republica este mes como *El camino*, y en el cual Luce realiza su propia definición del anarquismo. Más de un punto de llegada que nos espera en el horizonte, dice, el anarquismo se construye al andar, en la búsqueda cotidiana de la libertad que revoluciona radicalmente el presente.

En 1983 Luce publica *El anarquismo, más allá de la democracia*, un folleto que amplia el conjunto de textos militantes, profundos, más prácticos al mismo tiempo, en que discute cuestiones políticas candentes, procurando aclarar conceptos y posiciones y definir programas de acción.

En medio del discurso político crítico, sin embargo, emerge la poeta sensible. *I canti dell'attessa*, de 1932, "libro de exilio", como ella misma lo define, reúne poemas escritos desde Italia, homenajes a Montevideo, que la recibió con los "brazos abiertos", y nostálgicas manifestaciones de afecto a su tierra natal. Ese mismo sentimiento la lleva, en décadas posteriores, a dedicarse al estudio de *La poesía de Leopardi* (1971), privilegiando la obra del poeta nacido en Recanati. Varios artículos de crítica literaria completan un trabajo incansable: "Las corrientes de crítica e historiografía literarias en la Italia actual" (1955); "La poesía del 'paraíso' y la metáfora de la nave" (1960) y "Alegoría y profecía en Dante" (1962), entre otros.

Más recientemente, Luce publica un estudio sobre Maquiavelo, presentado como prólogo de la traducción que hizo Stella Mastrangelo al español de *El príncipe*; un trabajo sobre los cantos de Dante Alighieri, y, en 1996, produce una biografía de su padre titulada *Luigi Fabbri: storia d'un uomo libero*. Actualmente escribe una historia del autodidactismo, que ella considera un fenómeno característico de la clase obrera en su "época de oro".

Pienso que es hora de dar mayor espacio a su profunda contribución teórica e ideológica al pensamiento libertario contemporáneo. Sus agudas reflexiones permiten ampliar la propia doctrina del anarquismo, tal como había sido trasmitida por los primeros teóricos y por su padre, cuestionando a la vez las afirmaciones de que esta corriente política no es capaz de actualizarse y proponer nuevas alternativas para el mundo actual.

LUCE Y EL ANARQUISMO CONTEMPORÁNEO

Toda la experiencia vivida por Luce a lo largo de los 90 años que cumple este mes está profundamente impregnada por el anarquismo, de una manera muy especial, desde la cuna. La fuerza del movimiento libertario en los lugares y períodos en que vivió, especialmente en los años veinte, seguramente marcaron de modo indeleble su existencia, de tal modo que ella misma es impensable sin el anarquismo y en ella es la propia doctrina que se personifica.

Se puede decir que el anarquismo es una actitud permanente, un modo estetizado de ser, y que en Luce se realiza de forma continua. La lucha contra todas las manifestaciones del autoritarismo, contra las relaciones de poder, contra los regímenes políticos autoritarios, contra el fascismo italiano y la dictadura militar uruguaya, contra los partidos jerárquicos de izquierda o de derecha, y contra los micropoderes que nos constituyen de manera inimaginable, como enseña Michel Foucault, ha sido el sentido mayor de su vida.

Anarquista socialista, como ella se define, Luce es capaz de proponer "una utopía para el siglo XXI", reactualizando a su modo el pensamiento anarquista. Su discurso rechaza la tradicional identificación entre centro y orden, y entiende que la nueva organización social debe constituirse "desde abajo", a partir de la libre asociación de los individuos en cooperativas de producción, consumo, viviendas y educación, como vió crecer en Uruguay y en muchas partes del mundo occidental: "El centro crea cierto orden, en apariencia muy sólido y en realidad muy endeble: basta atacarlo para que el orden se convierta en caos. Existe otro orden mucho más vital que se crea desde abajo, por asociación, y que subsiste en las otras partes si una parte resulta dañada. Por las msmas razones, es sólo aparente la identificación del orden con el centro y con el poder central"[29].

Este caos prevalece en el mundo actual, profundamente jerarquizado y centralizado, donde se vive un momento de reflujo, frustración y desconfianza en que se proclama la muerte de las utopías, del "socialismo real" y de la propia historia, dice Luce. No obstante, continúa, el capitalismo no puede pensarse como una utopía, ya que no surgió de un programa, sino "de los hechos, aprovechados sin mucha autoconciencia por una clase social en ascenso que, para ascender, necesitaba enriquecese. No tiene otro programa que el de llegar al poder por medio de la riqueza. Poe eso puede cambiar de forma y de estructura, colarse por las rendijas, acomodarse a los distintos regímenes políticos, proclamar la absoluta libertad de mercado o burocratizarse alrededor de un Estado protector, según los momentos. Su forma actual son las multinacionales, verdaderos estados internacionales invisibles que tejen sus redes sobre el mundo".

---

[29] Los párrafos entre comillas son fragmentos de la conferencia de Luce Fabbri, *"Una utopía para el siglo XXI"*, dada en Barcelona en 1993.

Así, el único límite a la explotación es la resistencia de los oprimidos, y, por lo tanto, Luce no cree que el socialismo haya muerto, "porque la solidaridad es la única respuesta a la crisis. Y donde ha prevalecido la solidaridad sobre el afán de lucro, siempre han surgido formas de socialismo espontáneo, como antaño en las comunidades cristianas del siglo I de nuestra era. Ha muerto, sí, el socialismo estatal en su doble forma totalitaria y socialdemócrata: ha muerto el de las revistas y los libros, pues en realidad nunca existió".

Luce considera que el socialismo libertario, federalista y de autogestión, pueda ser la utopía del futuro. A pesar de las agitaciones del "atormentado siglo XX", afirma que es importante valorar las conquistas democráticas de la revolución francesa, que a comienzos de siglo parecían "puras mentiras" hasta que el fascismo, el nazismo y el estalinismo revelaron su importancia, y que hicieron posible el seguimiento del socialismo.

"Gracias a estas pobres libertades 'formales' (...) el socialismo creció y echó raíces en el corazón de los pobres y en las expectativas de los sociólogos. El socialismo ha realizado su doble experiencia estatal: la dictatorial y la democrática. En ambas ha fracasado. Pero no ha fracasado en todo lo alternativo que se multiplica silenciosamente en la base social".

Luce critica la afirmación de que el anarquismo no sería posible en el mundo contemporáneo, donde predominan sociedades de masas, extremadamente burocratizadas y centralizadas, mientras el anarquismo predica la descentralización y multiplicación de pequeñas comunidades capaces de tomar sus decisiones en asambleas plenarias: "Naturalmente, el federalismo es la respuesta a esta objeción. Sólo la comunidad pequeña es natural, y en su ámbito el individuo se desarrolla libremente. Estas comunidades se pueden articular con flexibilidad entre sí en una gran variedad de unidades mayores, según los distintos intereses, hasta llegar a relacionarlas en escala mundial. La nueva tecnología facilita enormemente estas relaciones y posibilita la descentralización".

Asímismo, Luce valora como anarquista las nuevas modalidades de democracia directa que se desarrollan en el mundo, facilitadas por el desarrollo tecnológico capitalista: "Los medios mal llamados 'de comunicación' (digo 'mal llamados' porque transmiten mensajes en un único sentido, desde los pocos que así dominan la información, hacia los muchos que ven y escuchan pero no interrogan ni responden ni emiten mensajes propios) tienen, sin embargo, la posibilidad de desarrollar una tecnología que les permita funcionar en ambos sentidos. Por primera vez se vislumbra la posibilidad de la intervención de un número grande de individuos (todos los directamente interesados) en la toma de decisiones colectivas y en las discusiones previas. (...)

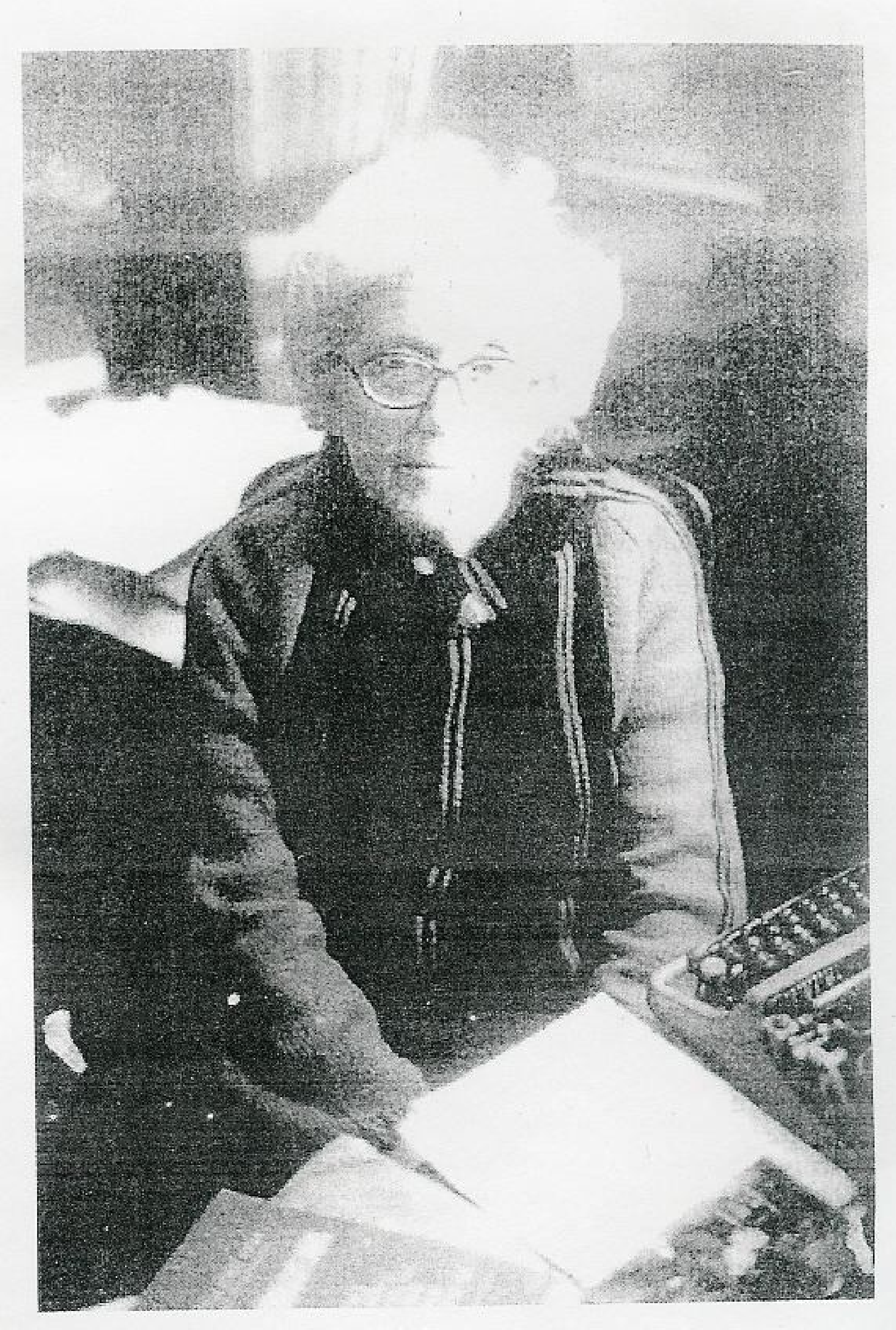
Los 'mass-media', pues, pueden transformarse -si lo queremos- en los instrumentos de autodemasificación de la base social (empleo esta horrible palabra porque es de las que ahorran tiempo). Para eso hay que quebrar los poderosos monopolios que los dominan, y esta lucha es de todos, pues se trata

de la conquista popular de la voz, que es el punto de partida de la socialización del poder".

Para ella, "estamos atravesando un período opaco de estancamiento" que, no obstante, no puede impedir estudiar y "crear espacios fuera de los moldes del sistema, para aprovechar, en beneficio de todos, la técnica ahora monopolizada de los poderosos".

Esta mujer cuya vida abarca todo un siglo, y que ha vivido y sentido intensamente, persiste es sus más puras y lúcidas convicciones: "El socialismo libertario -afirma con serena certeza Luce Fabbri- que, a diferencia de los demás proyectos no centra su victoria en la conquista del poder, es acaso la única utopía que no ha sido derrotada, en terreno teórico, por los acontecimientos. En la práctica, en lo concreto del acontecer diario, el proyecto anarquista está acostumbrado a las derrotas. (...) El siglo XXI no va a ser fácil. Desde estos últimos años del milenio, los que no hemos perdido la fe en la solidaridad le lanzamos este mensaje de socialismo en la libertad, que viene de una experiencia muy amarga y muy larga, pero que da frutos de serenidad interior y esperanza, la esperanza que se necesita para afrontar los desafíos que se acercan".

Margareth Rago



Luce Fabbri en la actualidad.